MATHIAS MALZIEU

El soldado de porcelana

RESERVOIR BOOKS

Table of Contents

El soldado de porcelana
Prólogo
El soldado de porcelana
Epílogo
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Mathias Malzieu
Créditos
Notas

El soldado de porcelana

Mathias Malzieu

Traducción de
Robert Juan-Cantavella

RESERVOIR
BOOKS

Para Mainou, mi padre

Me gustaría que estuvieras ahí,
que llamaras a la puerta,
y me dijeras soy yo,
adivina lo que te traigo,
y me traerías a ti.

BORIS VIAN,
«Canción de cuna
para los osos que no están»

Prólogo

En casa me fascinaban dos objetos. Ambos venían de Lorraine. El primero era un barómetro de madera en el que había tallada una doble cigüeña sobre un nido gigante, con vistas a las casitas de un típico pueblo del este de Francia. Hasta finales de los años ochenta, mi padre estuvo prediciendo el tiempo con solo darle unos golpecitos a la esfera de cristal. Todavía puedo oír el ruidito que hacía. Era un sonido nocturno, el último antes de darnos las buenas noches. Incluso cuando Francia perdía contra Alemania al fútbol, mi padre toqueteaba la esfera. El tintineo de sus uñas sobre el cristal terminaba con un «¡Ah! ¡Buen tiempo!», o un «¡Ay, ay, ay, qué lata… ¡Mañana va a llover!».

Yo era demasiado pequeño para ver lo que había escrito en la esfera, así que pensaba que mi papá era un mágico-meteorólogo.

No muy lejos, en la cocina había un cofrecito de madera apenas más grande que una caja de zapatos. En la etiqueta ponía: «Recuerdos».

De allí mi padre sacaba un montón de cosas que, cuando yo era un niño, me parecían mágicas. Era como el bolso de Mary Poppins; había rollos de película súper-8, un barco pesquero azul y dorado, diapositivas de cuando él era más pequeño que yo, durante la guerra.

Y un álbum de fotos. Élise, su madre. Su tío Émile, su tía Louise y su abuela. También estaba él posando orgulloso con la bici de Émile en 1945, así como su padre haciendo gala de la Cruz de Guerra y la Legión de Honor.

Al final del álbum de fotos había un sobre. Dos cartas de su madre. A veces las abría. Lo hacía en silencio, y entonces parecía perderse en un laberinto de recuerdos del que no salía hasta haberlas guardado de

nuevo.

Una noche le pregunté de qué se trataba. Y me leyó una. Aquella carta, escrita unos días antes de la muerte de su madre, me conmovió. Me atraía y al mismo tiempo me helaba la sangre. Aquella carta era la prueba de que, antes del accidente de amor tal vez evitable, allí estaba ella, ocupándose de la fiebre de quien entonces se llamaba Mainou. Mi padre.

Luego estaba la máquina de escribir. Una Mercedes Prima negra brillante, sobre su base de madera.

Mi padre viajaba mucho y siempre traía buenas historias que contaba con devoción y picardía.

Hasta cuando estuvo preso un mes en Arabia Saudita, yo quería ser como él. Había hecho escala en Anchorage, Alaska, se las había visto con los japoneses, nos había traído a un australiano que sonreía todo el tiempo, incluso mientras comía, a un corso supertierno que caía más a menudo que Pierre Richard en la película *La Chèvre*, a un israelí con nombre de desfiladero alpino, Izoar, y también a una inglesa peinada como unas patatas chips.

Pero la más grande de sus historias comenzaba cuando cruzó la línea de demarcación escondido en un carro de heno.

Montpellier, villa Yvette, la Pompignane, 4 de junio de 1944

Esta noche has muerto. Sin embargo el sol ha salido igual. Mireille no lo ha visto, y yo nunca veré a Mireille.

Papá no se ha tomado el tiempo de llorar. Hay que llenar dos maletas y dos ataúdes. La ropa que tú doblaste, con ese olor a ti. El perfume de un fantasma. El recuerdo de tus pasos en una escalera. Cruje, esa escalera.

Yo no. Yo imito a papá. Él cierra las maletas y los ataúdes frunciendo el ceño. Sus ojos se pierden a lo lejos, pero lo hace rápido y bien. Mis ojos se pierden a lo lejos, y a lo lejos no veo más que la nada.

«Pobre pequeño Mainou, ya no vas a tener mamá». Es lo último que me has dicho cuando estabas acostada en la cama. Yo lloraba sin parar. Entonces me detuve. A partir de ahora, he decidido que nunca volveré a llorar.

La maleta invisible es la más pesada. Los fantasmas de la mujer de su vida, su Lisette, como él te llamaba, y de una casi hija, encogidos como un ovillo en la maleta de papá, los de una madre y de una casi hermana en la mía.

Papá me está ajustando la corbata de aprendiz de adulto. Se esmera exactamente como antes, solo que emplea más tiempo en hacerlo. Los ojos le hacen un falso contacto, los párpados se le guiñan. «¡Parpadean! —me dirías tú—. ¡No se guiñan sino que parpadean,

Mainou!». Luego sonreirías.

—Tienes que entender que ahora mismo no puedo ocuparme de ti —me dice papá.

A mí me gustaría saber cuánto dura un «ahoramismo», pero no digo nada.

—Mi deber es volver al combate. ¿Lo sabes?

Yo lo sé mucho mejor que bien, así que asiento ligeramente con la cabeza.

—Vas a tener que cruzar la línea de demarcación que separa la zona libre y la zona ocupada, así tu abuela podrá recogerte. Es una nueva frontera que, si eres francés, no se puede cruzar. Jeanne, una prima de mamá, tiene un terreno que está situado a ambos lados de esa frontera prohibida; ella te ayudará a cruzarla. Deberás esconderte en un carro de heno. Una vez lo hayas hecho, estarás en zona ocupada. Pase lo que pase, no hables ni te muevas. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí…

—Tu abuela te cuidará muy bien, es una mujer de una gran bondad… Tu tío Émile es un hombre asombroso, tu tía Louise es un poco… bueno, ya lo verás.

Papá me acaba de ajustar la corbata. El mejor nudo de corbata de la historia de los nudos de corbata. No puedo casi respirar.

—Y… le darás esta caja a tu abuela —me dice mientras me mete en la maleta un cofrecito de madera—. Era de tu madre… le tenía mucho cariño. Te la confío. Dásela en cuanto llegues y sobre todo, pase lo que pase, no la abras. ¿Entiendes, pequeño?

Asiento de nuevo con la cabeza, haciéndome el valiente que todo lo entiende. En realidad, mi corazón le está pegando fuego a mi cerebro.

—¿Mainou? —insiste papá con esa mirada suya de antes de las catástrofes.

—Claro, claro —vuelvo a decir, con la garganta tomada por una angina de preguntas.

En el tren que se aleja, el 4 de junio de 1944

Una voz dice que el tren arranca, pero es Montpellier quien retrocede. Nosotros no nos movemos. Pensamos. Las palabras no sirven de nada, así que no las usamos.

Papá me cubre el hombro izquierdo con su mano enorme. Los pasajeros adormilados tienen un aire exactamente como los muertos. Todo parece tan lejano… Viajamos con una caja, dos maletas llenas de fantasmas y la imposibilidad de curar la angina de preguntas. Si el ahoramismo dura mucho tiempo, ¿papá volverá de vez en cuando? ¿Qué hay en esa caja? ¿Por qué no puedo abrirla? Y la muerte, ¿en serio es para siempre?

La noche ha caído sobre el tren y yo no he sentido nada. Demasiado concentrado pensando en todas las preguntas que no me atrevo a plantear. Pero sí he visto cómo se desteñían una tras otra las estrellas y la luna.

Pienso en ti cuando estabas viva. Lo pienso con tanta fuerza que parece imposible que estés muerta. Pienso en mi hermanita. Pienso en cuando la pensaba lo bastante grande para que pudiéramos jugar a cosas. Intento pensar menos. Me concentro en las gotas de lluvia que corren contra el cristal y no funciona demasiado.

—¡Lons-le-Saunier, última parada! ¡Bajen del tren todos los viajeros! —clama la voz.

—Mainou, ahora tenemos que irnos —dice papá con su voz de papá

de cuando tú aún estabas.

Sabe imitarse a la perfección.

Me toma en sus brazos para ahorrarme el estribo. Durante esos breves instantes vuelvo a ser «el pequeño».

En el andén nos espera una señora de cuerpo muy largo.

—Mainou, esta es Jeanne, ella se ocupará de ti durante el viaje.

Tu prima es una versión varilla de la idea que podría hacerse uno de una prima. Algo así como una flor larga y con gafas. Interminable. Solo con mirarla a los ojos ya te da vértigo.

Me gustaría preguntarle a papá si tú la conocías bien, si te gustaba, pero trato de no añadir más peso a la maleta invisible mientras ellos hablan sobre la línea de demarcación.

Yo los escucho, pero no lo entiendo todo. Apenas comprendo que, si los alemanes nos detienen, corremos el riesgo de que nos fusilen, y que ella hará cuanto esté en su mano para que yo sea «entregado sano y salvo». Este es el plan: salir de la zona libre para meterse en la boca del lobo, en zona ocupada, colarse entre los dientes del citado lobo y permanecer escondido en su vientre con la abuela; luego, esperar a que alguien mate a la bestia.

Pienso en Pinocho en el vientre del tiburón, cuando encuentra a su padre y todo eso. Solo que papá y yo estaremos en el vientre de dos tiburones distintos.

—Volveré por ti…

—¿Cuándo? —lo interrumpo yo.

—En cuanto termine todo esto de la guerra.

Papá es bueno en muchas cosas, pero para tranquilizar, ya sabes, no es lo suyo. Tranquilizar era cosa tuya.

Papá no me ha pedido que sea valiente, porque sabe que de todos

modos no tengo otra opción que jugar a ser mayor. Me ha abrazado y me ha besado como si quisiera darme las buenas noches. Picaba un poco, pero olía a colonia.

Luego ha desaparecido como al principio de un truco de magia. Si al final vuelve a aparecer, será un truco de magia de verdad.

Todavía huele un poco a colonia. Y enseguida solo huele a estación de tren. Me gustaría irme a casa, dormir en mi cama y despertarme anteayer. Luego me digo que eso sería aún peor, que tendría que volver a ver a papá haciendo las maletas con esa mirada suya atravesando la mía. Entonces me concentro en no pensar en nada más que en la nada, y en un santiamén se llena de fantasmas.

Salimos de la estación como sale la gente de la estación. Imitamos el tiempo de antes. Un largo paseo, calles desconocidas. Parece una vida nueva que no sería la mía. La interminable prima me agarra de la mano tan fuerte que no me queda sangre en los dedos. Las piernas me caminan solas, respiro lentamente. Tengo la impresión de vivir en un sueño, como si no dejara de despertar y volver a dormirme en la misma pesadilla.

En algún lugar del Jura, 4 de junio de 1944

Caminamos a lo largo de un campo de trigo al que tanto le da todo esto de la guerra. El viento le hace cosas de viento, el sol cosas de sol. Caminamos un buen rato.

Cada diez minutos más o menos, la prima me suelta un «¿Todo bien, Mainou?» y yo un «Sí». Le voy dando pataditas a una piedra intentando que sea siempre la misma. Un resto de mi antigua vida, cuando volviendo a casa jugaba al fútbol imaginario. Cuando me iba a la cuneta a buscarla en vez de darle una patada a otra y ya está, tú protestabas.

De pronto unos relinchos, y a la vuelta de un sendero dos caballos marrones con un culo enorme. Detrás de ellos, un carro de heno. Se me acelera el corazón, me tiemblan las piernas y respiro como puedo.

La prima escarba en el heno como si fuera un conejillo de Indias preparando su nido. Yo me acurruco dentro.

—¿Todo bien, Mainou? ¿Puedes respirar? —me pregunta.

Nunca he oído a nadie hablar tan suavemente.

—¿Estás listo para tu viajecito en tiovivo? —añade la prima con una sonrisita cómplice.

Asusta darse cuenta de lo mucho que se esfuerza por que no me asuste.

—Mainou… creo que tu papá te lo ha explicado todo… ni un ruido, ni un movimiento, ¿entendido?

—Sí —le digo yo.

Me las arreglo para encontrar una posición de los pies que aguante

el traqueteo, y la caja, aunque muy dura, me sirve de almohada. Mis costillas van chocando contra la madera húmeda.

Los caballos se dicen cosas en el lenguaje de los caballos. El sol nos cae encima como una losa. El viento sopla sobre la paja: ¡quiere hacerme estornudar, ese idiota! Cierro los ojos para que la cabeza no me dé demasiadas vueltas, y aún me da más vueltas. Tengo calor, me cuesta respirar. Así que saco un poco la cabeza. La prima me la empuja hacia abajo y me dice «¡Chisss! Tenemos a los alemanes muy cerca; si te ven, estamos perdidos».

Vuelvo a mi caparazón de heno. Me pica. La nariz, los ojos, la garganta. Tengo sed, mucha sed. Quisiera una granadina con hielo servida en vaso de barro. Pienso con todas mis fuerzas en esa sensación de frescura, en el gusto y en el color.

Eso me lo enseñaste tú. «Imaginar algo alegre para aliviar el dolor», me decías. Fue hace apenas dos semanas. Entonces tener fiebre, no poder andar en bicicleta o jugar al fútbol era un auténtico desastre. Pero resultaba tan agradable… Se te daba tan bien reconfortarme que, cuando me sentía mejor, fingía que aún seguía enfermo.

Entonces pienso en tu mano posándose en mi frente, fresca como un vaso de barro lleno de granadina con un cubito de hielo. Pienso en el olor de la hierba cortada del campo de fútbol, y en el de la tierra mojada los días de partido bajo la lluvia. Pienso en la ducha templada, el pijama y el chocolate caliente delante de la chimenea. En papá poniendo jazz de Nueva Orleans y en ti bailando entre frases. Recuerdo la risa que me daba cuando de pronto te ponías a bailar. Y el sonido de tu risa cuando era yo quien bailaba en pijama delante de la chimenea. El sonido de tu risa.

El carro aminora la marcha. Luego se detiene bruscamente.

—Sobre todo no te muevas —susurra la prima.

Se acerca una voz. Como ladridos con palabras. Yo aguanto en

apnea. Me siento como un paquete bomba. Me gustaría hacer como aquel grandullón cuando me llevaste al circo, con su cuerpo de chicle, escondido en una caja pequeñísima. Hacía lo que quería con aquella caja.

El sol bombardea el carro. La paja raspa como un jersey de lana. El tiempo dura mucho tiempo, el aire es escaso. Putas ganas de estornudar, lloriqueo de tanto como me pica. Pensar palabrotas no es ni la mitad de divertido que decirlas.

Aprieto los dientes, eso sí me está permitido.

El carro sigue sin arrancar. Yo detengo mi respiración. Se me hinchan las mejillas. Cierro los ojos con todas mis fuerzas. Veo pasar la película de mi vida bajo mis párpados. No dura mucho, ¡pero pasan un montón de cosas!

Montpellier. Villa Yvette. Las persianas azules. Mi bicicleta azul. Los huevos. ¡Bien cocidos! La rosa mal regada que acaba marchitándose. Una riña de gatos. La nieve sobre el mar. El cielo desbordante. El ejército de capullos de amapola, sus pétalos se desplegarán como sacos de dormir para las hadas. El barco pesquero azul y dorado, un juguete de madera que me regaló papá cuando mi apendicitis. Tu barriga que se convierte en una pelota de balonmano, de fútbol y, finalmente, de baloncesto. Esa nueva hermanita a la que llamabas Mireille acariciándote la barriga. El barco pesquero. «¡La proa! ¡La quilla! ¡La borda!».

De repente estornudo. Seco. Sonoro. La paja se mueve por encima de mi cabeza. Una mano rebusca en el heno. Sus dedos me rozan el cuello. Se me electriza el pelo como el cuerpo de un gato. ¡Torbellino de paja! Estornudo en ráfaga, no puedo parar. La caja empieza a hacer ruido. ¡Tic-tac-clac-bum-tic-tac-bum-bing! ¿Y si fuera una bomba? La mano sigue rebuscando… Encojo el vientre, la mano busca. Veo aparecer sus dedos. Han encontrado mi hombro. Se aferran a él, suavemente. Y luego toda la mano tamborilea. Los dedos son largos y finos, casi como los tuyos.

Pero la voz que ladra se aproxima. Ni siquiera de cerca alcanzo a entender nada de ese idioma. Raspa en la garganta, hablarlo mucho tiempo debe de dar sed. La prima en forma de varilla discute, yo sigo sin entender nada, pero en su voz el alemán resulta hermoso.

Me vuelven a entrar ganas de estornudar. Intento pensar en cuando no quiero estornudar; no funciona. Se me hinchan las mejillas, me queman los párpados, me cae alguna que otra lágrima. Me la bebo, sin lograr convencerme de que sabe a granadina. Estornudar o no estornudar, esa es la cuestión. De vida o muerte. Cuanto más me aguanto, más claro tengo que cuando se me escape va a ser peor.

Nuevo estornudo en diez segundos. El viento sopla sobre la paja. Me pica todo el cuerpo, soy una nariz de la cabeza a los pies. ¡Tic-tac-bo-bum-tic-tac-bo-bum!, hace la caja.

Nuevo estornudo en cinco segundos. «¡Te estás tomatizando!», me decías cuando me sonrojaba porque sabías exactamente la tontería que me disponía a hacer antes incluso de que la hiciera. Ahora mismo me estoy tomatizando por razones técnicas. No puedo respirar. No puedo aguantarme.

Ignición de estornudos… ¡Fuego! Una cosa animal. Un gato asmático, tal vez incluso un zorro. Los caballos del culo enorme deben de pensar que intento hablar su lenguaje, porque me han respondido. Un relincho de western.

Una nueva mano rebusca en el heno. Se dirige directamente hacia mí. Esta vez estoy muerto. Van a matarme a mí y a la interminable prima.

Si las cosas de Dios existen, espero que me pasen una dirección donde encontrarte en ese desbarajuste de nubes en las que se supone que están escondidas las segundas residencias de los muertos. ¿Y si mordiera esa mano? Luego saltaría del carro para subirme a uno de los caballos de culo gordo… Pienso en esas cosas imposibles cuando no tengo tiempo ni de pensar. La realidad es aquí y ahora.

La mano me agarra la muñeca y la aprieta suavemente.

—Se han ido —dice la prima en forma de varilla, retirando la paja que me tapaba el rostro.

Me gustaría abrazarla como si fueras tú. Tengo tantas ganas de que seas tú que casi te veo en su mirada. La enorme prima no me suelta la muñeca, yo no suelto su mirada. Ella respira con rapidez; tengo la impresión de que se olvida de volver a soltar el aire. Yo reconfortando soy una nulidad, debo de haber salido a papá. No sé qué hacer aparte de mirarla, a la espera de que se ponga a llorar.

Entonces le digo:

—Gracias.

Ella me sonríe. Entonces le repito:

—Gracias, gracias, gracias.

Tienen poderes mágicos esos «gracias».

Los caballos vuelven a hablar en su lenguaje de caballos, el viento sacude el heno y yo estornudo al aire libre en plena zona ocupada.

—Jesús, Mainou… ¡Has sido muy valiente!

No creo haber sido muy valiente en absoluto, mamá. Solo he tenido la suerte de estornudar mientras uno de los caballos de culo gordo le decía algo al otro.

—Todavía nos queda un largo camino antes de que pueda liberarte… Hasta que no te lo diga, quédate escondido. ¿Vale?

—Sí, sí.

Se lo he dicho con una voz de pajarillo ronco porque tenía la garganta más seca que la garriga en pleno mes de agosto.

Aparto el heno para respirar mejor, solo la cara. A la menor curva, tengo que empezar de nuevo. Aunque de tanto en tanto vislumbro el cielo durante varios minutos seguidos. Entonces juego al juego de las nubes. Como en la playa, sentado en las rocas de la escollera. Cuando la vida era cuestión de castillos de arena, cangrejos y nubes en forma de cosas.

El carro me va dando patadas en la espalda. A veces aminora la marcha y oigo «Ni un ruido, Mainou», luego vuelve el traqueteo. He

contado cuarenta y siete postes de telégrafos, he estornudado once veces, he oído por lo menos a tres perros que a lo mejor eran el mismo, y he imitado el canto de un número incalculable de pájaros, lo cual me ha valido varias reprimendas.

Luego el carro aminora la marcha y la enorme prima se pone a decir cosas extrañas estilo vuelta al cole. Ha insistido en que debía escucharla con mucha atención, y eso es lo que he hecho.

Voy a tener que respetar un código con reglas «imposibles de romper», insiste.

—Como si fuera un juego, excepto que va a suceder de verdad. Y que tu vida depende de ello. ¿Lo has oído bien?

Yo oigo, pero no escucho del todo. En realidad, sigo contando postes de telégrafos. En ese momento, nada importa tanto como los postes de telégrafos.

El asunto trata de la zona ocupada, del peligro, del hecho de que ya no estamos en casa. Entre los postes de telégrafos 73 y 74, me dice algo como «aunque estemos en Francia, es exactamente como si estuviéramos en Alemania».

Es como una radio, con interferencias en mi cerebro. Lo tengo lleno hasta rebosar, el cerebro; solo con los recuerdos ya desborda. Para que se vacíe un poco tengo que ordenar, escoger, estornudar y sobre todo seguir contando los postes de telégrafos.

Luego una frase me hace perder el hilo eléctrico de los pensamientos de socorro.

—Toda la región ha sido anexionada. Estamos en territorio enemigo. Y tú aún más que yo, porque eres un clandestino.

¿Un «clandestino»? ¿Qué es eso?

—¿Es como huérfano?

La prima me lo explica con su voz de maestra un poquito mamá. Lo que me queda claro es que voy a tener que esperar mucho y estar

escondido casi todo el tiempo. Prohibido hablar francés si en la granja me encuentro con cualquiera que no sea de la familia. Me acuerdo de cómo te brillaban los ojos cuando me hablabas de aquella amiga de cuando eras pequeña. Me encantaban esas historias de antes de que fueras mi madre. Me las contabas cuando estaba enfermo, hace solo unos días.

—¡Tu abuela te enseñará unas cuantas frases en alemán para salir del paso! —concluye.

El carro sigue avanzando, las copas de los árboles han sustituido a los postes de telégrafos. Cae la noche y aparecen las estrellas. Exactamente de la misma manera que antes. Como transparentadas, ocultas tras las nubes azules.

La voz de la prima Jeanne es mucho menos dulce que en la estación. Me habla como a un adulto, así que finjo que lo soy.

—Han destrozado las estatuas de los héroes de la Primera Guerra Mundial, los que permitieron que tu madre volviera a ser francesa. Han quemado nuestros libros, incluso los libros sagrados. Han cerrado las iglesias y ahora el alemán es obligatorio en la escuela. Por otra parte, tú no podrás ir a la escuela.

Un destello divertido me atraviesa la mente: «No ir al colegio». Luego se apaga enseguida.

—En la frohmühle,[1] la abuela te dará unas clases… Tienes que entender, Mainou, que si te atrapan tu vida y la de toda la familia corre peligro. Aquí la ley la dicta la Gestapo. Ningún francés debe cruzar la línea de demarcación sin un *ausweis*, un salvoconducto.

—Pero yo solo voy a casa de mi abuela.

—Sí, cariño, tienes razón… Por desgracia es así. Los nazis han decidido prohibir a los franceses cruzar la línea de demarcación, incluso para ir a reunirse con su abuela. No me preguntes por qué. Podrían haber prohibido la cría de conejos enanos, el consumo de manzanas reineta, o haber decidido que debían eliminarse las pecas de la piel de todos los pelirrojos.

—Pues yo tengo un montón de pecas en la espalda, sobre todo en verano. ¡Me he librado por los pelos!

Entonces oigo un pequeño amago de risa, como una campanilla.

—Cuando algo no les gusta, se aseguran de destruirlo. A todos los que no piensan como ellos los matan.

La gran prima cree que me hago el valiente. Otra vez tiene esa sonrisa torcida, con los párpados que no le funcionan. Me explica que voy a sentir miedo, que debo prepararme y que esa será la mejor manera de evitar imprudencias.

De momento estoy demasiado enfadado para tener miedo. Mi corazón palpita cuando pienso con todas mis fuerzas, pero aun así sigo pensando. Y en cuanto dejo de contar los postes vuelve la angina de preguntas.

La prima trata de ser agradable. Cuanto más lo hace, más me preocupa.

—La regla que tendrás que respetar en cualquier circunstancia es la siguiente: ¡pase lo que pase, no salgas de casa solo, nunca!

Unas horas y catorce estornudos más tarde, el carro por fin se detiene.

—¡Mientras no te diga nada, no te muevas! —ordena la prima.

No dice nada. Pasa tanto tiempo como en un ahoramismo. La paja me rasca la espalda. Me muevo un poco y la caja vuelve a hacer unos ruidos angustiosos.

—*Hoppla, isch güet…* ¡Está bien, puedes salir! —me dice la varilla despejando el heno sobre mi cabeza.

En el pelo me queda el suficiente para hacerles creer a los pájaros que soy un espantapájaros. Me levanto y me quedo de pie sobre el carro un instante, con la cabeza en las estrellas.

La larga prima me extiende sus brazos delgados y me deja en el suelo. Yo me despido de los dos caballos marrones de culo gordo, que siguen parloteando sus cositas.

Ella me arregla la ropa. Con toda esa noche y los búhos escondidos en los árboles, es como el primer día en una escuela de vampiros.

Huele a gasolina y a aceite usado, como en nuestro garaje cuando papá hace sus cosas de soldadura. Dos enormes ojos amarillos atraviesan la noche.

Un coche todo abollado avanza haciendo crujir las agujas de pino que hay en el suelo. Sale un niño de mi edad. Me hace señas. Entonces yo también le hago señas. Luego baja un caballero redondo como una pelota de fútbol con bigotes.

—Tu tío Baptiste te llevará en coche hasta la frohmühle, en plena noche es más discreto que un carro de heno.

Jeanne toma al pequeño gordinflón entre sus brazos y él le susurra varios «gracias». Cierran los ojos, se abrazan fuerte, y yo allí mirando como un idiota. El niño me mira mirar.

La larga prima le cuenta al tío Baptiste lo valiente que he sido, y eso que lo único que he hecho ha sido contar postes de telégrafos.

Tengo miedo de que me bese y todo eso, así que le doy la mano.

—Gracias por arriesgar tu vida por mí, y perdona por estornudar cuando estaban ahí los alemanes.

Lo digo sin respirar, bien educado y todo eso.

Ella me coge de la mano y de repente llega su sonrisa. La punta de las orejas se le sonroja y los ojos le parpadean tres veces.

La larga prima se sube de nuevo a bordo del carro y yo me pregunto si volveré a verla. Con la mano del tío Baptiste sobre mi hombro, sigo con la mirada a los caballos hasta que desaparecen en el horizonte. Luego estornudo.

—¡Su carruaje está listo! —dice el tío Baptiste abriendo el maletero.

Su voz grave tiene el poder de reconfortarme. A pesar de la

situación, hay una sonrisa en ella.

—¿Puedo ir en el maletero con él? —pregunta el niño.

—¡No, Gaston, estaríais apretados como sardinas!

—¡Me encantan las sardinas! —dice Gaston.

A mí no, pero el tal Gaston ya me cae bien. Tiene una mirada chispeante. Me da un escalofrío extraño. Su alegría me recuerda la mía dos días antes.

El maletero vuelve a cerrarse y de repente regresa la noche. Sin estrellas ni ruido. Luego el coche arranca y el motor respira como una persona vieja y jadeante. Gaston imita el ruido del motor. Yo imito a Gaston imitando el ruido del motor. Me entran ganas de vomitar, y a él también. Jugamos a ver quién vomita el último. Su padre le ha explicado que somos primos lejanos. En cuestión de minutos, ya somos amigos íntimos.

De repente, unas sacudidas. Nos agarramos el uno al otro para evitar golpearnos con esto o aquello. Entonces el coche va frenando y al final se para. El freno de mano chirría como una cremallera gigante. El tío Baptiste abre el cielo con las estrellas dentro. El aire fresco nos sacia.

—¡Creo que hemos llegado! —dice Baptiste.

La «pequeña granja y tienda de comestibles en equilibrio al borde de la antigua frontera alemana», como tú la llamabas. Ahí la tengo, ante mis ojos. Colocada en un prado con un enorme agujero de obús. Una, dos, tres, cuatro vacas y dos bueyes desentumeciendo las patas. La frohmühle, ese hermoso edificio de piedra arenisca rosa «combinada con la tierra roja de la región del norte de los Vosgos», decías también. Aquí es donde creciste. La alegría se mezcla con la melancolía. Me siento como una vela a merced del viento. En cuanto me enciendo, me apago.

Como prometías en tus recuerdos, dos pisos, un desván bajo el

techo puntiagudo de viejas tejas y, alrededor, un bosque lleno de erizos y luciérnagas. Enfrente, una pendiente terrible que sube hasta que no se ve más que el cielo. Y decir que a mi edad o cuando eras de mi tamaño veías exactamente lo que ahora veo yo… Estas piedras, estas persianas y este perfume de tierra mojada. De repente mi corazón vuelve a empezar con su tamborileo. Parece un vecino enfurruñado llamando a la puerta de los pulmones.

—Allá arriba está la meseta del Légeret. El ejército ha construido un cuartel que está reservado para los oficiales franceses. Ahí es donde vivía tu padre antes de conocer a tu madre. Por la noche se escapaban para verse en secreto en el bosque de las luciérnagas —dice Baptiste con su voz de fuego de chimenea.

Nos acercamos a la entrada, Gaston llama a la puerta. Aparece la abuela con su moño. Lo lleva tan apretado que me pregunto cómo puede cerrar los párpados. «El arquetipo del peinado de anciana, versión maestra aficionada a las matemáticas —decía papá—. Más arrugada que una manzana del verano pasado. Sus mejillas son jeroglíficos». Eso es de cosecha propia, la impresión que a mí me da. Una manzana muy vieja.

Así que lo anoto en mi cuaderno escolar. Como no tengo poemas que no entiendo para copiar ni nada, te escribo a ti. Me hace sentir como si no te hubieras ido, o al menos no por mucho tiempo.

Primera noche en la frohmühle

La abuela dice que a partir de ahora la frohmühle es mi casa. Yo me digo que un ahoramismo no tiene por qué durar mucho tiempo.

También dice que, con tanta paja por todo el cuerpo, parezco un espantapájaros, y se esmera en quitármela una por una. Una tarea de abuela normal. Se nota que no es mamá desde hace mucho. Tengo la impresión de que quiere ayudarme a llevar mi maleta llena de fantasmas, y que la suya pesa una tonelada.

Antes de las catástrofes, papá la llamaba Supermamita. Eso te hacía reír. Tú le preguntabas por qué decía eso. «Porque, a pesar de su cuerpo de ramita, ha traído siete niños al mundo», respondía él cada vez. Y tú, mamá, sonreías un buen rato.

La abuela le da las gracias al tío Baptiste y lo besa al ralentí. El primo Gaston me extiende su pequeña mano, yo la encajo como la de un adulto. Espero que de vez en cuando podamos volver a jugar a imitar motores.

La abuela es apenas más alta que yo y aún más delgada, pero camina tan rápido que me cuesta seguirla.

Me hace la ronda toda orgullosa por su cocina demasiado grande. La mesa de madera gigante, el reloj de pared que se retrasa y una estufa que recuerda al hombre de hojalata en *El mago de Oz*. Cuando era más pequeño me leías ese libro… Desde ayer, tengo la impresión de estar encogiendo. En esta enorme estancia, todavía encojo más.

—¡Ven, Mainou! Voy a llevarte a la tienda —dice la abuela.

Así que la sigo. Es como el inicio de unas vacaciones, hace calor y todo eso. Afuera, el cielo ocupa mucho más espacio que en Montpellier. Las estrellas y la luna se han posado sobre el tejado de la casa. Sin ruido de motores, solo nuestros pasos, un poco de viento y perros ladrando a lo lejos.

En la tienda huele a comida para pájaros y a cera, como en casa de aquellos viejos vecinos de la Pompignane. Se parece a tus recuerdos, tengo la impresión de estar viviendo en tu cabeza.

La abuela me presenta al viejo perro lobo Héctor. Por cómo todo este asunto de la guerra parece resbalarle, yo diría que más perro que lobo. Y la famosa tía Louise. Un hipopótamo. La salchicha que le sirve de índice está atrapada entre las páginas de su misal. Exactamente como en las fotos de familia.

«Ese libro la mordió tan fuerte que se hinchó para siempre… ¡Louise habla de Jesús hasta cuando ronca!», decía papá. Eso te hacía reír. Sí, sí, intentabas disimularlo, pero yo sé que te hacía reír.

Junto a la tía Louise, el tío Émile. De pelo ralo, fuerte como un poste de telégrafo. Alta tensión en su mirada, la impresión de que todo podría estallar de un momento a otro. La cabeza apenas le pasa por debajo de las vigas. Si llega a tropezar con una, apuesto a que la casa se derrumba.

Nos acompañan hasta la cabaña de las gallinas, que ellos llaman «gallinero».

—*Pipélé! Pipélé! Kom, Kom!*[2] —dice la abuela mientras les va echando el grano.

A pesar de la fea alambrada antizorros, es una casita la mar de mona apenas más grande que un buzón grande. Me gustaría volver a hacerme pequeño y vivir ahí. Sería el encargado de los huevos, cocinaría tortillas bien cocidas más rápido que mi sombra, ayudaría a

dar a luz a los polluelos, ese sería mi reino. En el gallinero, la guerra estaría prohibida y yo aprendería a cantar como un puto gallo.

Nos alejamos por el prado. Las flores me provocan un efecto extraño. Sobre todo los tulipanes, exactamente los mismos tulipanes que en una fotografía tuya exactamente en el mismo lugar.

La abuela me pide que tenga cuidado de no caer en el agujero del obús. Debe de tener dos metros de profundidad por diez de diámetro. Entre el barro y los escombros hay algunos sitios en que ha vuelto a crecer la hierba. Casi se podría jugar al fútbol.

Seguimos haciendo la ronda por la granja, y yo no puedo evitar mirar hacia el bosque de tus paseos. Me gustaría ir allí a correr con todas mis fuerzas, subir a las copas de todos los árboles para cansarme y dormirme y que viniera papá a despertarme. Me diría que he tenido una pesadilla y todo volvería a ser como antes.

La abuela continúa con las presentaciones: los seis cerdos, las cuatro vacas y los bueyes, Chtol y Maï. La abuela hace bromas sobre cómo se ofenden cuando alguien se equivoca con el nombre. Creo que hasta lo ha repetido y todo.

Me gustaría montarlos y largarme al bosque sobre sus espaldas. Podría escabullirme como hacías tú para verte con papá. Siempre había alguien en la familia que acababa contando esa historia. Iría a la meseta del Légeret y atravesaría el bosque a la luz de las luciérnagas. Divertirme con algo, incluso con lo imposible, me resulta casi extraño. Pensar en algo agradable. Tengo la alegría oxidada, ya no sé muy bien cómo funciona.

Volvemos a la cocina demasiado grande. La puerta chirría, luego el silencio y el péndulo del reloj. Nada más. Tengo la impresión de que ha pasado mucho tiempo. Hay que acostumbrarse a muchas cosas al mismo tiempo. La abuela se acerca a un extraño trozo de madera adornado con un nido de cigüeña y una especie de brújula encastrada. Le da unos golpecitos a la esfera con la punta de las uñas y la aguja sube.

—¡Mañana buen tiempo! —dice, y enseguida matiza su entusiasmo, al darse cuenta de que yo no podré disfrutarlo.

Mirar el buen tiempo desde la ventana, como cuando estás enfermo. Me esfuerzo por imaginar una balanza para equilibrar lo positivo y lo negativo.

Tú me obligabas a hacerlo con las cosas no tan graves y a mí no me salía del todo. Había que esperar a que la rabia desapareciera un poco. Papá dice que soy el campeón del mundo del enfado rápido. Cascarrabias chamuscado. Cuando me pongo así, fabrico mi propia niebla y me pierdo dentro de mí mismo. Ponerse tan idiota en tan poco tiempo es impresionante. De momento, la tristeza me adormece los nervios. Pero tengo miedo del momento en que todo ese dolor se acabe despertando.

Ahora, para compensar con algo positivo, solo tengo a mano cosas imaginarias, animales y recuerdos. Así que me paso casi todo el tiempo recordando, y, cuando es demasiado alegre para no ponerme triste, pienso en cosas divertidas.

Funciona un ratito, luego el invento se agrieta y me entran ganas de reventarlo todo. De verdad. Mi cabeza y todo el caos que lleva dentro. Y este corazón que hace ruido en mis oídos como si estuviera en obras.

Me gustaría poder equipar mi cerebro con un interruptor. Día-noche. ¡Buenas noches, niños! No pensar en nada. No acordarme de nada. Luces apagadas.

—Mainou, mira junto a la chimenea, es tu regalo de bienvenida —dice la abuela con su voz de pinzón que se finge alegre.

Es una abuela bastante dotada para la imitación.

Un huevo de Pascua todo sucio, enorme, colocado sobre un nido de paja. Con un pequeño lazo rosa en la parte superior del cráneo. Apenas puedo imaginar el tamaño del culo de la gallina que puso ese huevo. Yo me habría esperado un balón de fútbol, incluso un poco de chocolate de la tienda, pero un futuro pájaro seguro que no.

Lo tomo entre mis brazos para que crean que estoy contento. Pesa una tonelada, esa cosa. Ya puestos, habría preferido que estuviera lleno de todo tipo de caramelos y huevecitos multicolores, pero eso por aquí no parece muy de moda.

—¡Papá Noel lo puso para Pascua! —dice el tío Émile con un aire de «Mira, ahora va y llueve».

Creo que se traía la broma preparada.

—Tienes que saber que tu tío Émile cree que los concursos de chistes malos tendrían que ser una disciplina olímpica —se burla la abuela.

—¡Lo gracioso es que no sean graciosos! —responde el tío Émile.

—¡Solo te hacen gracia a ti! —añade la tía Louise.

—Chtol y Maï adoran mis chistes. Sobre todo Chtol.

El tío Émile coge el huevo y se lo lleva al oído.

—Este huevo podría eclosionar de un momento a otro… Si esa cigüeña cuando cante tiene acento alemán, ponla otra vez en el huevo y tírala por la ventana —dice dándome la cestita.

Es la primera vez desde que has muerto que me sale una sonrisa. Ha llegado así, con el careto inclinado del tío Émile. Casi una risa. Hasta el moño de la abuela parece aflojarse.

La abuela tiene una mirada dulce. Me recuerda a la tuya, pero con jeroglíficos en la piel. Dibujo un pequeño calendario al final de mi cuaderno y tacho el primer día. También tomo nota del diálogo entre la tía Louise y el tío Émile, así podré leerlo cuando me vuelva la angina de preguntas.

Mientras tanto, resulta que soy dueño de un huevo de cigüeña. La abuela dice que debería eclosionar en treinta y cuatro días. Para ello, habrá que envolverlo en una manta y dejarlo unas horas al día cerca de la estufa de leña.

A fuerza de llevarlo en mis brazos, me siento orgulloso como si yo mismo hubiera fecundado a la enorme gallina. Es como una especie de calendario de Adviento. Un mundo paralelo de alegre espera.

Pensar que en esta piedra grande y frágil se está fabricando un ser vivo es una locura. También yo voy a tener a alguien de quien ocuparme. Habría preferido una hermana a una cigüeña, pero el caso es que me hace cierta ilusión.

Después de visitar la planta baja, bajamos una pequeña escalera de madera que lleva al sótano. Está oscuro y el techo es bajo. Parece una casa normal después de un par de terremotos. Huele a humedad y a cemento. Un poco como un camping subterráneo, con colchones cuidadosamente instalados en medio de la grava. También hay muchos libros, lo que me indica el tiempo que puedo llegar a pasarme aquí.

—El sótano solo te lo enseñamos para que te acostumbres a no tenerle miedo —dice la tía Louise.

Las paredes están cubiertas de lo que el tío Émile llama «arte bruto», y que tía Louise llama «garabatos». Dibujos al carboncillo, frases cortas.

—¡Poesía, belleza, romance, amor! —exclama él.

—¿En la pared?

—En todas partes, pequeño, en la pared si es necesario, lo que sea con tal de que sirva para escapar de este agujero pasando por el interior de tu cabeza.

Saco mi cuaderno y me pongo de nuevo a escribir.

—Mejor sería que apuntaras las reglas del código, y no esas chorradas de tu tío —dice la tía Louise.

Así que tomo nota de que debo tomar nota de las reglas del código, aunque ya me las sé de memoria. De todos modos, tomo nota para darle el gusto.

> No salir solo jamás, pase lo que pase, ni siquiera de noche.
> Si alguna vez entra alguien en casa, esconderse en el sótano.
> Si alguna vez me cruzo con alguien en la casa por accidente, sobre todo no hablar

francés.

—¡Muy bien! —dice Louise.

—En tu cerebro hay un pasaje secreto que conduce directamente a tu corazón. Para tomarlo, vas a tener que muscular tu imaginación —dice el tío Émile.

Yo tomo nota a toda máquina.

—¡Y las sesiones de musculación son las más divertidas del mundo!

—¿Crees que escribiendo cosas en las paredes como un hombre prehistórico vas a ayudarle? ¡Mejor sería que le enseñaras el verdadero pasaje secreto! —dice la tía Louise.

Entonces se bambolea hasta el armario polvoriento que hay al fondo del sótano y abre las puertas. En su interior, un largo abrigo negro con grandes bolsillos cubierto de polvo y algunos vestidos de flores colgados tristemente. La sola idea de que tú hayas usado alguno de ellos me estremece. Tía Louise desliza las perchas a su izquierda y señala un pequeño pestillo pintado del mismo color que la puerta.

—En caso de problemas, podemos escapar por aquí —dice la abuela.

—¡Mientras tanto, lee la Biblia y reza para que nunca tengamos que usarlo, mi pequeño Mainou! —dice la tía Louise.

En este punto se me presenta un dilema. Siempre me he negado a ser monaguillo porque la iglesia es el único lugar que conozco donde el tiempo dura más que en la cola de la compra, racionamiento incluido. Por otra parte, si su cosa del Cielo existe y tú estás allí a buen recaudo, yo estoy dispuesto a cambiar de opinión para siempre.

4 de junio por la noche, en tu habitación

Esto parece el sótano pero con una ventana. Vistas al agujero de obús en el jardín, que ni siquiera es un jardín. Es un prado enorme, justo antes del bosque. Por lo menos la cama es una cama de verdad. Pero eso tú ya lo sabes porque era la tuya. Así que me siento en ella.

Abro mi maleta, el olor de la colada me trae recuerdos de la villa Yvette. En otros tiempos.

Ordeno mis cosas en tu armario de cuando eras niña. Reconozco un vestido que llevabas en una fotografía del álbum familiar. Yo pensaba que la ropa de la gente muerta desaparecía al mismo tiempo que ella.

Pongo el escritorio y la silla delante de la ventana, aquí estaré bien para escribirte. Mientras espero a que venga a buscarme la abuela para cenar, voy a abrir la famosa caja.

De repente una explosión hace temblar el suelo. La casa tiembla como el cuerpo de un boxeador gigante alcanzado por un uppercut. Las sirenas me braman en los oídos. El ruido de los aviones se acerca.

La ventana de tu habitación estalla sobre mi cabeza. Los trozos de cristal se clavan en la colcha, en el suelo, por todas partes. En comparación con esto, las ganas de estornudar en el carro de heno con los alemanes eran un juego de niños. Mi corazón lo está rompiendo todo en mis pulmones de tantas ansias por salir de aquí.

El tío Émile entra corriendo en la habitación y me arranca de la silla. La abuela va con él.

—¡Mainou, hay que bajar al sótano, rápido!

—¡Vas a tener tu bautismo de tormenta, pequeño! —dice él

mientras me levanta con un solo brazo.

La escalera está llena de ceniza en suspensión; es como si una estrella se hubiera estampado de morros en el salón. Se mezcla con la niebla que entra por las ventanas reventadas por las explosiones. Veo los pinos ardiendo, retorciéndose de dolor y escupiendo piñas. En un instante, un cordero se convierte en cordero asado.

La abuela me aprieta el brazo como un tensiómetro. Veo el miedo en sus ojos. No le ha dado tiempo a escondérmelo. Las ollas de barro explotan, llueven utensilios de cocina. Huele a pan tostado. Todavía estamos en primavera y hace más calor que en pleno verano. Se ha ido la luz. De repente está más oscuro que en una pesadilla.

Me gustaría volver a tu habitación. Tumbarme en la cama y sobre todo intentar no pensar durante varios segundos seguidos. El tío Émile grita que hay que salir. Tiene razón, inventemos un puto cohete y larguémonos a la luna.

—¡No podemos quedarnos aquí! ¡Mamá! ¡Vamos!

La idea de viajar a la luna me ha mantenido a salvo durante dos segundos y medio. Bajamos las escaleras del sótano, el sonido se amortigua.

—Yo puedo caminar —digo.

El tío Émile me está estrangulando. Respira como un animal. La abuela me ha dislocado la muñeca. Las puertas chasquean, la del búnker-sótano se abre por fin.

Tía Louise ya está allí con su camisón y su vela. Ella duerme allí todas las noches, por si acaso nos bombardean. Prueba de que su confianza en Dios tiene un límite.

El tío Émile me deja delicadamente en el suelo. Aquí las bombas no hacen tanto ruido. Mis ojos se acostumbran paulatinamente a la oscuridad. Un olor a polvo húmedo se me agarra a la garganta.

—Pues aquí tienes, mi querido Mainou, ¡un extraordinario bautismo de bombardeo! Desde el que hizo ese agujero de obús en el prado, no habíamos vuelto a sufrir uno tan violento —dice el tío Émile

encendiendo una vela—. En el sótano estamos a salvo. ¡Aun si la casa se derrumbara, a nosotros no nos afectaría en nada! Así que tranquilo. ¿Has pasado mucho miedo?

—¡No demasiado, todo bien! —le he dicho yo.

Voy de farol, pero nadie se lo traga. El tío Émile sonríe y me da un puñetazo en el hombro al ralentí. La abuela se deshace el moño y se convierte en una persona nueva. La tía Louise se sumerge en su misal y dice cosas incomprensibles en voz baja.

—¡No te preocupes, abuela, todo irá bien! —le digo.

Hacerme el valiente será mi nuevo juego. Una sonrisa de la abuela mientras se rehace el moño vale diez puntos.

—¿Oyes esa gota? —dice el tío Émile—. Es el reloj del tiempo que pasa en el sótano. A veces se ralentiza tanto que parece detenerse.

—¡Ya estamos otra vez! —dice la tía Louise.

—¿Y ahora yo qué he dicho?

—Nada, frases que precisamente no significan nada.

—Qué falta de imaginación… —dice el tío Émile encogiendo sus anchos hombros.

Yo no acabo de entender qué sucede, pero hago como que sí.

La abuela vela. Se des-vela por nosotros. Sus ojos se pierden tan lejos como los de papá cuando cerraba las maletas. El tío Émile dibuja una ventana. Dice que, como no podemos mirar por la ventana, así podremos mirar la ventana. Tía Louise alza los ojos al cielo, ese Cielo en el que tanto cree.

Un ángel pasa entre dos detonaciones. La abuela ha perdido a su hija y yo he perdido a mi madre y a mi casi hermana al mismo tiempo. Haría falta un bombardeo de chistes para dejar de pensar en ese 3 de junio de 1944. El día en que todo cuanto debía haber continuado se detuvo de repente.

Todo el mundo lo piensa y nadie lo menciona. Especialmente la

abuela.

Yo pienso en la vida que tendría en el mundo de hace tres días. Cuando cruzar en bicicleta el puente Juvenal o chutar faltas contra la pared de mi amigo el vecino y su perro portero era toda una aventura.

—En realidad… este bombardeo es un buen medicamento para luchar contra los nazis. Es un tratamiento difícil de soportar, pero hay que ser paciente. Funcionará —dice la abuela, con el moño presto a la batalla.

La ira hace que me hierva la sangre. Las preguntas se van cociendo hasta que me queman.

—¿Y eso por qué?

—Las bombas que nos caen en la cabeza son las de nuestros aliados —explica el tío Émile—. Los británicos atacan a los alemanes para hacerlos recular más allá del Rin. Ahora que estamos en su casa, es como si nosotros mismos fuéramos alemanes. Sin ninguna ventaja, solo los inconvenientes… Es un «tratamiento difícil de soportar», como dice tu abuela, pero quizá nos permita curar la región de la infección nazi.

—¿Y los alemanes no nos atacan?

—Contraatacan en el aire, pero no bombardean su propio país. Por contra, están por todas partes. Por eso debes respetar escrupulosamente el código. ¿Entendido, Mainou?

—¡Mainou entendido!

—Si solo estuvieran los alemanes…

—¿Quién más?

—Algunos franceses que se han pasado al enemigo… la milicia… Son franceses armados que se comportan como los nazis, a veces peor.

—¿Peor que los nazis?

—Digamos que el hecho de que se comporten como nazis siendo franceses da la impresión de que son peores, ¡pero en realidad son iguales! La gilipollez no tiene fronteras…

En mi interior explotan varias ventanas; yo que creía que no había

que temer más que a los alemanes. Necesitaría un segundo corazón sin aliento para no tener ganas de romperlo todo. Me siento como un bombardeo.

—Luego están los enemigos invisibles, ese es otro peligro del que debemos desconfiar, y ahora que tú estás aquí con nosotros, más aún —dice la abuela.

—¡Los colaboracionistas! Franceses que denuncian ante los alemanes a los miembros de la Resistencia y a los judíos. Cualquiera de los que hacen la compra en la tienda podría ser uno de ellos —dice el tío Émile—. Así que, Mainou, nunca…

—Lo sé, lo sé… ¡No salir nunca solo y, si me encuentro con alguien por accidente, no hablar nunca en francés! La prima Jeanne me hizo aprenderme el código de memoria.

—Tendremos que repasar todos los días ese código. El más mínimo error podría costarnos la vida. A todos. A veces pasan días sin un solo bombardeo ni alemanes en la tienda, y ahí uno podría relajarse… ¡Pero, hasta que la guerra no esté ganada, queda totalmente prohibido relajarse! ¿Entiendes bien lo que te digo? —pregunta la abuela.

Lo que entiendo es que mi madre está muerta, que quizá nunca vuelva a ver a mi padre, y que si hago la menor tontería divertida todos morirán por culpa mía.

Eso es lo que he pensado. Lo que he dicho en realidad ha sido:

—Sí. Muchas gracias por todo lo que hacéis por mí.

Eso también me lo creía, pero menos.

—Así que, durante el día, está totalmente prohibido ir a la tienda sin permiso. ¿Entendido? —dice la abuela.

—Sí, está prohibido. Lo sé.

«¡Hablemos más bien de lo que está permitido, que será más rápido!», he pensado, tan alto que me ha dado la impresión de que la abuela lo ha oído. Ella me ha mirado un buen rato con esos ojos vívidos y esa jeta de viejísima manzana.

—Antes de hacer cualquier cosa, piensa en el código. Nosotros no

vamos a estar siempre ahí para vigilarte, ¿ha quedado claro?

—¡Clarísimo!

—Tienes que entender por qué todo esto es tan importante.

Cuando los silencios duran demasiado, me gustaría decir alguna cosa un poco divertida, pero no viene demasiado al caso.

—Es una cuestión de vida o muerte —insiste la abuela.

Y ahí me siento como cuando me dan un balonazo en la barriga y me pregunto cuánto tardaré en volver a respirar.

Vuelven a retumbar las sirenas. Según el tío Émile, anuncian el fin del bombardeo. Las luces se encienden de nuevo, todo el mundo sopla su vela. Excepto la tía Louise, que prefiere no apagarla por si acaso.

Subir las escaleras da la sensación de volver al mundo de los vivos, hasta que llegas a la cocina y te das cuenta de que los fantasmas han estado causando estragos por todas partes. Es como si hubiesen entrado a robar un día de terremoto. Todo el mundo se pone a recoger los cristales rotos. Volvemos a colocar los enseres de cocina en su sitio tan tranquilamente, como si cortáramos la maleza del prado.

El tío Émile silba. Yo reconozco la melodía de tu canción favorita: «Lili Marleen». Tiene una forma de ser que dan ganas de ser como él.

Me gustaría ir a la habitación a ver cómo están mi huevo y mi cuaderno. Tengo que vaciar mi corazón y mi cerebro.

—Puedes subir, mi pequeño Mainou… Ve a descansar, ha sido un día duro. Nosotros acabaremos, tú ya nos has ayudado bastante —me dice la abuela pasándome esos dedos viejos y delgados por el pelo.

Yo me estremezco porque odio que me toquen el pelo. Incluso cuando eras tú quien lo hacía, no me gustaba demasiado. Pero igual le sonrío y me voy sin hacerme de rogar.

Subo los escalones de cuatro en cuatro como si estuviera contento por algo. Un antiguo reflejo, de antes de las catástrofes. Siento que me estoy transformando. El yo de anteayer me parece un primo lejano.

Todo bien con él, pero no tengo muy claro qué decirle.

Entro en tu habitación. El huevo está intacto, el cuaderno también, pero la caja ha desaparecido.

Estoy demasiado cansado para volver a enfadarme. Recojo las lágrimas de cristal que le han caído a la ventana y escribo todo esto antes de que la cabeza me vuele el corazón, o al revés.

En tu habitación, durante la noche

Ya no sé dormir. Desde ayer, me he convertido en un experto en insomnio. Tu fantasma ocupa mucho espacio en esta cama tuya que se ha convertido en la mía. Es frío, hasta diría helado, y sin embargo es lo único que me atempera. Me levanto y miro por la ventana. El viento me trae el olor de los pinos.

Cuando el día me sorprende hurgando en tu armario, casi me siento tan fantasma como tú. Me encierro en él, respiro el vestido de lana roja con grandes botones de madera que no conserva ni pizca de tu perfume de mamá, sino el de una colada que es la que debías de respirar tú a mi edad. La otra ropa es de la abuela, cosas de cuando no era tan vieja.

Abro todos los cajones y encuentro un montón de tesoros: un manojo de llaves oxidadas, una bolsa de canicas, un cuaderno con flores secas que apenas me atrevo a tocar y una pequeña caja de música azul con estrellas. Abro la tapa y una bailarina se pone a bailar con la melodía de «Lili Marleen».

¿Debería practicar para recordar o practicar para olvidar? No siempre recuerdo muy bien, aunque tampoco olvido demasiado bien. Ahora que soy un pequeño grande de casi diez años, puedo entender. Quiero entender. Zona libre, zona ocupada… Cuando tú creciste aquí, la frohmühle estaba en Alemania. Tú misma naciste alemana, cuando todo aquello de la guerra del 14. Papá decía que los nazis son alemanes, pero que no todos los alemanes son necesariamente nazis.

Eso complica mi angina de preguntas. Es un tipo de angina que

funciona al revés: para sobrellevarla necesito hablar.

Durante el desayuno, a pesar del cansancio debido a la noche en vela, decido investigar.

—Mi padre me dio una caja… Una cajita de madera no más grande que una caja de zapatos, pero muy pesada. Me dijo que sobre todo no la abriera y que se la entregara a la abuela… Anoche fui a mi habitación, luego hubo el bombardeo, y cuando volví ¡la caja ya no estaba! —les explico.

La abuela mira sus zapatos, que parecen muy interesantes. Tía Louise saca su crucifijo y dice cosas moviendo los labios tan poquito que, si Dios la escuchara, seguro que le respondería: «¿Eh? Perdón… ¿Podrías… podrías repetirlo, por favor?». El tío Émile pone caras y hace gestos como diciendo que él no está al tanto.

—Nunca he oído hablar de esa caja —suelta finalmente la abuela.

—¡Pero alguien debe de haberla cogido de mi habitación!

—Debes de haberla olvidado en el tren, Mainou… —dice la tía Louise.

—Soy un despistado de primera, pero esa caja… es imposible que la haya olvidado en el tren. Recuerdo perfectamente el ruido que hacía cuando tenía la oreja pegada a ella. Tic-tac-bo-bum. Me daba miedo que fuera una bomba.

—No te preocupes, tu padre no te habría hecho correr ese riesgo —dice la abuela.

—Sobre todo no tenía que abrirla, según él…

—Puede que, con el bombardeo, se haya caído por alguna parte —dice la tía Louise—. Cuando todo se mueve así, acabamos encontrando nuestras cosas en cualquier lugar de la casa. Estando en el sótano lo olvidamos un poco, pero ahí arriba, cada vez es un terremoto.

—Igual la hemos guardado sin darnos cuenta —dice la abuela.

—A menos que estemos hablando del ladrón del bombardeo —dice

el tío Émile.

—¿El qué?

—Un tipo que, durante los bombardeos, se cuela en las casas vacías para robar todo lo que cae en sus manos. Nadie sabe quién es. Si es alemán o francés.

—Hay quien dice que se trata de una viuda que arriesga su vida para alimentar a su familia —dice la abuela.

—¿Y tú te crees esas historias? —pregunta la tía Louise.

—En realidad no, pero, si van a robarme igualmente, prefiero que sea una especie de Robin Hood en enaguas —responde el tío Émile.

—Una Robin Hood que roba a los pobres, ¡qué original! —dice la tía Louise.

—¡Todo es relativo! Nosotros tenemos el huerto, los animales y la tienda de comestibles. No estamos forrados de oro, pero estamos menos mal que muchos otros, sobre todo en tiempos de guerra.

—Voy a preparar una cesta de patatas del jardín, por si acaso —dice la abuela.

—¿Para qué? —pregunta la tía Louise.

—Para que en el próximo bombardeo no tenga que andar rebuscando por toda la casa y acabe haciéndose daño.

—¡Es una buena idea, mamá! Sobre todo porque, según cuentan, la mayoría de las veces no le da tiempo de largarse con su botín. Me ha dicho Rosalie que la última vez, en su casa, se encontró varios objetos cambiados de sitio. Puede que esta vez haya venido a la nuestra.

Sus montañas de excusas me han convencido un poquito. La próxima noche sin bombardeos, cuando se suponga que estoy durmiendo, saldré en busca de la caja.

La frohmühle, 6 de junio de 1944

Me deslizo en calcetines sobre el suelo embaldosado, más silencioso que un gato. Hurgo en los armarios de la cocina. Hector me echa la bronca cuando busco en el establo. De día nos llevamos bien, pero de noche no tanto. Chtol y Maï son más conciliadores, mientras que no les rebane un trozo de bistec, somos amigos.

Revuelvo la tienda en silencio, me he convertido en todo un experto. Cuando sea mayor podré hacerme ladrón.

Espío con el teléfono de cordel que me he montado. Un vaso contra mi oreja y el otro contra la pared de la cocina. La mayoría de las veces no oigo nada más que el típico «Po-po-po-pom… Los franceses hablan a los franceses», seguido de trocitos de frases que parecen títulos de poemas extraños: «La luna está llena de elefantes verdes. El mosquito baila. El sapo vuela. El gallo está anémico…».

Pero anoche oí unos pasos. Unos pasos, unos ruiditos tac-tac-tac-tac y el chirrido de una puerta. Eso me recordó al fantasma del garaje en la villa Yvette. Allí, por la noche, también oía pasos. Ruidos de ropa y el chirrido del portón. A veces incluso el timbre de la bicicleta. Cuando era niño, tú me decías que era el fantasma del garaje. Que era un exciclista que de vez en cuando se aparecía donde las bicicletas por simple nostalgia. Yo me pasé horas congelándome el culo en pijama para verlo, sin el menor éxito. Pero nunca me explicaste la verdadera historia de esos ruidos nocturnos.

Pasear por la frohmühle medio adormilado me reconforta. Todo es suave, casi lento. Como si por la noche el viejo reloj de la cocina diera la hora correcta. El piso rechina; parece un violín desafinado. Con el teléfono de cordel, me siento como un médico de casas. Escucho el latido de su corazón en el reloj cojo, le tomo la tensión a través de las tuberías. Me subo a una silla para toquetear con las uñas la esfera del barómetro, lo mismo que la abuela. Cuando lo hace ella, no sé muy bien por qué pero me siento seguro. A veces toca concierto de ronquidos de la tía Louise. Ronca igual que salmodia. Es como estar en misa, pero con osos.

De día es como estar en misa pero sin osos. Intento no reírme, pero a veces, cuando cierra los ojos para hablar con Dios, se me sube el cachondeo.

—Es su manera de escapar —me dice el tío Émile—. La Biblia es la autopista de la imaginación, que viene con instrucciones de uso. Lo que está mal, lo que está bien, lo que hay que hacer, lo que no. A mí me parece aburrido, pero bueno… Louise debe de tener una de las últimas biblias de la región. Hasta ese libro está prohibido. Personalmente, no creo que sus oraciones nos hagan ganar la guerra, pero, si eso la reconforta, ¡por qué no!

—Así pues, ¿la tía Louise pertenece a la Resistencia?

—Hum… en realidad, no. Aunque bueno, a su manera, sí. En zona ocupada seguir siendo uno mismo, cualquiera que sea ese uno mismo, es un acto de resistencia. Jeanne ya te lo explicó, aquí estamos en territorio enemigo. Me duele decirlo, pero ahora mismo la región de Lorena es la Alemania nazi.

La frohmühle, 11 de junio de 1944

Me paso todo el día esperando la noche. La abuela me da clases en la mesa grande. Se esmera mucho. No siempre me interesa lo que me cuenta, pero le pone unas ganas que son todo un espectáculo.

Me está enseñando algunos rudimentos del dialecto lorenés, que según la tía Louise son indispensables para vivir en la frohmühle. *Ça geths so moal?* «¿Estás bien?». Luego algunos rudimentos de alemán, por si tengo la mala suerte de encontrarme con uno. Cuando los mezclo, la abuela me mira con unos ojos terroríficos. No dura mucho, pero da un poco de miedo. Pero es que suenan muy parecido. Solo con pensarlo ya me parece que me están echando la bronca. Sigo pensándolo, pero trato de ser discreto.

De vuelta en mi habitación, miro el mundo prohibido por la ventana. Incluso cuando hace buen tiempo, el azul del cielo tiene algo de malsano. ¿Será mi cabeza pasándose de la raya con la melancolía, o será el grosor del cristal?

Escucho el viento a través del teléfono de cordel. Oigo a Hector ladrando, a la tía Louise quejándose del tío Émile, y a la abuela en el gallinero soltando sus famosos *Pipélé pipélé kom kom!* Me siento como la cigüeña en su huevo, suavemente encarcelado. En prisión para estar protegido. ¡Qué idea más rara!

Tengo la sensación de que, desde que te fuiste, todo ha ido al revés. Como si por las noches hubieras estado trabajando para poner el

mundo en su lugar. Ahora me toca hacerlo a mí. Yo no sé cómo funciona el mundo. El tío Émile dice que debo empezar por intentar que funcione el mío.

—¡El único juguete con el que puedes contar es tu cerebro! Busca bajo la ira lo que te queda de alegría, y reeduca tu risa.

Me parece a mí que voy a tener que escribir un manual de uso para mi cerebro. Excepto que apenas lo reconozco. Ya nada funciona como antes. Todo está mezclado, el corazón y los recuerdos. Cada vez que enciendo uno, me reconforta por un instante, pero luego le pego fuego a todo. Hay que rehacer todo el sistema eléctrico. El corazón sufre falsos contactos todo el tiempo, respiro de cualquier manera.

Pero, en cuanto cae la noche, algo alza el vuelo en mi interior. Cuando la luz se apaga me siento revivir. La casa se convierte en un caparazón. El viento que entra en tromba por la chimenea silba como una tetera gigante. Menos mal que no creo en fantasmas, porque todas las noches oigo pasos que no son míos.

Entonces conecto mi teléfono de cordel para escuchar al tío Émile escuchando la radio. Dicen cosas que no entiendo. El tío Émile las va comentando como si estuviera viendo un partido de fútbol. Creo que su equipo ha marcado un gol.

Luego lo apaga todo. Ese se ha convertido en mi momento favorito, porque oigo la noche. Alguna que otra discusión entre grillos, mucho silencio y, a veces, un ruido de motor que se dispersa a lo lejos. El sonido del vacío me llena de algo. Siento que la casa está viva.

La escucho respirar, la cocina se corresponde con el gran pulmón, el corazón está en el desván, pero ahí no puedo entrar. Es la única estancia cerrada con llave. De ahí es de donde vienen los pasos que no son míos. De vez en cuando oigo voces. No es un tema de fantasmas a la manera de Juana de Arco, solo voces reales con palabras susurradas. Y cada vez esos pequeños tac-tac-tac que me llegan como

en oleadas. ¿Será el ladrón del bombardeo escondiéndose en el desván?

La frohmühle, 16 de junio de 1944

Por la noche ya no duermo. Recuperar la caja se ha convertido en una obsesión. No consigo mentirme del todo, siento que es una manera de no pensar en tu muerte, que ya dura mucho tiempo. Sin embargo, no puedo dejar de escribirte. Viviendo como un jovial vampiro y escuchando el viento en un vaso, agravo mi caso. Pero eso siempre es mejor que las misas en latín de la tía Louise.

—¡Mejor serían las misas en conejín! —dice el tío Émile con esa cara suya de ladrón de caramelos.

—¿«Misas en conejín»?

—¡Sí! ¡Las misas del conejín de *Alicia en el país de las maravillas*!

El tío Émile me ha prometido que cuando termine la guerra me regalará ese libro, cuando lo «desquemen», como él dice. Ese hombre que se ha inventado todo un mundo para distraer a un joven huérfano me cuenta la historia de la historia. Dice que está de acuerdo en convertirse en el sacerdote de mis misas en conejín, yo le contesto que estoy dispuesto a jugar al monaguillo si y solo si él me ayuda a localizar al ladrón del bombardeo que hay oculto en el desván.

—¡Tienes que dar con la dosis correcta de imaginación! —dice el tío Émile, quien ahora me trata de «Juana de Arco del desván»—. ¡Si inventas demasiado, corres el riesgo de perder el contacto con la realidad!

—Teniendo en cuenta la pinta que tiene la realidad, no veo que sea demasiado problema…

—¡Por eso! ¡Precisamente! Tu imaginación debe servirte para

transformarla, para volverla mejor, y no para abandonarla. Es como la dosis de granadina, ya sabes.

—¡Sí, sí! —le digo yo.

«¡No, no!», pienso en verdad.

—El agua es la realidad, el sirope es tu imaginación. Si pones demasiada granadina, es imposible bebérselo. Si no le echas suficiente, le falta sabor. Se nota en el color, tienes que aprender a sentirlo.

—He oído pasos y voces en el desván. No necesité granadina para eso.

El tío Émile se encoge de hombros y sus tirantes hacen fff.

Estoy aprendiendo a memorizar nuestras charlas para escribírtelas. Al principio, cuando olvidaba algún pedazo me enfadaba. Ahora lo que me falta me lo invento. Me gusta tanto que casi me dan ganas de inventarme más.

La frohmühle, 26 de junio de 1944

Anoche intenté abrir la cerradura del desván con un destornillador que le birlé al tío Émile de su banco de trabajo. No funcionó. Sin embargo, dejé de oír la voz y los pasos.

Doblé mi dedo índice para llamar a la puerta. El corazón empezó a latirme tan fuerte que temí que me descubrieran. Volví a tu habitación corriendo en calcetines por la escalera de la muerte.

Se lo he contado todo al tío Émile. Él me ha dicho que en el desván no hay ningún ladrón. Me ha prohibido acercarme porque en caso de bombardeo es el lugar más peligroso de la casa. Yo no he dicho nada. Pero sé que ahí hay alguien.

En los días sin bombardeo, el tío Émile y la abuela se ocupan de los animales. Yo me pongo donde el heno, delante de los cerdos, y a veces, durante un breve instante, tengo la sensación de estar de vacaciones en casa de mi abuela. Me encanta cuando echa el grano a las gallinas gritando:

—Pipélé, pipélé, kom, kom!

Cuando de buena mañana voy a recoger los huevos, el tío Émile monta guardia por mí. A mí no me gusta ir, por culpa de ese gallo tarado que se abalanza sobre las pantorrillas de la gente. Al tío Émile le hace reír, me llama «granjero dominguero». Y aún se ríe más

cuando grito: *Pipolé, kom, kom* «con acento del Midi», como él dice. Es lo único normal que me está permitido hacer.

La tía Louise se encarga de la tienda de comestibles. Allí no me está permitido ir, así que espío con el teléfono de cordel. Se pasan el día escuchando la radio. Se oyen las mismas frases extrañas que en la habitación del tío Émile por la noche. En cuanto entra un cliente, apagan el sonido.

También me gusta acompañarlos a la granja para ver cómo ordeñan las vacas y, justo después, beber un poco de leche. Si les metiéramos chocolate en polvo en el forraje, tal vez sus ubres se convertirían en chocolateras. Entonces podría hacer lo que hace todo el mundo: beber directamente de la teta. Porque en realidad, entre lo espesa que es la crema y el aroma a boñiga, yo no acabo de conseguirlo. A veces me imagino cosas divertidas como esa, y se convierten en hilo, aguja y un montón de ideas que acaban en una bobina. Por ejemplo, en la idea de una máquina expendedora de desayunos en el prado:

—Hacerle tragar un reloj de bolsillo a una gallina, para que cada mañana ponga exactamente a la misma hora.

—Colocar a la mentada gallina entre las ramas de un avellano, donde una familia de ardillas abriría las avellanas y se las iría pasando como un minúsculo equipo de rugby (habría que fabricar relojes de bolsillo diminutos y hacérselos tragar a las ardillas para que se sincronizaran con la gallina).

—Las avellanas caerían en cascos de alemanes (a quienes habríamos hecho prisioneros porque vendrían a robarnos los huevos y las avellanas siempre a la misma hora, de tal modo que el tío Émile podría encerrarlos en el desván, junto con el ladrón del bombardeo).

—Llenaríamos los cascos alemanes con leche de las vacas chocolateras. Nos la beberíamos como sopa con tropezones pero para niños. Nos romperíamos los huevos en la cabeza para hacernos reír el uno al otro, y una vez de cada dos los polluelos saldrían volando.

Pienso en ello. A pellizcos. Debido a mi alergia a la alegría.

Soy como un diabético que sueña con nadar en un océano de crema chantilly. Amo tanto la alegría que no puedo dejar de producirla, aunque resulte mala para mi salud. Porque siempre acabo atascado entre la realidad y los recuerdos. Donde los sueños explotan como burbujas de jabón. Voy a pensar en un desayuno normal en Montpellier, sin pollitos volando ni ardillas domésticas. Solo tú y el olor a pan tostado. Y así me quedo frito varias horas seguidas. Me quedaré atrapado en el recuerdo. Eso me proporcionará un poco más de alegría, y tanta tristeza como si se me hubiera atragantado una bola de petanca.

Luego está esa canción de Marlene Dietrich que te encantaba, «Lili Marleen». En la radio la ponen a menudo y la abuela siempre sube el volumen. Para mí, escucharla es como respirar tu perfume.

Ayer entraron dos alemanes en la tienda mientras la abuela cantaba tu canción junto a la radio. La apagó a la velocidad del rayo. Fue como un gato atrapando a un pajarillo. Los reconocí antes de que dijeran nada, por el ruido de sus zapatos.

Estaba escuchando con el teléfono de cordel. No entendí nada, pero advertí igualmente que la abuela estaba tensa. Hablaron un buen rato en alemán. A veces el silencio entre las frases era tan largo como las propias frases.

Al final los dos tipos de los zapatos pesados se fueron de la tienda. Oí el ruido de la puerta. La campanilla que suena como una bici y la cortina de cuentas contra el cristal.

La abuela entró en la cocina. Yo me escondí debajo de la mesa. Ella puso sus manos en el fregadero. Le temblaban las manos, todos los dedos, hasta las muñecas. Fue un largo ahoramismo. A mí me habría gustado servirle de algo, o al menos abrazarla. No se nos acaban de

dar bien los abrazos en esta familia. Somos tiesos y torpes, como si hubiésemos olvidado las instrucciones.

La abuela se refrescó la cara con agua. Luego estuvo un buen rato dando golpecitos en el barómetro.

—Lluvia… ¿otra vez? —pensó en voz alta.

Volví a escuchar el típico ruidito de sus uñas contra la esfera. Pero el veredicto era inapelable. Lluvia…

La frohmühle, 3 de julio de 1944

Lleva lloviendo desde esta mañana, el tío Émile me acompaña al prado a dar un pequeño paseo a la luz de la luna. El agujero de obús en el jardín se ha convertido en un pequeño lago. Yo le añado algunas olas con las manos.

Es como si viera a papá enseñándome a nombrar cada parte del barco pesquero azul y dorado que me regaló: «¡La proa! ¡La quilla! ¡La borda!». Y a ti observándonos de lejos sin meterte demasiado en nuestros asuntos de barcos. Apenas como una presencia benévola allí flotando.

A veces tu recuerdo se destiñe como las fotos al cabo de un tiempo. Entonces te escribo; eso ralentiza el proceso de desaparición. Sumergir la pluma en el tintero me da la impresión de ser el capitán de un barco pesquero. Me hago pequeñito y embarco en mí mismo. La cabina del piloto está situada en el interior del corazón. Arma un barullo emocional de mil diablos, pero me encuentro a mí mismo. Te encuentro a ti. En fin. Me lo imagino; remonto el tiempo de los recuerdos. Están ya tan gastados que a veces invento otros nuevos.

A veces no escribo nada. Dibujo dinosaurios e invento constelaciones. A veces lo escribo todo. El fondo de mi corazón. Tú sigues muerta. Lo más seguro es que no logre acostumbrarme hasta que también yo haya muerto. Mientras tanto, creo que me gustaría escribir un libro. Escribir un libro es tierno. Siempre puedes empezar de nuevo.

Empezaría así:

Me llamo Mainou, versión plegable de «Germain el pequeñuelo todo el rato se está escondiendo por todas partes». Soy un hijo de la bala y de las bombas de relojería. Nací el 31 de diciembre de 1934 en Bitche, una pequeña ciudad de Lorena que la historia ha transformado en peonza. Unas veces francesa a orillas de Alemania, y otras caída del otro lado.

El día de mi quinto cumpleaños, mi padre y mi madre se desearon: «Feliz año nuevo a nosotros tres coma cinco», y unos meses más tarde estallaba la guerra como una palomita de maíz.

La abuela dice que soy la viva imagen de Charlie Chaplin sin bigote ni sombrero. Digamos que voy vestido como él cuando era niño.

Cuentan que una bruja me salpimentó de pecas la cara y los brazos. «¡La sal del Infierno!», dice el sacerdote del pueblo. «¡El patrimonio de los hombres-crisis de nervios!», dice el tío Émile. Toda la familia es así. Pelirrojos a sangre y fuego. Piel blanca translúcida y en verano roja.

Soy el más pequeño. El más colérico. El más frágil. Desde que mi madre se fue y mi padre en realidad no llegó a volver, me siento más grande y al mismo tiempo más pequeño. Tengo cierto talento para imitar a los animales más o menos salvajes. El gato me sale muy bien, con la rana voy progresando.

Mis ojos son más verdes que el césped escocés. La abuela se esmera en hacerme una raya al lado, nítida y precisa como cuando corta un tomate. Tengo la impresión de que siempre es domingo o nunca es domingo.

Desde las sucesivas catástrofes, me paso muchísimo tiempo dentro de mi cabeza. Todo es fuerte todo el tiempo. Ya podría nevar, ahí dentro de mi cabeza, que ni siquiera me sorprendería. Como si hubiera vivido tres vidas, y eso que no tengo más que nueve años y medio.

Sigo aspirando a que te sientas orgullosa de mí. Como cuando me encaramaba a la copa de un árbol. Si escribiera nuestra historia, me sentiría orgulloso de pensar que tú te sentirías orgullosa de mí.

Aprendo nuevas palabras y al final del cuaderno tomo nota de mis favoritas: Crepúsculo, Metamorfosis, Ahoramismo, Penacho, Cigüeña, Resistencia, Ardilla, Bicicleta.

Dice el tío Émile que escribir es como cocinar: las palabras son los ingredientes, como los colores para el pintor. Me contó su historia de la granadina. De golpe me entraron ganas de tomarme una. Luego reconoció que él no sabía cocinar demasiado y que nunca había escrito ni pintado nada. Añadió que a él también le apetecía una granadina y eso que nunca la había probado, luego se echó a reír.

Si los osos pudieran reír, creo que sonarían como la risa del tío Émile. Una risa extraordinaria. Contagiosa.

Entonces también yo me eché a reír. No podía parar. Fue tan bueno que me entró sueño.

Los sueños me mantienen despierto; la realidad me cansa. Cuando las clases me las da la tía Louise, siento que me pesa la cabeza. Porque es que le mete catecismo hasta a la geografía.

—¡Este chico tiene un problema! ¡Se pasa el día bostezando!

Me encanta dormirme después de los deberes para mejor despertarme cuando cae la noche en todas partes. Cuando solo queda la cena y hacer como que me voy a la cama.

La frohmühle, 3 de agosto de 1944

Es tan tarde en la noche que ahí fuera tal vez ya es de día. En el sótano, la música amortiguada de las bombas mece a la tía Louise. Incluso la abuela duerme arrugada.

Pero el tío Émile vela por nosotros. Se levanta para asegurarse de que todos duermen. Yo hago una excelente imitación de mí mismo durmiendo. Basta con mantener los ojos cerrados y respirar lentamente y un poquito demasiado fuerte. Oigo cómo sus pasos se alejan lentamente. Abro un ojo. Él se acerca al armario y coge un abrigo negro lleno de polvo. El tío Émile dobla cuidadosamente un trocito de papel y se toma su tiempo para guardárselo en el bolsillo. Luego desaparece a través del pasadizo secreto. ¿Adónde va y por qué? ¿Qué hace con ese abrigo tan grande en plena noche?

Decido seguirlo. En el sótano, la técnica del deslizamiento sobre baldosa al estilo gato en calcetines resulta impracticable. ¡Demasiada arenilla! Tengo que caminar de puntillas como la versión cangrejo de una bailarina clásica.

Abro la puerta, atravieso el armario y me encuentro en el cielo. Es tan agradable que las estrellas descienden hasta el horizonte… Huele a tierra mojada, me dan ganas de tirarme sobre un montón de hojas secas, y eso que estamos en pleno verano.

El tío Émile se monta en su bici y se dirige hacia la meseta del Légeret. Su largo manto lo camufla en la noche; parece una sombra en bicicleta. Una sombra con un trozo de papel cuidadosamente doblado en el bolsillo. Imposible seguirlo.

Me quedo unos instantes olisqueando el cielo abierto. Trato de reponer mis reservas. Toca volver a intentar dormir, aunque la emoción me lo pone aún más difícil que de costumbre.

Me deslizo por el pasadizo secreto y atravieso el sótano con la punta de las almohadillas. Empujo la pesada puerta, que chirría aún más fuerte que las escaleras; menos mal que los benditos ronquidos de la tía Louise me salvan la papeleta. Subo delicadamente un peldaño tras otro hasta la cocina y su larga mesa de madera demasiado grande para tres. Los bombardeos han vuelto a causar estragos en la vajilla.

Pienso en la posibilidad de encontrarme con el ladrón. Repito las frases que podría decirle. Me lío un poco. El hecho es que en la cocina no está. Miro por todas partes como si tuviera que cruzar una carretera, y sigo con mi escapada.

Las escaleras de arriba ceden bajo mis pasos. Ya no tengo tiempo de ir con cuidado de no hacer ruido. Tengo que llegar al desván lo antes posible. Si la abuela se despierta, estoy vendido. Ya puedo ver la puerta.

Miro por el ojo de la cerradura, el teléfono de cordel pegado a la puerta. Puedo quedarme toda la noche así, al acecho. Papá me enseñó a tener paciencia para marcar goles y observar pajaritos.

Hay una sombra que camina; conozco el sonido de sus pasos. Oigo cómo se aclara la garganta y hace ruidos de cocina. Luego el tac-tac-tac-tac-tac, como tu máquina de escribir.

He decidido dar media vuelta. Pero la próxima vez que bombardeen, cuando el ladrón salga a llevarse cosas de la casa, iré a recuperar mi caja. Robar a un ladrón, eso es lo que voy a hacer.

De repente, los pasos se acercan y la sombra ocupa todo el espacio en la cerradura. Un chirrido de chatarra me arranca las orejas del

teléfono. Salto hacia atrás y me escondo en el pasillo. La puerta se abre lentamente. Tengo la boca seca y siento la lengua como un viejo estropajo atrapado entre los dientes.

La sombra sale del desván de puntillas. Yo le ruego al Dios de la tía Louise que no cierre la puerta con llave. No cierra la puerta con llave. Tía Louise, te amo.

La sombra presenta dos piernas, dos brazos y una cabeza envuelta en una capucha que le oculta el rostro. Hace menos ruido con zapatos que yo con calcetines. Un auténtico gato. Incluso la escalera de la muerte permanece silenciosa bajo sus pasos. Ni un solo crujido.

Me debato entre el deseo de despertar a la familia para atrapar al ladrón con las manos en la masa y las ganas de meterme en el desván para intentar recuperar la caja. El corazón me late tan fuerte en el pecho que ya no oigo nada de lo que dice mi cerebro.

La codiciada puerta está entreabierta. Me acerco, echo una ojeada a las escaleras. Me saco el teléfono de cordel y lo pongo contra la pared. Oigo pasos y ruido de platos. La sombra está robando comida. Mi hipótesis se confirma. Creo que hasta se está preparando un café. Quiero gritarle que no toque las cosas de la abuela, pero me aguanto. Puede que no tenga otra oportunidad de explorar el desván.

Mis ojos tardan en acostumbrarse a la oscuridad. Veo en gris, finalmente en plateado. La chimenea está reventada, el techo ha perdido varias tejas pero la luna sigue intacta. Me servirá como lámpara de noche.

Es como estar en el casco de un barco pesquero. El suelo cruje, el viento toca el piano sobre las tejas rotas. Mi corazón hace más ruido que mis pasos. Tengo que actuar rápido y silencioso, tengo que hacerlo mejor que el ladrón del bombardeo.

Cuanto más avanzo, más se acerca el techo al suelo. Frente a mí, una especie de cabina con una silla y una máquina de escribir sobre una mesa. La misma que la tuya. Tecleo y reconozco el sonido que suelo escuchar a través del teléfono de cordel.

Me meto dentro. Es como un minidesván dentro del desván. En el techo, una constelación de mensajes prendidos con alfileres. Varios idiomas que no conozco. Me gustaría leerlos todos a la vez, pero el tiempo apremia. A la pausa del ladrón para el café no debe de quedarle mucho, podría volver a su guarida en cualquier momento.

Hay un montón de cajas por todas partes. Todo un pueblecito en miniatura hecho de cajas. Casi todas idénticas a la que desapareció y que sobre todo yo no tenía que abrir. Así que voy a abrirlas todas.

Una alegría extraña se apodera de mí; siento escalofríos. Es la primera vez que experimento esa emoción desde que te fuiste. Eso me desestabiliza un poco, pero no lo suficiente para detener mi exploración. Desempaqueto la primera: vacía. La segunda: lo mismo. La tercera también está llena de vacío.

En fin, eso parece. Porque, al deslizar la tapa un poco más profundamente, descubro un compartimento oculto. Lleno de fotografías: el tío Émile llevando su bici sin manos con un cigarrillo en la boca; papá sin su disfraz de guerra; la villa Yvette en Montpellier y yo en el colegio haciendo como que escribo; la abuela, la tía Louise y tú.

Es la primera vez que te veo desde tu muerte. Me había jurado que nunca volvería a llorar. Se me ha escapado una lágrima. Ha rodado mejilla abajo y me la he bebido, así que no cuenta.

Algo en mi interior me dice que me largue con las fotos, que solo eso ya es un tesoro estupendo. Mañana se lo contaré todo al tío Émile y esta vez me creerá. Volverá al desván con el rifle que hay colgado sobre la chimenea para ahuyentar al ladrón y, con suerte, podré recuperar la caja. Pero también hay algo más en mi interior que me dice que, si quiero encontrarla, es ahora o nunca, aun a riesgo de quedarme en el desván atrapado con la sombra.

Ya iba a marcharme cuando he visto un trocito de papel cuidadosamente doblado y metido entre dos fotografías. Es una carta. Es tu letra. La tinta me aspira los ojos, ya no puedo despegarlos.

Montpellier, 20 de mayo de 1943

Queridísima Denise,[3] querida familia:

Qué debe de haber pensado usted de nuestro silencio. Haga el favor de disculparnos porque ahora mismo le cuento el porqué. El pobre Mainou cogió un resfriado muy fuerte, tenía 39 de fiebre. Estábamos muy preocupados, sobre todo porque tosía muy fuerte y seco. Sudaba tanto que había que cambiarle la cama una y otra vez. Le he estado haciendo cataplasmas hasta que hoy por fin se ha levantado. Por primera vez no tiene fiebre. Menos mal que estaba yo ahí para cuidar de él.

Así que, como puede ver, sigo aquí. Aún no me he liberado, pero mejor así para acabar de curar al niño.

Como usted dice, querida Denise, puede visitarme fácilmente en la maternidad; me haría mucha ilusión. Esperemos que todo salga bien, aunque al final acabará llegando el día.

Me despido, y creo que la próxima carta la escribiré junto a mi pequeña Mireille. Si Dios quiere.

ELISE

Dios no lo quiso. O no estaba ahí.

El chirrido de la puerta me saca de mi ensueño. Luego el sonido de un cerrojo que se cierra. Esta vez estoy perdido. Los pasos se acercan. No me atrevo a darme la vuelta. A mi espalda crece una sombra. Una mano se posa sobre mi hombro izquierdo.

—¿Qué haces aquí? —me dice la sombra con voz de chica.

Se quita la capucha y una cascada de cabello dorado cae sobre sus hombros.

—¿Me estabas espiando? —añade.

Sonríe exactamente como si fuera amable. Por un momento, casi me hace pensar en ti de rubia. Pero no me dejo engañar.

—¡Sé quién es usted!

—¡Yo también sé quién eres! —me responde encendiéndose una pipa que debe de haberle birlado al tío Émile.

—¿Yo?

—Sí, tú. Tú eres Mainou. Contracción de Germainou, es decir, el pequeño Germain.

Deja ir el humo tan lentamente que tengo la impresión de que el tiempo se ralentiza. Yo que me imaginaba a un tipo grande y musculoso, y va y me encuentro con una señorita que sonríe todo el tiempo. ¿Será la viuda de la que hablaba la abuela? Quizá estén todos al corriente de que está aquí.

Suena una sirena. La melodía del despertador de la guerra.

—¡Vuelve al sótano, Mainou!

Un gran bum sacude la casa.

—¿Cómo es que conoce mi nombre?

—¡Ve al sótano ahora mismo!

Vuelta a empezar con los obuses. Casi había olvidado hasta qué punto sonaban como pasos de gigante en el jardín. En el desván te da la impresión de estar realmente cerca.

—No pienso marcharme sin mi caja.

—¡Deja de hacer el tonto y vuelve al sótano ahora mismo!

—¡Mainou! ¡Baja de ahí ahora mismo! —grita el tío Émile.

Cualquiera diría que es la tía Louise en el cuerpo del tío Émile. Cuando él me grita es casi tan extraño como cuando la tía Louise me hace un cumplido.

Surge de las escaleras y se me lleva bajo el brazo. Tengo la impresión de volver a encogerme. Me recuerda a cuando meé en las flores del vecino a través de los cipreses. Papá me cogió bajo su brazo un poco así para llevarme a casa.

La ladrona del bombardeo cierra la puerta con llave. Cuando ya llevamos media escalera bajada oigo el cerrojo de la puerta.

—¡Puedo caminar yo solo! —digo.

Ninguna respuesta del tío Émile, a no ser por la respiración, el músculo y el ruido de su cinturón.

Cuando llegamos al subsuelo, todo el mundo está despierto. La abuela, más arrugada que nunca. Tía Louise, roja como un ejército de tomates podridos y con ese aire de reproche allá al fondo de su mirada. El tío Émile me deja sobre mis pies. Me da una palmada en la espalda, pero tan fuerte que tengo la impresión de haberme atragantado. De tanto como me sacude todo el cuerpo, acabo tosiendo. No me atrevo a mirarlo porque lo quiero tanto que no quiero ver sus ojos enojados.

—¿Has olvidado el código? —dice la abuela.

—No he salido de la casa…

—¡Está poniendo en peligro a todo el mundo! ¡Este crío no se da cuenta! ¡No se da cuenta! —dice Louise.

—Mira, un tomate que habla —me digo en voz alta.

—¿Qué?

—No, nada.

Ahora me toca a mí tomatizarme. Miro al suelo. Veo pies cubiertos de zapatos, travesaños de silla, grava. Los cuento, como los postes de telégrafos. Hay ocho pies contando los míos, dieciséis travesaños de silla y cuatro patas de topo. Me pongo a pensar que habría que hacerle unos zapatos en miniatura y un par de guantes a juego, y me hace sonreír dentro de la cabeza. Mientras piense en esas cosas, no sucede nada más y todo va casi bien.

—Voy a tener que endurecer el código, Mainou. Si sigues así, acabaré encerrándote en el sótano. Detestaría tener que llegar a eso, pero si te pones en peligro no lo dudaré. Es la última vez que te lo advierto —dice la abuela.

Hasta cuando trata de mostrarse severa, tiene algo de dulce. Su ojo izquierdo hace un falso contacto y todo.

El tío Émile me da otra palmada en el hombro y casi me caigo de la silla. Estallo en sollozos porque quisiera decirlo todo al mismo tiempo y de repente no me sale nada. Me lo guardo todo: la ladrona, mis estúpidas lágrimas y la historia de la caja.

El sonido de los bombardeos se desvanece en la lejanía. La sirena

pita el final del partido. El sótano recupera su silencio. Un ratón mordisquea el misal de la tía Louise, el topo se golpea con el travesaño de una silla. La abuela me parece mucho más vieja de lo habitual.

En cuanto a mí, estoy partido por la mitad. Me siento culpable, pero a medias. El cerebro no deja de picarme.

Cuando me pica demasiado, lo cauterizo con el recuerdo de la carta. Me gusta esa palabra, «cauterizar». Recuerdo el sonido de tu voz cuando la pronunciabas. Era algodón para el espíritu. Ya podían sangrarme mis rodillas de futbolista de las aceras que, cuando aparecías tú con tus cosas de mamá, enseguida iba todo mejor. Volver a ver tu letra, la misma que en la lista de la compra… Recuerdo la pluma con la que escribiste esa carta. Recuerdo muy bien aquel resfriado que cogí en aquel otro tiempo, no hace tanto.

¡Y de vueltas con la angina! La ladrona que vive en el desván con todas esas cosas que te pertenecen ¡sabe mi nombre! ¿Por qué se empeñan en no contarme nada de ella y de la caja?

El tío Émile abre un ojo. Apenas abre el segundo, le tiro a la cara todas mis preguntas. Le explico que, debido a mi insomnio, he oído voces y pasos. El secreto del teléfono de cordel me lo guardo. Le cuento que la he sorprendido con las manos en la masa haciéndose café en la cocina, y que estoy seguro de que es la ladrona del bombardeo pero que, cosa rara, sabe cómo me llamo.

El tío Émile comprueba que la abuela y la tía Louise están muy dormidas y me pide que le siga por las escaleras. Una vez instalado, me saco el cuaderno y me lo pongo en el regazo. Él sonríe, se enciende la pipa y me dice:

—Si te pones a escribir todo lo que digo no me escucharás bien. Te debo una explicación, pero necesito toda tu atención.

—¡Me debes dos explicaciones, tío!

—¿Ah, sí?

Su enorme sonrisa está de regreso. Creo que la situación le divierte,

con mis preguntas y todo eso. Pero, a diferencia de la tía Louise, él no me habla nunca como a un niño.

—¿Por qué la ladrona del bombardeo está en el desván y por qué conoce mi nombre?

El tío Émile sonríe, da una larga calada de su pipa y hace unos anillos de humo absolutamente perfectos.

—Si quieres tu doble dosis de explicaciones, deja a un lado el cuaderno.

Yo le digo que el cuaderno es porque te escribo a ti.

Él embute el tabaco en la pipa, a pesar de que acaba de hacerlo. Lo hace una vez más, y su mirada se pierde a través de la puerta del sótano. Parece papá cuando no dejaba de ajustarme la corbata antes de que nos fuésemos de la villa Yvette.

—Me habría gustado contarte todo esto después de la guerra, pero no me dejas otra opción. Que sepas que esto que voy a confiarte ahora hará que aumenten los riesgos para todos nosotros.

El tío Émile se arremanga, apaga la pipa y me pide que me acerque. Comprueba de un vistazo que todos siguen durmiendo y empieza a susurrar:

—La señorita que has visto en el desván no se esconde de nosotros, es al revés.

—¿Qué quieres decir?

—Somos nosotros quienes la estamos escondiendo. Se llama Sylvia y era la mejor amiga de tu madre desde niñas. Estaban increíblemente unidas. Una terminaba las frases de la otra, incluso a veces decían las mismas palabras al mismo tiempo. Las llamaban «las gemelas». Se hacían pasar la una por la otra, y eso que no se parecían. Desde muy pequeña, Sylvia hacía los deberes de clase de tu madre y al revés. Cada una sabía imitar la escritura y la firma de la otra. Era su pacto de mejores amigas.

El tío Émile hace una pausa. Abre la puerta para volver a comprobar que todo el mundo duerme.

—Entonces ¿por qué vive en el desván?

—Porque la están buscando. Sylvia es judía. Ha cambiado de identidad y de color de pelo para escapar de la Gestapo. Yo habría preferido que para ti siguiera siendo el fantasma del desván, del garaje, la ladrona del bombardeo o lo que sea. Por eso el código es tan estricto. Corremos un gran riesgo. Todos.

La cabeza me gira en un sentido y el corazón en otro. Me siento como el día que intenté fumar un cigarrillo con los mayores detrás del vestuario de fútbol. Sylvia. Ahora me acuerdo. Tú hablabas mucho de ella… el bosque de luciérnagas y todo eso. Decías que una vez, jugando a ver quién subía más arriba de un árbol, luego no os atrevíais a bajar.

Ahora está en el desván, y otra vez no se atreve a bajar. Tiene que esconderse, como yo.

—Ni una palabra de tu descubrimiento a la abuela, y mucho menos a la tía Louise ni a nadie más, aparte si quieres de Chtol o Maï. Y se acabaron las visitas en solitario al desván.

—¿Por qué me ha robado la caja?

—Te la he robado yo, de momento. Tu padre me hizo prometer que no la abrirías hasta que pasara la guerra. La caja está en un lugar seguro, es más fácil de esconder que Sylvia, y también menos ruidosa.

La angina de preguntas empeora. Y ahora tengo una nueva enfermedad: me gustaría que Sylvia me hablase de cuando eras pequeña. Una mina de oro de recuerdos completamente nuevos que explorar.

Tengo dos secretos. Uno pequeño en una caja inencontrable y uno grande en un desván prohibido. El grande tiene el pelo rubio y las pestañas muy largas. A ti te lo puedo contar porque la conoces. Tú no se lo contarás a nadie, a no ser que me manguen el cuaderno.

Cuando sale el sol, aún te estoy escribiendo lo que me ha confiado el tío Émile. He robado el diccionario de la abuela para poner palabras y expresiones que se parecen a cuando él habla.

No puedo dejar de pensar en Sylvia. En esa colección de fotos tuyas que tiene guardadas y en todos los secretos tuyos que debe de conocer.

Su corazón debe de ser una especie de muñeca rusa; puede que en su interior encuentre la versión en miniatura del tuyo.

La frohmühle, 7 de agosto de 1944

La cigüeña ha eclosionado mientras te escribía.

He oído un ruido minúsculo. El mismo tipo de ruido minúsculo que cuando una ardilla tropieza con una hoja seca. Me he vuelto hacia el nido que había en el alféizar de la ventana. El huevo se movía. Ha sido hermoso como un truco de magia, tan hermoso que no me atrevía a respirar.

Unos segundos más tarde, una cosita suave palpitaba entre mis dedos: un dragón cubierto de plumón, no más grande que el mechero con el que el tío Émile se enciende la pipa.

Todo es demasiado grande para su cabeza: sus ojos y su pico, lo cual la hace especialmente expresiva. No puedo evitar peinar su pelaje desordenado, mirarla y colocarla bien calentita en el bolsillo de mi camisa. He decidido llamar a mi cigüeña Marlene Dietrich, como tu cantante favorita.

El tío Émile está armando un nido-caja-de-cartón con agujeritos de ventilación, para que pueda cuidar de Marlene Dietrich en cualquier circunstancia. La abuela me trae con qué alimentarla: una horrible papilla de garbanzos que le da aliento a pescado muerto.

—¡Tiene que comer un poco cada hora!

Yo me tomo mi misión muy a pecho, imaginando que estoy acatarrado siempre. Esta cosa me revuelve el estómago. También tengo que cambiar la paja cada mañana.

La sirena que anuncia los bombardeos se pone en marcha. Bajamos al sótano. Se ha convertido en un acto reflejo, como volver a clase

cuando suena el timbre. Siempre da un poco de miedo, especialmente a través de los ojos de la abuela.

Tomo a Marlene Dietrich entre mis dedos. Tengo miedo de romperla. La arropo bajo mi camisa para que no tenga frío. Es más bonita que bonita, con ese piquito que le sobresale, pero tengo que encontrar una solución para su aliento. Puede que tenga que inventar chicles para cigüeñas.

Es una buena excusa para hacer pellas, pero, incluso con un bebé cigüeña en el regazo, me toca catecismo con la tía Louise. Es algo que vuelve el tiempo pegajoso, especialmente en el sótano. Cuando la escucho, tengo la impresión de transformarme en una anciana. Trato de poner buena cara, más que nada para demostrarle al tío Émile que me merezco ir de visita al desván.

Pienso más en Sylvia que en Jesús, María y José juntos. Me gustaría que me contara su versión de la historia del árbol. ¿Quién de las dos tenía más miedo? Me gustaría que me contara otros secretos; debe de tener el corazón lleno de secretos tuyos.

Pensar en todo esto crea una especie de juego. Mientras juego, la melancolía se diluye un poco. Unas gotas de granadina. Eso atempera algo en mi interior, y es bueno. Porque, en cuanto al resto, todo lo divertido está prohibido: el fútbol, la bici, el bosque, correr lejos y mucho rato, y por supuesto el desván, más o menos como en la Biblia de la tía Louise.

Me quedan mis charlas con el tío Émile, la bondad de la abuela y los ronroneos del tigre de Bengala de la tía Louise cuando duerme.

—Tío Émile, estaba yo pensando… Si Dios creó a los tipos divertidos como tú, es porque tiene sentido del humor, ¿no?

—Eso tendría sentido, sí…

—Entonces ¿por qué siempre se toma tan en serio en su libro?

—¡No fue él quien lo escribió! —dice el tío Émile en un susurro.

—¡Ah! Ya me parecía a mí…

—¡Fueron los apóstoles y los profetas!

—¿Qué es eso?

—Son… los secretarios telepáticos de Dios… Escuchan su voz, y luego lo escriben.

—Pero… ¿por qué los profetas no tienen sentido del humor? ¿Aunque no sea realmente el de Dios?

—Puede que porque se toman demasiado en serio lo de escuchar las voces de Dios y todo eso. A mí me gusta pensar que existe un anexo con los mejores chistes de Dios. Un profeta demasiado celoso debe de haberlos arrancado para quemarlos o algo así…

—O sería la prueba de que Dios no existe.

—Mientras pueda resultar reconfortante, que exista o no exista al final tampoco es tan importante…

—¡Tendrías que escribir eso, tío!

—¿Qué?

—El libro de chistes de Dios.

—¡Oh, yo no soy muy bueno escribiendo, ya sabes! Pero Sylvia podría…

Entonces sonríe, y eso me hace el efecto de una bolsa de agua caliente. Siempre es él quien enciende trocitos de alegría en mi interior. Esta vez me he anticipado.

La tía Louise ronca como un gato muy viejo. Su corte de pelo siempre me hace pensar en un casco alemán; cada vez tengo más ganas de intentar quitárselo. Con su ropa interior podríamos hacer un paracaídas. Cuando la tía Louise se desabrocha ese enorme sujetador suyo para dormir, me pide que me dé la vuelta. Como si fuera a hacer un truco de magia con patatas.

La sirena que anuncia el fin del bombardeo ulula a lo lejos. En el sótano, apenas se oye.

—¿Qué hacemos ahora? —le he susurrado al tío Émile.

Él aprieta el tabaco ya apretado en su pipa y mira a través de las paredes, es decir, reflexiona.

Yo pienso con todas mis fuerzas en la palabra «desván». Lo pienso tanto que quizá lo digo.

—¿Quieres acompañarme a casa de Rosalie? Hay que llevarle huevos… y… ¡ella tiene la mejor granadina de la región!

¡Se cree que va a curarme la angina de preguntas con granadina!

—¿No podríamos dar una vueltecita por el desván primero?

—No. Lo del desván soy yo quien lo decide. Es demasiado arriesgado para improvisar.

A mí me dan ganas de tratarlo de «tía Louise», pero me contengo.

El tío Émile se pone su largo abrigo y se vuelve hacia mí levantando una ceja.

—Bueno… ¡ya voy yo! Buenas noches, Mainou.

—No tengo mucho sueño…

—*Maquereau d'chien vert!* —susurra con su sonrisa de canalla.

—¿Qué es eso?

—Es «¡Qué diablillo estás hecho!», pero en dialecto. ¿Vienes conmigo a casa de Rosalie? No es el destino de tus sueños, pero al menos es un viajecito.

El tío Émile me instala en el manillar de su bicicleta y me encomienda la peligrosa misión de no dejar que los huevos caigan. Habría sido más rápido ir a pie, pero veo que se esfuerza por proporcionarme una aventura de consolación. Así que bien por Rosalie. Pasamos por el bosque de las luciérnagas. El nombre le viene al pelo; es como si una estrella se hubiera roto en mil pedazos. La bici aplasta las piñas de los pinos, suena como justo antes de que pongas

en el gramófono tu disco favorito. La orquesta de grillos hace sus escalas, una brisa ligera refresca la madera. Muchas veces me hablabas de tus largos paseos al atardecer con un palo en una mano, y en la otra, la mano de la abuela. Luego de tus escapadas secretas en plena noche con tu gemela que no se parecía a ti.

—Prefiero decírtelo antes, es posible que bese un poco a Rosalie, de vez en cuando. Si eso sucede, solo tienes que darte la vuelta como cuando tu tía Louise se desabrocha el sujetador en el sótano.

—¿Es a su casa donde vas todas las noches?

—Oh, todas las noches, exageras un poco, ¿no?

—¿Es a su casa donde vas casi todas las noches?

—Sí. Yo le llevo huevos y ella me da besos gracias a los poemas que hago como que le he escrito.

—¿Poemas?

—Sí. Poemas de oro. Porque, mira tú por dónde, no muy lejos de aquí hay una mina de oro de poemas.

—¿Cómo es eso?

—¿Dónde es eso, quieres decir?

—Las dos.

—En el desván, la mina de oro está en el desván… Sylvia me los escribe.

—¿Es por eso todo ese jaleo del abrigo, la bici y el ruido de máquina de escribir?

—Es un jaleo poético, nada grave. Pasa por debajo del radar de los nazis, como los sueños.

—Los trocitos de papel que tardas tanto en doblar…

—¡Exacto, querido señor espía! —dice el tío Émile, dándome un puñetazo en el hombro al ralentí.

—¿Y funciona?

—¡No tienes idea de lo bien que funciona! A Rosalie yo la he deseado desde el parvulario. Ella nunca me quiso. También hay que decir que, antes de toparme con Sylvia, yo estaba más preparado para

ocuparme de las gallinas que para seducir a las chicas. Hace unos años, antes de la guerra, llegué incluso a proponerle matrimonio. Ella dudó, lo cual ya era una victoria en sí misma, luego le propuse que se viniera a vivir conmigo en la granja.

—¿Y entonces…?

—Y entonces no le pareció muy romántico.

—Una granja es romántica, me parece a mí.

Los grillos continúan con su recital, a lo lejos un perro aúlla como un lobo. El tío Émile aparca la bici contra un pequeño roble y nos apoyamos en su tronco. Él sonríe y se enciende la pipa. Es su manera de marcar los tiempos. El viento sacude sus ramas y eso permite respirar buena parte del cielo. Las estrellas y la luna están de buen humor.

—Tienes razón, pequeño, una granja es muy romántica. Pero hay que amar a los animales y a otros bichos como la tía Louise… Por un momento me planteé irme a vivir con Rosalie y seguir ayudando a la abuela en la frohmühle, pero no era el momento. Alemania acababa de anexionarse el País de Bitche… Fue Sylvia quien cambió la situación: «¡Aliméntala con poesía, a tu Rosalie! —me decía fumando su pipa blanca—. ¡Deja de hablarle de vivir en la granja y hazla soñar!». Tú de eso sabes lo tuyo: en tiempos de guerra, los sueños son un bien escaso. Pero no está prohibido, ya te lo digo yo, ¡ni siquiera los nazis pueden detectar nuestros sueños! Yo no sabía muy bien cómo hacerlo. Entonces Sylvia lo organizó todo por mí: cada vez que iba a llevarle huevos, le llevaba también uno de los libros que me daba Sylvia. Yo lo leía justo antes y me regocijaba imaginando su mirada en cada página, su corazón y su cerebro pasando por el mismo camino que yo. De pronto estábamos charlando de los personajes, de lo que nos había impresionado. Sylvia lo tenía todo previsto. «Una máquina para fabricar complicidad», decía ella. El siguiente paso fue deslizar un poema a modo de marcapáginas. Y luego más y más poemas. Sylvia se las arreglaba para que Rosalie llorara y se maravillase. A

veces iba un poco más lejos…

—¿Cómo?

—Con humor, con erotismo… No eran poemas azucarados. Eran más parecidos al aguardiente que a la granadina. Pero cuanto más particular hacía ella mi personaje, más me miraba Rosalie con estrellitas en los ojos. ¡Un número incalculable de estrellas, pequeño! La noche del séptimo poema, ¡bingo, me besó! Me sentía tan feliz que a punto estuve de perderme en el bosque. Fue como un truco de magia. Una especie de borrachera sin alcohol. Excepto que, al meter la bici en el establo, la realidad me saltó a la cara. Chtol y Maï me miraban mal. Olía a paja y estiércol. Era un buen granjero, no un poeta, y cuando Rosalie lo descubriera, no me iba a atrever ni a ir a buscar los huevos. Pero, mientras tanto, ¡en la guerra como en la guerra! Estoy implicado en el tráfico de poemas, de modo que así sea. «Aprovecha el día y no confíes en el mañana», decía el poeta Horacio, muy apreciado por Sylvia. Después de todo, quizá era granjero…

El tío Émile apaga su pipa y se la guarda en uno de sus bolsillos. Nos montamos en la bici sobre el suelo crujiente de hojas y espinas.

En casa de Rosalie, ese mismo día

La cara de Rosalie es como un ensamblaje de manzanas. Todo en ella es redondo: mejillas, frente, unos pómulos perfectamente propios de su naturaleza pomar. El tío Émile la mira como si deseara recolectar todas esas pomas, hacer una tarta y comérsela para siempre. Su alegría, como su risa, resulta contagiosa. Ella efectivamente me sirve un sirope en un vaso tan grande que beberlo me lleva un largo ahoramismo.

Luego el tío Émile me pide que me vuelva. Yo doy una vuelta completa, con cuidado de no hacer chirriar el taburete. Se besan como dos pajarillos.

En el camino de regreso, el tío Émile habla poco y sonríe mucho. Avanza al ralentí para que el ruido de las ruedas sobre las hojas no estropee el canto del búho. Luego, de repente, dice esta frase:

—Soy un impostor, lo sé muy bien. Pero ya no puedo prescindir de esta alegría. Es una especie de droga. Las chispitas en sus ojos, esa sonrisa. Un día vendrá la verdad a estallarme en la cara, soy yo quien ha encendido la mecha…

—Pero ¿no crees que podrías arreglártelas sin la poesía?

—Digamos que tengo miedo de parar esto… Un día aprenderás que el amor hay que cuidarlo como un huerto. Y la poesía es el mejor fertilizante.

Es tan bonito que casi no me pone triste.

Cuando los silencios duran demasiado, le hago hablar de otra cosa.

—¿No es peligroso andar en bicicleta sin luces ni nada?

—Sí, por eso es tan divertido.

—Bueno… y entonces ¿cuándo era que subíamos al desván?

—Desobedecer todo el tiempo es casi tan estúpido como obedecer todo el tiempo, pero tiene el mérito de ser un poco más entretenido. Mira esos estúpidos nazis, hemos llegado a este punto porque todos parten del principio de obedecer sin pensar. Obedecer y creer. La prima Jeanne desobedeció por ti… Toda la familia lo hace.

El tío Émile acelera y la dinamo fabrica un poco de luz. Conducimos al ralentí a través de la niebla. Yo imito al búho.

—Ya, pero al desván ¿cuándo vamos?

—¡Chisss! —me hace el tío Émile—. Es casi la hora del toque de queda, podríamos encontrarnos con algún vecino que vuelve a casa.

De repente, la bici frena en seco y a punto estoy de salir volando por encima del manillar: delante de la entrada de la tienda hay aparcado un camión alemán. Tiene las luces encendidas y el motor en marcha.

La mirada del tío Émile se ensombrece. Nunca habría imaginado que se le podría oscurecer el rostro de esa manera.

—¿Damos la vuelta?

—No, no. Nos quedamos aquí. Y ni un ruido.

No tengo miedo ni nada, pero me gustaría volver a tu habitación y escribirte. Cuando te escribo demasiado rato en mi cabeza, tiendo a recalentarme. Ahora mismo me estoy recalentando.

Me saco del bolsillo el cuaderno enrollado. No hago mucho más ruido que cuando caminamos sobre hojas secas. El tío Émile me hace gestos. Todos quieren decir: «No». Ya es demasiado tarde, lo tengo entre las manos, volver a guardarlo haría aún más ruido. El lápiz lo tengo en el otro bolsillo. Es un lápiz muy silencioso; sacarlo de ahí no debería suponer ningún problema. Se me resiste, se me resiste tanto que acaba escapando de mis manos y saliendo por los aires. Cae entre

los radios de la rueda trasera de la bici. Eso hace mucho más ruido que cuando caminamos sobre hojas secas.

El tío Émile me mira con los ojos de tía Louise.

Justo entonces salen tres alemanes de la tienda y se suben al camión. Se diría que han hecho un prisionero.

—¿Sylvia?

—¡Chisss!

Arrancan y dan marcha atrás hacia nosotros para dar media vuelta.

El corazón me late en los oídos, a menos que sea el del tío Émile.

El olor del humo del tubo de escape me hace toser. El tío Émile me pone la mano delante de la boca. El camión se ha calado. Yo me aguanto con todas mis fuerzas. Me pregunto si al toser no se me reconocerá el acento francés.

El camión vuelve a arrancar. Sube la pendiente y desaparece en la meseta del Légeret.

—¡Venga, vamos! —susurra el tío Émile.

Él empuja la bici y yo lo sigo como un mal estudiante. Cruzamos la carretera y cortamos a través de los campos para entrar por el establo. Chtol y Maï parecen bastante relajados y Hector duerme con la cabeza entre las patas. El tío Émile deja la bicicleta con cuidado contra la pared y resopla.

—¿Dónde estabais? —pregunta la abuela cuando entramos en el granero.

Cuando está nerviosa, menea mucho la cabeza mientras habla y eso hace que se le mueva el moño. No puedo evitar mirarlo fijamente.

—El tío Émile vio que llegaba el camión —le digo yo—, así que me llevó al bosque para escondernos.

—Gracias, Mainou, pero no… Hemos ido a llevarle huevos a Rosalie, y le he dicho a Mainou si quería acompañarme… Luego hemos ido a ver las luciérnagas y a escuchar a los búhos.

—¡Émile! ¿Ahora es a ti a quien debo pedirle que repita el código? ¡Esto es increíble!

—Habíamos quedado en que, de vez en cuando, a Mainou tenía que darle un poco el aire. Acordamos que el bosque de noche podría ser una buena opción.

Tía Louise entra en el granero.

—¿No sería mejor que arreglarais vuestras diferencias en la cocina? ¡La comida está lista y, a diferencia de aquí, huele la mar de bien!

—Émile, Louise, nos vemos en cinco minutos. Mainou, ve a disfrutar un poco de tu habitación. Luego cenaremos rápidamente, igual nos toca pasar la noche en el sótano. ¿Te parece?

—Sí, sí.

Me hago el monaguillo y me marcho bien modosito a buscar el teléfono de cordel. Vuelvo a bajar en calcetines, pego la oreja derecha al vaso izquierdo y pongo el derecho contra la puerta. Al principio todos hablan al mismo tiempo y no entiendo nada, luego la abuela corta en seco.

—No malgastemos la energía discutiendo. Tenemos que ser solidarios y proteger a Mainou.

—¡Protegernos de Mainou, querrás decir! —dice la tía Louise.

—Ese pequeño necesita…

—*Hoppla Géis!* —suelta la abuela—. La Gestapo sabe desde hace tiempo que por aquí hay miembros de la Resistencia escondidos. Desde que un listillo sustituyó la bandera nazi por una bandera francesa, están alerta. Hasta la fecha se habían limitado a hacer alguna que otra pregunta. Hay uno que hasta compra caramelos, cada vez el mismo número de caramelos, pero esto ha sido una batida en toda regla. ¡Mainou debe ser invisible! Tan in-vi-si-ble como Sylvia. ¿Entendido?

—Entendido… —dice el tío Émile, con una voz tan pequeña que no parece la suya—. Pero las noches en que está tranquilo… tal vez podríamos dejarle pasar algún que otro rato con Sylvia. Era la mejor

amiga de su madre. Y a ella seguramente también le vendría bien.

—¡Se acabaron las salidas! Se quedará confinado en la casa, prohibido ir al desván. Tenemos que organizarnos para que el tiempo no se le haga demasiado largo… Pero dentro, ¡y con las cortinas echadas!

—Tal vez podrían comunicarse por carta, ella tiene muchas cosas que transmitirle.

—¡He dicho que basta! —grita la abuela con una voz de trompeta rara—. El verdadero problema, lo que de verdad debería preocuparnos es que Mainou y Sylvia estén escondidos en el mismo lugar. Si la Gestapo hace una redada los perdemos a los dos.

Nadie responde. Algo me dice que lleva razón, pero no tengo ningunas ganas de prestar oídos a ese algo.

—Demasiado peligroso, tanto para él como para todos nosotros, ¡así que caso cerrado!

Se levanta y reconozco el sonido de sus uñas contra el barómetro.

—¡Ah! ¡Mañana buen tiempo! —dice con ese entusiasmo de pacotilla casi encantador.

Yo recojo mi teléfono de cordel a toda velocidad y salto al ralentí hasta la escalera que lleva a tu habitación. Chirría, pero hasta que no salgan no estaré en peligro. Me deslizo bajo las sábanas. Escribo todo lo que acabo de escuchar para asegurarme de que no te pierdes nada. El cuaderno me hace sentir como en un baño caliente después de perder un partido de fútbol bajo la lluvia. No cambia el resultado ni el pasado, probablemente tampoco el futuro, pero en el presente me ayuda a calmarme. Con un poco de suerte, me dormiré antes de que se despierte la angina de preguntas.

La frohmühle, al día siguiente

Después de cenar, el tío Émile ha venido a verme a tu habitación. Me ha explicado por qué se han acabado los rodeos en bicicleta, las granadinas en casa de la vecina y el bosque de luciérnagas. Yo ya lo sabía, así que he puesto mi cara de «No importa, tío, entiendo perfectamente la situación».

Él lo ha tomado como una muestra de coraje y madurez, lo cual no era verdaderamente verdad, pero igual me he puesto contento de ponerlo contento a él.

—Hace un rato hemos tenido un consejo de guerra la tía Louise, tu abuela y yo. He hecho todo lo posible por conseguirte un salvoconducto al desván. No han fallado a mi favor, pero no he dicho mi última palabra.

Yo he vuelto a hacer como que lo entendía todo. El tío Émile me ha dado una palmada en la espalda con su forma especial de dar palmadas en la espalda de la gente. Un pelín poquitín demasiado fuerte. El tío Émile defiende mi causa. La abuela a su manera también lo hace, poniendo mi seguridad y la de la casa en lo más alto del «seacomosea». La tía Louise se mantiene por principio en sus principios. Pero el tío Émile se interesa por lo que yo siento.

Pienso en la cantidad de nuevos recuerdos de ti que podría recolectar en Sylvia. Me da mucho miedo pero también tengo muchas ganas.

Me gustaría aprender a pensar en ti más alegremente. A veces lo consigo un poco. Y luego todo se desmorona.

Marlene Dietrich se mueve en su habitación de cartón. Se ven sobresalir esos ojos suyos, demasiado grandes para su cabeza. Tiene la manía de chasquear el pico cuando me concentro en escribirte algo importante. Entonces me sobresalto como un idiota. La tiraría por la ventana, para ver si es una cigüeña de verdad que vuela y todo eso. Y pensar que, cuando se haga mayor, se supone que debe llevar bebés en el pico… Si no encontramos una solución para su aliento, van a morir todos asfixiados.

A veces me digo que estaría mejor en un nido con otras cigüeñas haciendo cosas de cielo, y no en la habitación de un huérfano clandestino que escribe a su madre muerta. Otras veces, cuando me despierta en mitad de una pesadilla, la saco de la caja de cartón que le sirve de nido y me la pongo encima del hombro. Entonces, por un breve instante, me siento capitán de algo.

La frohmühle, 10 de septiembre de 1944

Otra larga noche de bombardeos en el sótano. La idea de que un obús decapite la casa me estremece. La cabeza es el desván. Dentro late un corazón. Hace latir al mío. Sylvia. Los nuevos recuerdos y las reservas de poesía para el tío Émile.

La sirena brama. Los aviones se van a aparcar en algún lugar entre las nubes, es el fin de la tormenta.

Me gustan esos momentos. La abuela se despierta, abre un ojo, me sonríe y dice:

—¡A *mimir*, Mainou!

El tipo de palabra infantil que nunca pronunciaría durante el día, totalmente despierta. Entonces, en ese duermevela, casi llego a imaginármela de niña. Alta como tres manzanas frescas. Sin jeroglíficos debajo de los ojos, pero probablemente con el mismo moño. Pienso en ti de pequeña durante la Primera Guerra Mundial, tú entonces tenías más o menos la misma edad que yo ahora. Puede que también te dijera: «A *mimir*, Lisette», abriendo un ojo.

La chaqueta del tío Émile está colgada en el perchero. El llavero de la casa sobresale ligeramente del bolsillo. El equilibrio entre mi lealtad y mi deseo de explorar el desván está a punto de bascular. Si lo hago bien, nadie se enterará de nada.

Después de comprobar que todo el mundo duerme, me levanto despacio. Cada paso, incluso si lo doy al ralentí, hace resonar la arenilla en todo el sótano. ¡Gracias, Dios mío, por hacer de la tía Louise una campeona de los ronquidos! El corazón se me sube a la cabeza de pensar en el tío Émile. Si se despertara, se sentiría traicionado. También él ronca un poco, como un soprano. La tía Louise es un tractor barítono, la abuela un simple pinzón con moño.

Un paso más y tendré el llavero al alcance de mi mano. Marlene Dietrich viene a contonearse entre mis piernas; si cacarea estoy perdido.

Me pongo el dedo delante de la boca mirando a Marlene Dietrich, quien me mira a mí exactamente igual que:

—cuando come,

—cuando vomita,

—cuando se entrena para volar.

Muy expresiva, pero siempre la misma expresión.

El llavero brilla en la oscuridad. En la escala del cielo del sótano, estoy descolgando la luna. Las llaves, ahora silenciosas, ya están en mi bolsillo.

Secuestro a Marlene Dietrich para que no se ponga a cacarear mientras no estoy. Y ella vuelve a vomitarme sus garbanzos podridos, es marca de la casa.

Empujo la pesada puerta del sótano, chirría más fuerte que las escaleras, pero los benditos ronquidos de la tía Louise siguen salvándome el pellejo. Subo delicadamente cada escalón hasta la cocina y su larga mesa de madera demasiado grande para tres. Me siento como un pirata escapando de su propio barco.

Cuando llego al desván y meto la llave en la cerradura tiemblo un poco. Hace ruido como si estuviera hurgando en un paquete de caramelos de metal. Giro lentamente a la derecha, no pasa nada. Luego a la izquierda, no pasa nada.

Meto la llave un poco más y la puerta se abre con un pequeño clic.

La luz de la madrugada se cuela entre los listones del techo. Me deslumbra como cuando papá me abría las persianas de la habitación para despertarme temprano, incluso en vacaciones. Oigo el ruido de una máquina de escribir, luego más ruido de máquina de escribir.

—¿Émile? —dice una voz.

No me atrevo a responder. El silencio dura un largo ahoramismo. Oigo un clic que no suena para nada como una puerta. Luego pasos. Conozco esos pasos. Se acercan a mí. Uno a uno. Mis ojos se acostumbran lentamente a la oscuridad. Veo una sombra, avanza hacia mí. Me quedo de piedra. Pienso en el muñeco de nieve del patio de la escuela. Me siento igual que él.

—¡Mainou…! Tenía miedo de que fuera… alguien más.

Mi corazón hace tanto ruido que no me oigo pensar.

—Sabía que al final acabarías por volver, solo que pensé que sería antes.

Los pasos se alejan, la sombra también, y se sienta.

—Tengo que terminar una cosita, si no te importa.

El chasquido de una cerilla y una vela se enciende. Tac-tac-tac-tac-tac-tac, hace la máquina. Marlene Dietrich parece responder cacareando. No tengo ningún tipo de autoridad sobre este animal.

Me quedo plantado en medio de un montón de libros ordenados por colores. No me atrevo a tocar nada. Solo mirar ya me hace sentir incómodo, como cuando en la villa Yvette venía mi maestra a tomar el aperitivo y yo estaba en pijama.

Ahora lo veo claro. La sombra rubia tiene una cama como las que tenemos para dormir en el sótano. A través de la ventana, la luna le sirve de lámpara de noche. Este desván parece la cueva de Alí Babá, excepto que sus tesoros son libros. Reconozco el pueblecito de cajas apiladas y la esquina de la cabina con los trozos de papel garabateado clavados en el techo.

—Ya está, se acabó —dice de repente, saliendo de su cabina.

Se sienta en su cama mientras llena su pipa blanca de tabaco.

—Solo porque seas pequeño no significa que tengas que quedarte de pie. Si te sientas, seremos igual de altos.

Me hace señas con su mano de dedos largos y elegantes. Su sonrisa es suave y potente. Me siento a su lado. Nunca en mi vida había posado mi culo tan suavemente. Marlene Dietrich y su par de alas no lo habrían hecho mejor.

La sombra rubia es tan hermosa que no puedo hablar. Sin capucha, es aún peor que la última vez. Me recuerda a la pequeña Linda, con quien tuve que bailar en el espectáculo de fin de año. La belleza me seca la garganta y después no puedo decir nada. Así que no digo nada.

—Me llamo Sylvia —dice ella, tendiéndome la mano.

Sus dedos son finos y la palma de su mano es más suave que el plumón de Marlene Dietrich.

—No tienes permiso para estar aquí, ¿verdad?

—No mucho, no…

—¡Eso es algo que tenemos en común! —dice ella, mirándome de lleno a los ojos—. Yo tengo que esconderme aquí porque, si me encuentran, voy a tener que subir a uno de sus trenes que salen llenos y vuelven vacíos. También sabes que el desván es el lugar más peligroso de la granja en caso de bombardeo. Los oigo silbar justo encima. Fffffiooooooooo…

Da lentas caladas de su pipa. Se diría que quien habla es el humo.

—Puedo darte la nota exacta en que silban. La mayor parte del tiempo las bombas están en *la*, como el timbre del teléfono. Mientras que el motor de los aviones oscila entre el *mi* y el *fa*. ¡Para eso me han servido mis años de solfeo!

Yo tengo ganas de decir un montón de cosas, pero mientras no diga nada no se notará que estoy aterrado. Creo. Pasa un ángel tras otro y yo me abstengo de colarme. Sylvia hace círculos de humo, yo me aguanto la tos para hacerme el grande.

—Pero no estoy tan mal aquí. Puedo leer, escribir y ahorrarme los sermones de la tía Louise. A veces hasta canto un poco por encima de

los discos del tío Émile. Él me trae amablemente la comida. ¡En la situación actual, esto es el equivalente a un hotel de mil estrellas! ¡Mira! —dice señalando un agujero en el techo—. ¡El gran cielo al alcance de la mano!

Yo miro con todas mis fuerzas.

—¿Quieres fumar? —dice, ofreciéndome su pipa.

—Sí, muchas gracias.

—¡Estaba bromeando!

—Ah.

—Para que te relajes un poco. A la primera no funciona, pero te aseguro que intentar reír es una buena técnica. Al menos es la mía. Cuando los alemanes irrumpieron en la tienda, estaba tan aterrorizada que empecé a escribir la vida que habría tenido si ese tipo con el bigote como un billete de metro siguiera siendo un pintor de edificios. Me imaginaba cantando y bailando en un cabaret. Eso es lo que haré si la guerra termina. Me imaginaba a Adolf Hitler si se hubiera enamorado de una judía. Una practicante, mucho más judía que yo. Hitler con una kipá, bailando del brazo de su novia con música klezmer, Hitler comiéndose un faláfel, ese tipo de cosas. Oí cómo el acento alemán se colaba por entre los listones del suelo y se me cerró la garganta. Respiré, y seguí contándome la historia del otro Hitler y del otro yo.

—¿Aún la escribes?

—La mía, todos los días. La de Hitler, la verdad, solo cuando estoy cabreada. Pero mientras pueda burlarme de él y de su secta, significará que aún me queda un arpende de libertad escondido en la cabeza, uno que él nunca podrá alcanzar. Puede parecer insignificante, pero me reconforta.

Sylvia sonríe y el tiempo se detiene un poco. He olvidado respirar durante un buen rato, luego por poco me ahogo. El corazón me late como un tren, ya no me oigo pensar. Espero a que vuelva la calma. Ella espera conmigo. Me repito la frase varias veces en mi cabeza para

estar seguro de que me sale. Luego me lanzo:

—El tío Émile me ha dicho que a ti y a mamá os llamaban «gemelas». Recuerdo una historia que me contaba ella en la que jugabais a ver quién se subía más arriba de un árbol…

Creo que le tiemblan las comisuras de los labios, pero me confundo con su sonrisa de hoyuelos. Son como puntos, comas y una puntuación completa.

—Éramos íntimas, muy íntimas. Más que hermanas. Sí, a veces le escribo. No como una mística loca que le enviara mensajes a través de las nubes, tranquilo…

Da una larga calada a la pipa y el humo me pica en los ojos. Si me pusiera a llorar, sería una buena excusa.

—Solo… sigo adelante. Aprendí a escribir, a reír, a inventar escribiendo sus deberes, sus cartas de amor.

—¿Sus cartas de amor?

—Sí… Podíamos imitar la escritura y la firma de la otra. Era nuestro pacto de mejores amigas. Empezamos con los deberes, y cuando crecimos nos intercambiamos la escritura de las cartas de amor. Como cuando éramos pequeñas, una escribía por la otra. Lo llamábamos «tráfico de poesía». El tío Émile era el único que estaba al corriente. Era solo un juego… hasta el día en que tu madre sedujo a tu padre con uno de mis poemas, y se casaron.

Un pensamiento extraño me atraviesa la mente: «Si existo, es un poco gracias a un tráfico de poesía».

—Ella no se atrevía a decirle nada cuando a veces se cruzaban en Guising o cerca del cuartel, en la meseta del Légeret.

Ahí sonríe. Una larga sonrisa que se prolonga mientras vuelve a encenderse la pipa.

De pronto me asalta el deseo de leer esas cartas. Una especie de extraño eureka emocional, lo más cercano a la alegría que he sentido desde que te fuiste.

—¿Sabe mi padre que las cartas que recibió no eran de mamá?

—No lo sé. Es posible que tu madre se llevara el secreto a la tumba. Lo ha hecho feliz, puede que eso sea lo importante, el resultado. O a lo mejor es que trato de autoconvencerme, eso depende del momento. Por la noche, siento que tengo razón. De día ya no tanto.

Llega otra vez el momento de dejar que pase el ángel. Un puto atasco de ángeles.

—Cuando ella se fue, no pude dejar de escribir para ella. Como si todavía estuviera aquí.

—Yo tampoco —le digo.

—¿Cómo que tú tampoco?

—Hablo con ella en mi cuaderno.

—¡Fantástico!

Hace una pausa y me mira mordiéndose el labio.

—Me encantaría leerte, Mainou… Pero, si quisieras guardarte el secreto, lo entendería.

—Marlene Dietrich lo ha leído todo varias veces, así que… ¡por qué no!

Ríe un poco y eso la hace toser. Estoy más orgulloso de mí mismo que cuando chuté mi primera falta desde veinticinco metros.

—Marlene Dietrich, mi cigüeña —le aclaro, acariciando al animal.

Segunda ronda de risas. Segundo trago de orgullo, gol por la escuadra.

Ella me pasa el brazo por los hombros y me acaricia la espalda con la mano. Yo me aguanto las ganas de hablarle de su piel de concha nacarada que me recuerda las que recogía a finales del verano en Palavas para no hacer con ellas nunca nada más que nada. Me aguanto las ganas de hablarle de sus cabellos dorados al oro fino, que la asemejan a un tesoro que habla.

Respiro lenta y largamente.

Huelo su perfume yodado, que me hace pensar en la playa en verano, pero no se lo digo. Me limito a pedirle que me hable de ti.

—¡Te lo advierto, esto va a ser divertido! —me responde ella,

volviendo a encender la pipa.

Lanza unos anillos de humo aún más perfectos que los del tío Émile. Uno de ellos flota frente a mí, yo paso el dedo por en medio. Sylvia también.

—¿Qué quieres saber?

—¡Todo!

Un nuevo silencio muy largo, tan largo que Marlene Dietrich se ha dormido, hasta que la he despertado tosiendo como un idiota. Me he vuelto a olvidar de respirar.

—Nos encontrábamos aquí, en el desván. El piso estaba podrido, corríamos el riesgo de caer a través de la lana de vidrio. Estaba estrictamente prohibido y eso es precisamente lo que más nos gustaba. Nuestro gran truco era robar licor de la despensa, beber todo lo que podíamos y volver a bajar como si no hubiera sucedido nada. Era como beber fuego. Lo odiábamos, pero no podíamos evitarlo. Debíamos de tener más o menos tu edad. Quizá un poco más… Una noche de borrachera, fuimos al gallinero a hacer malabares con los huevos. Dos, luego tres, luego cuatro. Empezaron a caerse. Y cuantos más caían, más nos reíamos. Tu abuela vino y se llevó a Élise con el rabo entre las piernas. Yo le dije que ella no había hecho nada, que los huevos los había roto yo, que lo sentía mucho. Me tragué la bronca. Estaba más orgullosa que un gallo. A mí las palabras de tu abuela me resbalaban. Para darme las gracias, Élise me propuso que jugáramos al buen genio de las matemáticas. Ella era muy buena. Yo era una nulidad. Y ya nunca dejamos de hacerlo, nos convertimos en el ángel de la guarda la una de la otra. Cada una escribía las redacciones de la otra. Más tarde llegó el tiempo de los primeros amores, hasta que Élise conoció a tu padre. Le gustaba la idea de haberlo seducido, entre otras cosas, con mis poemas. Era una costumbre que teníamos interiorizada desde hacía tanto tiempo que la cuestión de la impostura ni siquiera se planteaba. Pero, cuanto más tiempo pasa, menos cómoda me siento con esta dulce mentira. Desde que se fue, el equilibrio ya no es el

mismo.

—¿Y no había nadie al corriente?

—Yo solo le confié el secreto a Émile, cuando murió Élise. Pero ella ya se lo había contado.

—¿Y las cartas las guardasteis?

—Están en la caja que trajiste tú de Montpellier, el tío Émile fue a enterrarla en algún lugar del bosque de las luciérnagas.

—¿Por qué?

—Porque se lo pedí yo.

El silencio dura un largo ahoramismo. Tanto que al final siento que ya no soy la misma persona.

—Si quieres volver, da tres golpecitos rápidos, tres largos y otra vez tres cortos, eso en morse significa SOS, luego rasca la puerta para indicar que todo está bien. ¡Eso me ahorrará el susto de hace un rato!

Y ahí me han entrado ganas de besarla, mamá. De saltar en sus brazos como un mono. Un pronto. Le he dicho «adiós» y «gracias» en la misma palabra, algo así como «adicias».

—Has comido garbanzos, ¿no?

—No, es Marlene Dietrich…

—¡Claro!

He bajado la escalera de la muerte con tanto algodón en las piernas que habría bastado para curarle los rasguños a todo mi equipo de fútbol de Montpellier. La cigüeña dormía en mis brazos con los ojos abiertos, he dudado si no estaría muerta, pero luego se ha puesto a mear, así que supongo que todo está bien.

La he colocado en su caja y la he arropado con su mantita. He vuelto a sentir la angina de preguntas, pero esta vez los síntomas han sido más suaves. He soñado con bombardeos, pero no me sentía en peligro. Los sueños son estúpidos a veces.

«¿Qué estás haciendo aquí?», dice la voz de la abuela en mi sueño.

Un sueño que ella acaba de traspasar, hasta el punto de aparecérseme justo encima de la cabeza.

Me agarra por el brazo y me saca de la cama como una vieja salchicha. Había olvidado que las noches de bombardeo, incluso cuando ha sonado la sirena, tenemos que permanecer en el sótano por si acaso empieza de nuevo. En el desván lo he olvidado todo. Por un instante solo vivía en el presente. Exactamente en el presente.

—Date prisa —dice la abuela.

De espaldas se diría que quien habla es su moño. Un moño que no está contento. Yo floto en algún lugar entre mi sueño y lo real, en algún lugar entre el desván y el sótano.

En cuanto llegamos, la abuela se suelta el moño y viene a darme un beso en la parte superior de la cabeza. Se diría que tengo el corazón justo debajo, de tan triste como me pone. Siento que te estoy decepcionando a través de ella.

Quiero preguntar si puedo ir a buscar a Marlene Dietrich y mi cuaderno. Me aguanto. El tío Émile me envía su sonrisa de tío colega. Me dan ganas de abrazarlo un buen rato y contárselo todo al oído. Me aguanto.

Espero a que todos se duerman. Entonces iré a devolver las llaves. Ahí arriba existe otro mundo. Algo de ti ha sobrevivido en él. Más exactamente alguien, lleno de otros recuerdos que no son los míos.

Me gustaría hacerme mayor y acelerar para que la guerra termine más rápido y pasearme por el bosque a plena luz del día. Iremos a desenterrar la caja y tú volverás un poquito. Papá estará en casa, la tía Louise podrá aliviar su deseo de ir a la iglesia, es decir que vivirá allí para siempre. Yo tendré derecho a no ir. Aprenderé a crear nuevos recuerdos, para no estamparme de morros contra los tuyos. Mejor aún, aprenderé a tocarlos sin electrocutarme la cabeza. Será bueno acelerar un poco. Será como el viento en la bici del tío Émile. Habrá gritos de partidos de fútbol, el aroma de la brisa del mar y las nubes pegadas al horizonte. Tan bien pegadas que podremos nadar en el cielo. Si las

cosas de Dios existen, será la puerta de entrada al otro mundo.

Mierda, he despertado a la tía Louise. Le ha parecido que estaba recitando una de sus estúpidas oraciones y se ha acercado a acariciarme la mejilla con sus dedos salchicha. Resulta agradable su truco, nunca lo habría dicho. Así que yo le acaricio su enorme espalda. Lo cual me lleva mucho tiempo. Cuando no habla, la tía Louise es otra persona.

La frohmühle, 11 de septiembre de 1944

La tía Louise me ataca ya de buena mañana cuando estoy desayunando. Tú nos prohibías que te dijéramos nada hasta haber tomado tu café, y a mí me pasa lo mismo con mi tazón de leche. Soy como un gato al que quieres acariciar mientras está comiendo. Hasta doy bufidos y todo.

—¿Sabes que Dios creó el mundo en seis días? Si llega a tardar tanto como tardas tú en tomarte tu tazón de leche, todavía estaríamos en la Edad Media.

Creo que trata de ser graciosa, así que trato de reír. Ese humor de viejos es terrible. Sin embargo, a pesar de su regusto de hostia caducada, siento una tentativa de ternura.

—¡Que vienen! —dice la abuela.

—¿Quién? —pregunta el tío Émile.

—Los alemanes, quieren nuestras gallinas. Mainou, ni un ruido, ve a esconderte…

—¿Al desván?

—¡No! ¡Al sótano, en el armario, y si entran, sales por la puerta secreta!

—¡Vamos! —dice el tío Émile, y me coge del brazo.

—¿Por qué quieren nuestras gallinas?

—Dicen que tenemos demasiadas gallinas, demasiados cerdos y demasiados bueyes. ¡Se sirven de lo nuestro como si estuvieran en su casa! «Racionamiento», que dicen ellos con ese estúpido acento que tienen.

Yo no me atrevo a decirle al tío Émile que no acabo de encontrar la diferencia entre el acento de la abuela cuando habla en dialecto y el alemán. Repito las pocas palabras que me he aprendido de memoria por si acaso: *Hallo, Ich heisse Hans*, «Hola, mi nombre (de recambio) es Hans», y *Danke*, «Gracias».

El tío Émile abre suavemente la puerta del sótano y me mete en el armario. Su rostro lleva el mismo disfraz de sonrisa que el de la prima en el carro. Me habla amablemente, articula a tope. El doctor Godebout te hablaba de esa misma forma.

—¡Se han llevado mi favorita, la que cuando pone un huevo canta en *la* menor! ¡Parecía Édith Piaf! —dice el tío Émile imitando a la gallina.

Ha cerrado la puerta con su guiño de tío colega y de repente me he encontrado en mitad de la noche en pleno día. He vuelto a olvidar a Marlene Dietrich en mi habitación. Empiezo a imaginarla hecha filetes con crema de puerro. O en brochetas de cigüeña marinadas con pimentón. Me entra hambre y al mismo tiempo ganas de llorar. Casi siento el olor y todo. ¡Llevaos a Chtol o a Maï y haced un estofado, pero a Marlene no!

Me tranquiliza pensar en su aliento de garbanzos podridos. Esa es su protección. Un poco como el misal de la tía Louise.

El ahoramismo se ha estirado tantísimo que casi olvido que estaba en un armario. La noche entera toda para mí y nada que hacer aparte de sentir miedo… o de soñar. Así que sueño a tope. Algo crece entre mi corazón y mi cerebro. Puede que esté en obras para siempre, pero avanza. Yo avanzo.

Y encuentro campos de fútbol con hierba a juego con los ojos de papá. Encuentro bicicletas, primavera, un balón de voleibol con arena pegada, la playa como antes, cangrejos entre las rocas, mi barco pesquero. La proa, la quilla, la borda.

Algo se alivia un poco. El deseo de volver a Montpellier sin ti hace que me piquen los ojos y la nariz, pero por un instante soy capaz de separar el futuro del pasado. Sentir un poco menos de dolor siempre me da escalofríos. Avanzo dos casillas y retrocedo cinco. Quien pierde gana. Vuelvo a sentir, clasifico, y luego todo se desmorona en un toma y daca de pensamientos. Mi corazón es un estudio de cine. Mi cerebro, una sala de proyección. Me monto películas sobre «la posguerra», como dicen los adultos, con lagos helados en los que patinar con los ojos cerrados en pleno centro de Montpellier.

Y, de repente, los abro de nuevo. Tú no estás ahí. Ya nunca volverás a estar. Puede que papá tampoco. ¡Y yo no sé nada, excepto que quiero salir de este maldito armario!

—¡Ya se han ido esos teutones! —dice el tío Émile abriendo la puerta justo cuando me ahogaba de tristeza.

—¿Dónde está Marlene Dietrich? —le pregunto para desviar su atención de las lágrimas que empiezan a picarme en los ojos, porque llorar delante del tío Émile no es una opción.

—Cantando para los soldados en alguna parte, supongo.

—Hablo de mi cigüeña.

—Nos la hemos zampado, por miedo a que los alemanes la encontraran.

—¡Bien hecho! ¡Estoy harto de su aliento a garbanzos!

La sonrisa del tío Émile me devuelve la mía. El efecto dominó de la alegría.

La frohmühle, 5 de octubre de 1944

De día, vuelvo a mi vida oficial: la habitación, el sótano, las sopas de verduras sabor a grava y las clases en la cocina. A veces, me siento un poco tonto escribiéndote mientras que el ahoramismo de la guerra cada vez dura más, y que ni siquiera estoy seguro de volver a ver a papá.

A cada subida del nivel de esperanza le sigue un «golpe de blues del Mississippi», como diría el tío Émile. No avisa, y suele llegar antes de dormirme. Ganas de destrozarlo todo. De largarme. Ir a buscar a mi padre entre las líneas Maginot, volver en bici a Montpellier con Marlene Dietrich en el portaequipajes.

A veces me siento tentado de tirar mi cuaderno en la estufa de leña. Le echo la culpa a tu fantasma por ser un fantasma, y por no responderme nunca a nada. A veces me gustaría ser uno de ellos. Así podría verte.

Por la noche voy donde Sylvia. Me he convertido en un experto en caminar como los gatos. Doy los golpecitos de la contraseña y veo aparecer su cara de ratoncito rubio. Le preparo algunos chistes como quien prepara pastelitos. Ella no finge que le parecen buenos ni nada de eso.

Sylvia me da clases de duelo. Como seguir esas lecciones me causa pena, no las sigo demasiado. Sin embargo, me estoy enamorando. De tanto como tiemblo me van a estallar los tobillos. Bombardeo de

corazón tras bombardeo de corazón. Su risa, cuando finalmente llega, es como un cortocircuito en la guerra. Me llega tanta luz a la sangre que me siento luminiscente. Resplandezco como una estrella en mi cama toda la noche y no me apago hasta la madrugada.

Sylvia dice que en cuestiones de duelo soy terrible porque te quiero demasiado. Y que, aunque estés muerta, no quiero despegarme de ti. Dice que soy un puto vago y me abraza. Ahí yo gano tiempo. Dos pequeños calefactores adicionales me caldean la espalda, y ella se pone a contarme los sueños de cuando erais pequeñas. Tú querías ser periodista o bailarina. Quizá ambas cosas. A veces también pintora. La alegría nubla mi escucha. Su voz me mece.

La otra noche me quedé dormido en sus brazos. Cuando me despertó, con su hermosa cabeza sobre la mía, fue mejor que un sueño. Terminé volviendo a mi habitación con estrellas en la cabeza. Toda una suave galaxia en el pelo. Irradiaba tanta luz que en el pasillo era como si fuera de día. Me acosté con las manos cruzadas detrás de la cabeza. Pasé tanto rato mirando al techo que acabó por amanecer. Entonces me dormí tan profundamente que al despertar, por un instante, olvidé que estabas muerta. Tuve sueños extraños, como si hubiera alguien sentado en mi escritorio. Temía que fuera tu fantasma y que no me reconocieses. Mi corazón empezó a latir tan fuerte que me despertó.

Oí pasos y el ruido que hace la puerta, pero no sé si fue en un sueño o en la vida real. Empecé a imaginar que todas las noches venías a leer mi cuaderno. Me gustó tanto la idea que casi me la creo. Cantó el gallo crooner tarado y me di cuenta de que, simplemente, se hacía de día. Marlene Dietrich me miró y cerró el pico con un gesto que me pareció reprobador.

Habría jurado que escuché: «¿Garbanzos? ¿Garbanzos?», con la voz de la tía Louise. Y es que era la tía Louise, que venía a traerle comida. Y yo brillando en mi pijama, con mi cara de estrella llena de falsos contactos.

—¡Tienes ojos pequeños, tú!

Su manera de decir: «Tienes jeta de estrella llena de falsos contactos». Yo he estado a punto de responderle: «¡Y tú un culo enorme!», pero me he aguantado.

Por las mañanas me gusta mucho, cuando aún no habla de Dios y anda en camisón. El hipopótamo. A veces me parece hermosa. Graciosa o lo que sea. Una bailarina al ralentí hinchada con helio, alimentando a un bebé cigüeña.

Tengo el corazón triste, tengo el corazón grande. Hasta la tía Louise tiene espacio en él. De verdad que desearía no despertarme nunca. Vivir con una transfusión del perfume yodado de Sylvia en el brazo, vagar en pijama por el desván. Simplemente sentir, oler, acurrucarme. Expulsar la guerra a las catacumbas de las cosas de pensar. Olvidar. Olvidarme de mí. Pero no creo que llegue jamás a olvidarme de ti.

La frohmühle, 11 de octubre de 1944

Hay un alemán pequeñito que viene a la tienda a hacer la compra. La abuela y él hablan lenta y tranquilamente. Siempre se va con una bolsa de caramelos. Verlo con esos caramelos de colores en las manos y su disfraz de nazi puesto es raro. Se llama Hans algo, y parece hacer su vida sin la guerra. Como un niño viejo con un disfraz demasiado grande. Me entran ganas de salir de mi escondite y decirle: «¿Qué son todas esas chorradas? ¡Ya está bien! Devolvednos a las mamás, el fútbol y la primavera. Ahora mismo. ¡Y luego te largas con tus caramelitos!».

El tío Émile intenta explicarme lo absurdo de la situación. A los nazis no les gustan los judíos, como a mí no me gustan las verduras. Aunque no por eso le pego fuego al huerto. Es lo que no consigo entender. Y eso que los hilillos de puerro en la sopa me saben como a pelo de anciana. Los nazis sienten rencor por las verduras, los huertos judíos y todo lo que no crece rubio. ¡Pero si por una de aquellas Hitler se mirara en el espejo, igual terminaría asesinando al barbero que lleva años haciendo el tonto con su bigote y suicidándose luego varias veces seguidas!

Desde que me he enamorado, me siento con más energía. No es que pase menos tiempo pensando en ti, pero algo se ha vuelto más calmo. Tengo ideas a todo color, sueños extraños a plena luz del día. Hasta he empezado a dibujar.

Pero no me atrevo a volver al desván. Bueno, sí, sí que voy. Escucho con mi teléfono de cordel y luego me vuelvo a la cama. Ayer Sylvia roncaba. El hada del desván en persona y roncando. Como el ruido de un motorcito escondido en el corazón de un gato.

Esta noche, al cambiar la paja del nido de Marlene Dietrich, he encontrado un huevo. He sentido una extraña alegría. O esta cigüeña es la Virgen María de las cigüeñas, o por la noche hace cositas no demasiado católicas con el gallo tarado.

Al fijarme bien en el huevo, he visto que debajo había una nota en pequeñito: «Este es un huevo de la tía Louise».

Y al ir a coger mi cuaderno para escribirte, he encontrado una carta haciendo de marcapáginas.

Querido Mainou:

Igual te enfadas conmigo, porque resulta que he leído tu cuaderno. Todo tu cuaderno. Lo he devorado de una sola vez. De golpe y feliz. Lo único que quería era regalarte unos instantes de risa con lo del huevo, y entonces he visto tu diario abierto. Tus palabras han tenido en mí el efecto de un imán. He empezado por la última página, donde cuentas cómo nos conocimos en el desván.

Ha sido como un robo con allanamiento de corazón, ese otro desván que es más grande que su casa-cuerpo. Tu corazón no es un estudio de cine, es un planeta. Los volcanes erupcionan y se derraman en los océanos, nieva en el mar porque tú lo sientes todo, todo y todo el tiempo. Yo lo he sentido todo. Todo y todo el tiempo. A veces te movías en la cama. Yo me preguntaba si estarías fingiendo dormir o fingiendo despertar.

Lo que he estado leyendo ha vuelto a poner en marcha las obras de ampliación del corazón. Mi corazón. Yo, abriéndoselo a los amigos, me contentaba con no permitir que encogiera. Pero ahora noto cómo sopla el viento. Me están creciendo unas alas de gigante, siento hormigas en las piernas, qué digo hormigas, siento un hormiguero borracho bailando al completo. ¡Bailando! ¡Bailando! ¡Bailando! Casi había olvidado cuánto lo echaba de menos. Me he sentido rendida. Sorp-rendida por este regalo robado.

Y tengo una propuesta que hacerte. No será deshonesta, eres demasiado joven para eso, pero, honestamente, puede que te guste.

No sé si decir «gracias» o «lo siento», digamos que las dos.

Hasta pronto,

Una alegría indecente. Una alegría de primavera sin guerra, una alegría de gol de cabeza incluso siendo demasiado pequeño. Me siento arrebatado. Podría correr. Mucho y mucho rato, más rápido que cae la noche, y aterrizar en el otro lado de la vida. Donde todo es grande y libre y hay muchas posibilidades de que el sol cause quemaduras en el corazón. La alegría se mantiene en pie dentro de mi cabeza sin necesidad de apoyarse en la muleta de la esperanza. La alegría me sostiene. Estoy orgulloso como el gallo crooner tarado que canta para echarle la bronca al sol cuando tarda en salir. A Sylvia le ha gustado el cuaderno. Ese cuaderno soy yo. Así que, por un razonamiento netamente matemático, debo de gustarle un poquito.

Algo se mueve en mi interior. Mi corazón es un tren que remonta el tiempo hasta antes de los recuerdos. El tiempo antes de las comparaciones entre el pasado y el presente. Llueven bombas y ya no tengo miedo de nada. Estoy cansado de tener miedo de todo.

Me siento vivo, como si hubieras regresado. Me vuelvo pequeño, me acuesto entre las alas de Marlene Dietrich. La espoleo como en las películas de vaqueros; me siento un indio. Todo en mí grita. Me convierto en ese grito. ¿Me reconocerás, mamá? ¡Venga, bombas! ¡Desgarrad el cielo! ¡Venga! Montad vuestro espectáculo. No quiero volver a tener nada que ver con el miedo. ¡Divertidme! Desencadenad el primer temblor de cielo en la historia de la humanidad. ¡Sacudid las estrellas!

Ahí están las estrellas descolgándose una tras otra. ¡Tormenta de luz, luz para siempre! La luna ha caído en el prado. Chtol y Maï se pasean por él antes de que los alemanes los conviertan en estofado de carne. En la luna los nazis están prohibidos. Allí no estás muerta ni nada. Allí soy lo suficientemente mayor para besar a Sylvia en la boca durante tanto tiempo que me olvido de tener hambre.

Y luego llega la abuela a cogerme del brazo. Las estrellas vuelven a subir al cielo, reconstruyendo el rompecabezas de las galaxias con la triste precisión de quienes solo piensan en números. La luna vuelve a ser esa bola que brilla allá al fondo de la noche. El sótano vuelve a ser el sótano. El miedo vuelve a ser aterrador, el desván de Sylvia parece tan lejos como la luna.

Marlene Dietrich tiene hipo, se diría que está bailando. Me hace sonreír. A la tía Louise mi sonrisa le molesta, es como si tuviera alergia a cualquier forma de alegría. Me gustaría avergonzarme de mí. Pero ya no lo consigo.

La frohmühle, 27 de octubre de 1944

Ya no puedo escribirte. Ni escribir. Pienso de lado. No me atrevo a volver al desván. La vergüenza está de regreso, el miedo acecha. Siento que retrocedo. Me convierto en la tía Louise y eso al tío Émile lo pone triste.

Ponerlo triste me pone triste. La luna, el desván, la esperanza, papá y tu fantasma están encerrados en el desván. Sé que puedo volver, pero ya no soporto la alegría que eso me produce.

Me doy cuenta de demasiadas cosas a la vez.

—Tomas conciencia —me ha dicho el tío Émile.

Tiene su lado bueno, pero altera la calidad de mis sueños. El hecho de que Sylvia me leyera me ha paralizado. De felicidad, pero también de miedo. Temo no estar a la altura de la carta que me escribió.

Me retimidifico como cuando, de repente, ya no era tan pequeño. Cuando tenía cuatro años, cada vez que papá ponía un disco de jazz en el gramófono, yo me ponía a bailar delante de la chimenea, en calcetines sobre el suelo. Hasta delante de los invitados y todo. Luego, cuando cumplí ocho años, dejé de hacerlo, y cuanto más me lo pedían más me bloqueaba.

Escribirle a tu fantasma es fácil. Hablarle como te escribo es imposible.

—¡Tienes el miedo escénico del enamorado pasmado! —me ha dicho el tío Émile, medio en burla medio tierno.

Pasar la punta de los dedos entre las plumas de Marlene Dietrich se ha convertido en mi actividad favorita. La tía Louise no deja de felicitarme, dice que estoy madurando. La abuela rellena los huecos, las grietas de cada cual, los abismos que nos separan. Me pregunto qué debe de sentir el resto del tiempo. Cuando no está preparando la comida. Cuando no está trabajando en la tienda. ¿Qué le pasa por la cabeza justo antes de irse a la cama? ¿Acaso tu fantasma acude a visitarla? ¿Te pide ayuda? ¿Tú le respondes?

Se lo he preguntado sin previo aviso mientras preparaba la tortilla. Ha roto un huevo con tanta fuerza que la cáscara le ha explotado entre los dedos. Luego ha sonreído. Me ha dado vergüenza. Ella me ha pasado la mano izquierda por el pelo. No ha sido demasiado agradable, porque sentía cómo temblaba.

—París ha sido liberado, pero los bombardeos se intensifican… —dice el tío Émile—. Ahora mismo es una montaña rusa —añade, para que el silencio no dure demasiado.

De tan concentrado como está, hasta olvida ser divertido. Es como si la radio lo hipnotizara. Dice que los nazis están nerviosos y eso los vuelve más peligrosos. Dice que hay que manipular la esperanza con precaución, para no volverse demasiado impacientes.

La tía Louise reza en voz suficientemente alta para que la oigamos. Anoche rezó por mí. Me hizo sentir como cuando te regalan una joya muy valiosa pero sabes de entrada que no te la podrás poner nunca, aparte de para quedar bien. ¿Cómo creer que un tipo construyó el mundo en seis días? Volcanes, estrellas, dinosaurios, nieve… Pensarlo ya resulta complicado, ¡pero poner en marcha el lío del fuego y las nubes y toda la pesca en seis días! O bien el tipo es muy fuerte, o cuenta con un ejército de ángeles superdotados.

A veces me tranquiliza, porque pienso que si puedes creerte eso puedes creerte cualquier cosa. Hasta que la muerte podría no tener que durar todo el rato. Es una idea que prende en mi interior, lo que pasa es que luego llega algo más profundo y la apaga. Me gustaría que

ese pensamiento me durara un ahoramismo un poco más largo, pero no. Siento que nada de eso es posible. No hay hadas en el bosque y las ardillas no hablan. Como mucho, los erizos son ratones que, para ponerse guapos, han robado cascos de erizos de mar muertos.

En cambio, Sylvia en el desván, eso es cierto. Existe. Su risa es prácticamente cosa de hadas.

A veces me siento violentamente feliz, y ser feliz mientras tú estás muerta me hace un nudo entre el corazón y el cerebro.

La alegría que Sylvia me procura tiende a ahuyentar la melancolía. Siento cómo todo en mi interior se transforma. Desde que ella está ahí, he pensado menos en papá. Él anda peleando en algún lugar, y yo acurrucado contra los senos de Sylvia. Entonces el tiempo se detiene un poco. Nada duele en ninguna parte. Luego dejo el desván y todo empieza de nuevo.

No soportar la alegría le da a la vida un sabor a sopa de verduras fibrosas. He apartado todas las chispas. Los hermosos recuerdos vividos, los imaginados, incluso la esperanza, ya no los quiero. Quiero la paz.

Me la compro haciendo como que leo la Biblia. Bajando a toda velocidad al sótano a la primera señal de alerta, y escondiéndome en cuanto el alemán bajito se presenta en la tienda. A veces, en medio del insomnio, mi corazón late con tanta fuerza que es como si en el interior de mi pecho hubiera un concurso de baterías. Los platillos se oyen contra las sienes. Por un momento, imagino que mañana despertaré en Montpellier. Iré a la cocina y tú estarás preparando el desayuno. Estos pensamientos solo se mantienen en pie mientras estoy en duermevela.

La frohmühle, 2 de noviembre de 1944

Los días y las noches se funden entre sí. Soy el capitán de un barco sin timón. Me adentro en la niebla entrecerrando los ojos. El sol se ha escapado, pero también ha espolvoreado oro por encima de los árboles porque es otoño. El viento se las da de pintor moviendo las hojas.

Es raro pensar en el otoño pasado. Tú aún estabas completamente aquí. Hacías cosas de mamá como si fueras a vivir cien años más. Es raro pensar que, si un día tengo hijos, no te conocerán.

Miro a Marlene Dietrich, me imagino que puede entenderme. Sobre todo cuando inclina ligeramente la cabeza hacia la izquierda.

—¡Es como Alejandro Magno! —dice el tío Émile.

Cada vez que me divierto demasiado rato con esa idea, ella se caga en mi cuaderno o vomita sus garbanzos encima de la cama.

A veces le hablo pasándole el dedo índice entre sus ojos demasiado grandes. Cuando se duerme, tengo la impresión de ser un buen papá. Eso calma mi tormenta de ideas, hace que la angina de preguntas resulte más llevadera.

Ya no oigo al tío Émile haciendo la guerra ciclista. Nada de Rosalie con granadina ni huidas en bici y abrigo largo. El día me da miedo. He dejado de escuchar detrás de las puertas.

Por la ventana de mi habitación veo el camión alemán ahí aparcado. Antes venía de vez en cuando y ahora está aquí todos los días.

Me queda mi trabajo en el gallinero. He aprendido a decir *Pipélé, kom, kom!* casi sin acento. El gallo tarado, «fetichista de las pantorrillas», como dice el tío Émile, todavía me asusta un poco, pero me armo de valor. Esos momentos son los mejores del día. Les pongo nombres a las gallinas, me afano por conservar sus huevos. Los escondo en el sótano. Allí están frescos y a salvo de la requisa alemana. Eso me hace sentir orgulloso de algo.

La frohmühle, 7 de noviembre de 1944

—¿Quieres que esta noche te lleve al desván? Si el tema bombardeos está tranquilo, no le decimos nada a nadie y vamos a echar un vistazo.

Yo me sonrojo como un tomate olvidado durante todo el verano en el jardín. El tío Émile desenfunda su panoplia de guiños y codazos, y consigue que me entren ganas de reírme. Con las ganas de reír llegan las ganas de volver al desván.

Solo con pensarlo, el día pasa a toda velocidad. No escucho ni una palabra de las clases de la tía Louise, pero estoy progresando en teatro. Ella cree realmente que la escucho.

Me recuerda a mi maestra de la Pompignane poniéndonos puntos. Cuando sumabas veinte, te ponía un diez que contaba para la media. Para conseguirlos, tenías que convertirte en un monaguillo pelota. Su truco del Paraíso funciona exactamente igual. Hay que rezar bien, leer la Biblia y hacer un montón de otras cosas que a veces podrías querer hacer por tu cuenta, pero que bajo la «coacción arbitraria y dogmática», como dice el tío Émile, no te apetece hacer para nada. Con todas esas instrucciones sobre el bien y el mal, siento como si me tomaran por tonto. Aunque a veces estoy de acuerdo, las formas no me gustan.

¿Qué me importa a mí conseguir puntos para el Paraíso? Yo los quiero para la vida de ahora. Un salvoconducto para el desván y para el bosque.

No puedo entender cómo la gente se cree esa historia del Paraíso,

por cierto. El Paraíso, si acaso, lo quieres ahora mismo. Sobre todo con esta guerra. Los pájaros, las estrellas, el fútbol, entre otras cosas. ¿A quién le cabe en la cabeza que Dios se pase el tiempo vigilando el cerebro de la gente y poniendo crucecitas, si me permites la expresión, en el cuaderno negro de las malas acciones?

¡Atención, es Dios! Él, que si no lo he entendido mal ha creado la vida, ¿en serio va a pasarse el tiempo llevando la contabilidad y el control? Podría volar con los pájaros, inventar cosas divertidas o trabajar en el libro de sus mejores chistes. ¡Menudo regalo para la humanidad! Eso relajaría a todo el mundo. Creyentes o no, nos reiríamos un buen rato.

Pero no, el tipo se echa a la espalda un trabajo de peón en el cerebro de la gente para clasificar a los muertos: «Veamos… he contabilizado 98.432 malos pensamientos contra 98.431 buenos. ¡Qué lástima! A usted le toca el Infierno, por un pensamiento no llega usted al Paraíso…». No creo. ¿Tú creías, mamá?

A menos que disponga de ángeles colaboracionistas que le digan, por ejemplo, que pienso muy a menudo en los senos de Sylvia cuando solo tengo edad para pensar en el fútbol.

Que en fútbol también pienso, no te creas. Es solo que esas dos puntas calientes en mi espalda durante varios minutos… me calman como un baño en el mar de dos horas seguidas.

—Yo la vida la quiero ahora. No más tarde en el Cielo, y aun si eso fuera cierto…

—¡Has desarrollado una hermosa alergia a los dogmas! —dice el tío Émile durante la cena.

¡Caramba, otra vez pensando en voz alta!

—¡Estás influenciando a este niño! —contesta la tía Louise.

—Lo que necesita este chaval es salir, eso es todo. Estirar las piernas. Andar por ahí despreocupado. Enamorarse, esas cosas…

—¿Y estirar las piernas es mejor que creer en Dios?

—No, yo solo digo que lo escoja él. Como habría querido su madre que escogiera.

—Lisette era muy creyente.

—¿Y qué? ¡Ese es otro tema! ¿O te parece que le habría obligado a algo?

A mí me entran ganas de decir que me hacía ir a la iglesia y todo eso, pero que cuando me negué a ser monaguillo no me regañó ni nada. Lo que pasa es que no me atrevo a intervenir. Me limito a tomar notas mentales.

—Al menos si este niño creyera en Dios, sabría que en el Cielo aún tiene una madre y una hermanita.

Hablar de mí como si no estuviera ahí, una especialidad de la tía Louise. Me molesta pero al mismo tiempo me conmueve. Se cree tanto todo eso de la nube…

—¿O a ti no te gustaría elegir tu propio sueño, Louise? Aunque solo sea por una vez… Como cuando eras pequeña, ¿recuerdas cuando eras muy pequeña? No te pusiste a creer en Dios enseguida, ¿verdad?

—Yo estoy bien tal como estoy. Jesús está en mi corazón, no necesito nada más.

Se hablan sin gritar; es un espectáculo extraño y agradable.

—Ojalá Dios pudiera reconfortar al niño como me reconforta a mí.

—Te gustaría, eso está bien. Pero no puedes obligarle. A mí me gustaría que se hiciera granjero, pero no voy a retenerlo aquí si él no quiere. Mi sueño es que se desarrolle en plenitud. Ese es el sueño más emocionante que tengo para él.

—Tu tío es un soñador. Pero olvida que, cuando sueñas demasiado a lo grande, te pasas la vida decepcionado de la realidad.

—Tu tía es una soñadora. Pero olvida que, cuando no sueñas tus propios sueños, te aburres.

El tío Émile da una calada a la pipa sin encendérsela, y hace como que escupe el humo.

—¡Mainou se convertirá en él mismo, como solía decir Nietzsche!

—Ah, tu filósofo favorito, el que inspiró a Hitler.

—¡Él mismo!

—¡Bravo, fascista!

—La fascista eres tú, ¿sabes por qué?

—¿Porque no quiero que Mainou blasfeme?

—Porque no tienes sentido del humor.

—¡Tu humor hace que a una le entren ganas de hacerse fascista!

—¡Eso hay que admitir que ha sido gracioso! —dice la abuela, que hacía como que dormía.

—Es verdad… No está mal… —dice el tío Émile, sabiendo perder.

—Venga, tranquilicémonos un poco, si Élise estuviera aquí no le gustaría veros discutir.

¿No te habría gustado? La tía ganándole al tío con un toque de humor, en un concurso de socarronería. Es algo que hay que vivir al menos una vez en la vida. Creo que te habría parecido divertido. ¡Es tan apasionado el tío Émile!

A mí me gustaría ser como él. Me gustaría ser él. Me gustaría tener en el corazón lo que él tiene en la cabeza, o al revés. Me gustaría saber fumar en pipa sin toser, me gustaría tener tirantes. Me gustaría ser un segundo él, de tanto como lo quiero. Hace que me crezcan alas en la espalda, lo cual a veces hace que choque contra el techo bajo de la realidad. Pero al menos despego un poco. Y, mientras despego, siento que estoy volando.

El tío Émile vuelve a empezar con fuerzas renovadas. Acusa a Louise de que si dice semejantes chorradas es porque no ha leído a Nietzsche.

—¡En vez de pensar, repites lo que te dicen!

—No tengo ganas de pensar…

—¡Entonces estás madura para una sociedad fascista!

Louise se acuesta en su cama y nos da la espalda. Su fabuloso

trasero estilo «Buenas noches, chicos». Partiendo de la idea de que tiene la cabeza enferma, el tío Émile sigue hablándole a su culo. Se dirige a él como si este fuera a responderle.

—Cuando uno no piensa, sino que se contenta con pensar igual que su vecino, aunque no haya pensado por sí mismo y no diga más que tonterías, ¡entonces pierde la «gran salud»! ¿Sabes lo que es la gran salud? ¿La «gaya ciencia» no te dice nada? ¡No! Porque nunca has abierto un libro de Nietzsche.

Él sigue dirigiéndose a su culo y a mí me entran unas ganas terribles de reírme. La abuela me ve y yo veo que ella me ve.

—¡La gran salud es el alma! ¡Y un alma que no se alimenta ni de poesía ni de imaginación, un alma que no piensa, se pudre!

Apunta al trasero de la tía Louise, completamente arrebatado por su discurso. La abuela se echa a reír. Es la primera vez que oigo ese sonido. Una gaviota que ya no puede respirar. Nunca había oído un sonido tan alegre. Durante varios segundos seguidos no he pensado ni en la guerra ni en nada. Y ahora que ha vuelto el silencio, no pienso más que en el desván.

La frohmühle, la noche del 7 de noviembre de 1944

El tío Émile ha esperado a que la abuela y la tía Louise se durmieran. Mientras tanto, yo he escrito tan fuerte en el cuaderno que he hecho agujeros en las páginas. La tinta goteaba y a punto he estado de romper la pluma. Estaba en trance de decirlo todo.

El tío Émile abre la puerta, que chirría como en una película de vaqueros. Me enseña la llave, que yo ya conozco muy bien, y subimos las escaleras al ralentí. Nuestras cuatro patas hacen el ruido de un insecto muy grande. Le he dicho que ver a Sylvia me da más miedo que los bombardeos, pero menos que los ronquidos de la tía Louise.

—Se diría que un árbol se viene abajo cada vez que respira… Aunque no, espera, lo que pasa es que en el sótano ¡hay animales salvajes luchando! —añade.

Entiendo que va cambiando de tema para calmarme los nervios. Funciona un poco.

Ahora tengo delante la puerta del desván que ya no me atrevo a abrir. La máquina de escribir toca su partitura tac-tac. El tío Émile mete la llave en la cerradura.

—¿Émile?

—No, Adolf Hitler. Pero no te preocupes, acabo de convertirme al judaísmo. ¡He descubierto la música klezmer, es muy pegadiza!

—¡Oh, Mainou… adelante, pequeño!

Al entrar casi casi me rompo la cara con los agujeros de la lana de

vidrio. Mis ojos se acostumbran a la oscuridad como saben hacer cada vez que cruzo esta puerta. Una bombilla me sonríe, tiene ojos de diamante y cabello eléctrico. Su piel es crema batida.

—Me alegro de volver a verte, Mainou. Tengo una sorpresa para ti.

Yo anoto: «Me alegro de volver a verte, Mainou…».

—Deja ese cuaderno, ¿quieres? Dentro de un rato tendrás mucho tiempo para revivir lo que va a suceder.

Así que dejo el cuaderno. Escribo de cabeza. Es lo que, si no lo he entendido mal, llamaríamos «vivir el momento presente».

El tío Émile me da una palmadita en la espalda un poco demasiado fuerte. Yo toso. Nos sentamos alrededor del palé de madera que hace de mesa de café. Sylvia saca su pipa blanca y brinda con la del tío Émile. Es como una extraña película del oeste, donde todo pasa de noche en un desván solo con indios.

Sylvia se acerca a mí con toda esa sonrisa suya llena de hoyuelos. Yo siento su perfume y ya estoy borracho. Ella me da un librito.

—Este libro me ha encantado —desliza en mi oído.

Lo abro y reconozco mi cuaderno transformado. Mis palabras escritas a máquina. Bien ordenadas, sin tachaduras. Las letras, las frases y los párrafos, como la habitación de un niño travieso, ordenada de forma mágica por un hada. Mi cuaderno vestido de domingo. No me atrevo a despegar la mirada del libro.

—Me gustó tanto leerte que escribí tu texto en tres ejemplares. Hay uno para ti, uno para mi colección personal, si me lo permites, y un tercero…

—¡Para la tía Louise! —dice el tío Émile.

Mi cerebro recibe la señal de la broma, pero no llega a interceptarla.

—La tercera copia es para la caja. Yo, en realidad, no creo en fantasmas, pero me gusta la idea de que en esa caja que hay enterrada al pie del roble favorito de tu madre algo siga existiendo. Creo que lo que estás escribiendo tiene un lugar allí dentro.

Dentro de mi cabeza se monta un puzle de luces y me pongo a llorar. Te aseguro que no puedo soportar tanta alegría. Nieva un 14 de julio en pleno centro de Montpellier. Los fuegos artificiales se congelan y se instalan en el cielo por tiempo indefinido.

La frohmühle, 14 de noviembre de 1944

Hace una semana que me resisto a la tentación de seguir al tío Émile a escondidas. Empiezo a sonreír de nuevo con las gallinas, mientras nos quede alguna. Cuando la tía Louise me da catecismo, pienso en Sylvia en el desván, y pienso en el tío Émile en su bici por el bosque de las luciérnagas con los bolsillos llenos de poemas. Como no podía sentarme a escribir, se lo he contado todo a Marlene Dietrich. Soy una tetera, soy un tren, soy una estación construida sobre una falla sísmica. Habrá que inventar un tándem silla-escritorio con ruedas. Cuando crezca, escribiré de bajada. ¡Escribiré, pintaré en el bosque! Llevaré mi tándem a cuestas. Mientras esté en movimiento, será mi hogar.

—Creo que me gustaría escribir para alguien, como haces tú —le dije a Sylvia.

—De momento ocúpate de ti. Más tarde, tendrás enamoradas, luego puede que una enamorada, una familia… Entonces llegará el momento de pensar en ayudar a otros. Pero, antes de eso, hay que hacer obras entre tu corazón y tu cerebro. Hay mucho que reconstruir. Tengo la impresión de que es lo que haces tú cuando le escribes a tu mamá.

Ella no se da cuenta de que ya tengo una enamorada. Aunque es un poco mayor para mí. «Bonito eufemismo», como diría el tío Émile, ya que Sylvia tiene la misma edad que tú, mamá. Casi se lo digo. He sentido la electricidad de las palabras en mi lengua, la saliva me sabía a manzana. Hay que decir que acababa de comerme una manzana.

Vuelvo a tu habitación, olisqueo las estrellas a través de la ventana. El suelo cruje. Está nevando. He reconocido el olor de los copos antes siquiera de verlos.

El tiempo se ralentiza. Los abetos se convierten en algodones, la niebla redondea los ángulos de la granja. Es como mirar una película por la ventana. No pasa gran cosa, pero es muy bonito.

De repente, el suave crujido de unos pasos en la nieve. Es el tío Émile y su bici. Lleva puesto su largo abrigo con los bolsillos llenos de poemas. ¿Cruzará la carretera para ir directo a casa de Rosalie, o atravesará el bosque de luciérnagas?

La bici cava una huella clara en la nieve en polvo. Aparece el mapa del tesoro a tamaño real. El tío Émile está marcando el camino hasta la caja de los secretos.

Oh, pero qué tonto… Ha cortado hacia la carretera. Lo maldigo, aunque también lo entiendo. Va a acurrucarse en lo dulce, en lo femenino. Al otro lado de la carretera, al otro lado de la guerra. Falta saber si se desviará de regreso. Yo le ruego al Dios de la tía Louise que lo haga, y al encargado de la cuestión de los copos de nieve que sigan cayendo. Con un poco de suerte, mañana por la noche el rastro aún será visible.

La frohmühle, 15 de noviembre de 1944

He intentado quedarme despierto hasta que volviera el tío Émile, pero los copos cayendo me han hipnotizado. Me he quedado dormido en tu silla con Marlene Dietrich sobre el regazo.

Por la mañana, en la nieve hay dos huellas. La primera es la que va a la casa de Rosalie, la segunda viene del bosque. Debería llevarme a la ubicación de la caja.

El día de hoy se me va a hacer muy largo. Me paso el tiempo mirando por las ventanas para comprobar que la nieve no se derrite. Juego a estar tranquilo para disimular mi tempestad interior. Cae la noche. No tengo hambre; la abuela me lo hace notar con dos golpes de tenedor.

—Es que me duele un poco la barriga —le digo.

La abuela me ha preparado una sopa para atemperarme el estómago. Ver cómo se desvive por mí me rompe un poco el corazón. Pero, como ella dice al menos una vez por semana, «para hacer una tortilla hay que romper un huevo».

Otra vez se pone a nevar. A grandes copos. Por la ventana, veo cómo se borran lentamente las huellas de la bici. No queda mucho para que se vuelvan invisibles. Tengo que esperar hasta que la casa esté completamente en silencio, más media hora para estar seguro. Cuando ya le ha dado las buenas noches a todos, la abuela suele volver a la cocina. Incluso entra en su habitación, oigo cómo se cierra la puerta, pero luego oigo también cómo vuelve. Me pregunto qué hace sola en la cocina en plena noche.

Pongo mi teléfono de cordel contra la pared que separa la escalera y la cocina, porque el tío Émile se ha unido a ella y parece que están celebrando algo. La radio dice que la ciudad de Thionville acaba de ser liberada. El tío Émile dice que no hay que precipitarse, que podrían pasar meses antes de que los americanos lleguen hasta aquí. Pero se le nota en la voz que sí quiere precipitarse.

Yo también tengo ganas de precipitarme. Me gustaría gritar y todo, pero la nieve que sigue cayendo me calma el ardor. Las huellas están desapareciendo. Como era de esperar, la abuela hace crujir la escalera y deambula por la cocina en camisón. Luego vuelve a subir, oigo cómo cierra la puerta con cuidado. Es ahora o nunca.

Robo la bici del tío Émile ante la mirada de Chtol y Maï. Tengo las piernas demasiado cortas, pero bajando el sillín me siento como un mayor. Coloco la cesta de Marlene Dietrich en el manillar. Cuando bate las alas, casi tengo la impresión de que voy a despegar.

¡Esta vez sí que vamos! Todo el aire dándome en la cara, algo que no me pasaba desde Montpellier. Si sigo pedaleando en busca de la Osa Mayor entre las nubes, va a darme una tortícolis con salsa boloñesa. Solo faltaría que me tragara un árbol. Los copos azucaran el cielo al ralentí. Alguien en la luna se está preparando algo para comer. Yo me centro en el rastro. Busco un tesoro con un poquito de ti en su interior. Soy Pulgarcito congelándose el culo en plena noche.

Entro en el bosque, la noche es más espesa. Los árboles secos no parecen contentos. Me muevo sobre las ramas y siento que les rompo los huesos. No puedo perderme, solo tengo que seguir lo que queda del rastro. Aun así, creo que me estoy perdiendo un poco. Las huellas se desdoblan, en algunos lugares incluso desaparecen por completo.

Aparte de la bici, nada hace ruido. De repente, un sonido que

conozco bien. El que le dice a mi cerebro que se vaya al sótano. La sirena.

La sirena, y luego el zumbido de los aviones. Cuando se habla de aviones, Émile dice a menudo «zumbido». Una explosión en la lejanía. Es la primera vez que lo oigo estando tan lejos del sótano. Se acerca.

Van a preocuparse un montón. Yo también empiezo a preocuparme. Hasta Marlene Dietrich me mira mal. Aunque ella siempre me mira mal.

Para volver a la frohmühle es todo recto al revés, pero ahora aún estoy menos seguro. Las explosiones se acercan. Veo aviones poniendo bombas en el horizonte. Silban como una tetera gigante a través del cielo. Un relámpago transforma la noche en día. La abuela y el tío Émile deben de estar buscándome por todas partes. Hasta la tía Louise y sus gordos dedos salchicha deben de estar buscándome por todas partes.

Me da miedo y me duele hacerles algo así. Lo entiendo demasiado tarde, y sin embargo tan rápidamente que casi siento que podría viajar atrás en el tiempo y volver a la cama. La abuela me despertaría y, si no lograra hacerlo, el tío Émile me tomaría en sus brazos de «forzudo de Batignolles», como decías tú.

No viajo atrás en el tiempo. Cada vez tengo más miedo y más frío. Tengo las puntas de los pies congeladas y las manos ni te digo. Me empiezo a cabrear. Cuando es conmigo mismo, hace menos ruido. Sin gritos ni nada. «¡Menudo gilipollas!». Ese es el único pensamiento que alcanzo a articular.

El cielo se decolora entre los árboles. En el horizonte explotan unas auroras nuevas que duran unos pocos segundos. Doy media vuelta y acelero. Me patinan las ruedas. Me quedo sin aliento. Me trago un copo de nieve. Apoyo suavemente la bicicleta contra un tronco. Me pongo a Marlene Dietrich dentro del jersey para calmarla, o para calmarme. Funciona un poco. Me acurruco contra el enorme pino. Espero a que pase la tormenta. Me encantaría estar en el sótano

escuchando la sonata para ronquidos de la tía Louise y viendo cómo los topos chocan contra los travesaños de la silla. Me gustaría ser un maldito monaguillo que no buscara tesoros escondidos bajo la nieve ni nada. Me gustaría ser otro y estar en otro lugar.

El ahoramismo dura más tiempo de lo que duran los bombardeos en el sótano. A la menor pausa, espero oír la segunda sirena, la que les dice a los aviones que vuelvan a aparcar en las nubes. Pero lo siguiente vuelve a ser el ruido de una bomba.

Se acerca la tormenta. De las copas de los árboles salen tres aviones. Me gritan en los oídos. El cielo se rompe en dos. Es de día en plena noche. La luna conserva la calma, las estrellas también. Oigo pasos que se acercan.

—¿Mainou?

—¿Émile?

—¿No estás herido?

—¡No, todo bien!

Me toma en sus brazos, más largos que mis piernas, y me posa como un saco en el portaequipajes.

Nunca he estado más contento de sentirme avergonzado. El tío Émile se esfuerza a tope. Los árboles se mueven cada vez más rápido; de nuevo me siento como si viajara en el tiempo. Con el tío Émile pedaleando casi funciona. Volveré a meterme en la cama y mañana por la mañana todo el mundo habrá olvidado mis tonterías. La tía Louise salmodiará sus cosas con los ojos cerrados delante de su plato de sopa, el tío Émile probará la elasticidad de sus tirantes y la abuela fingirá que no sabe nada. Estaremos casi bien.

—¿Todo bien, ahí detrás?

—Yo sí… ¡pero a Marlene Dietrich le castañean los dientes que no tiene!

—¡Ya casi estamos, pequeño!

Yo mantengo los ojos abiertos. Las bombas silban, sacuden el suelo. El tío Émile hace de bailarina, y para mí, aquí detrás, es como un rodeo. La bici resbala y, por momentos, es como esquiar sobre ruedas. Abrazo a la cigüeña fuerte contra la barriga. La bici acelera, parece que va a despegar. De hecho, es lo que hace cuando tropezamos con raíces ocultas bajo la nieve. Cierro los ojos. Oigo resoplar al tío Émile, el rodeo continúa. Un árbol empieza a arder. Yo soy un paquete bomba, voy a explotar en las pantorrillas del tío Émile. Tengo una avecilla enferma en el jersey. Mojada. Con aliento a garbanzo. La bici aminora la marcha.

Abro los ojos. Ahí está la frohmühle, con la abuela delante de la entrada, lo mismo que el primer día. El tío Émile me lleva en sus brazos. Se me pasa por la cabeza la idea de hacerme el muerto para que la bronca sea menor.

Y aquí estoy de nuevo, en el sótano. La familia al completo. Es una Navidad improvisada en la que todo el mundo pone mala cara, hasta el tío Émile. Me miran sin desfruncir el ceño. Ha explotado una bomba tan cerca que hasta los muebles se han sobresaltado.

Yo espero a que me caiga un sermón de primera. Pero nada. Ni una palabra. Ni siquiera una reflexión de la tía Louise. La bronca más terrible de mi vida acabará siendo un gran silencio lleno de vacío.

La frohmühle, 16 de noviembre de 1944

Ha salido el sol, los bombarderos han acabado por irse a dormir y la vida de la casa recupera su ritmo. El tío Émile ha limpiado su bicicleta y le ha inflado las ruedas con la paciencia de un mozo de cuadra. La tía Louise se ha encargado de recoger los huevos, cuando normalmente es mi trabajo. El gallo tarado ya no me asusta y me sé de memoria el nombre que le he puesto a cada gallina. Pero he dejado que la tía Louise se encargara.

La abuela está en la tienda. Oigo cómo responde en alemán, luego en dialecto, porque empiezo a reconocer la diferencia. A veces la oigo hablar en francés, en voz baja. Entonces el tema es otra vez la escasez de grano y el tiempo que hace. Lo sabe todo de todo el mundo, recuerda los nombres de los niños, la gripe que pasaron el mes pasado y sus dificultades en el colegio. Es «impresionante», una palabra que suele decir el tío Émile cuando habla de ti.

Por fin ha llegado la noche, he tenido otra crisis de fuga. Robar la bici y todo eso. Pero se me ha pasado enseguida. De la nieve no queda más que una mezcla de barro marrón. Muy pocas posibilidades de encontrar el famoso roble. El que plantó la abuela el día que tú naciste.

Sin embargo, no he podido evitar dar una vuelta en calcetines en medio de la oscuridad. Las escaleras siguen chirriando.

Oigo voces. No como Juana de Arco ni cosas de fantasmas de garaje ni

nada de eso. Solo voces, muchas, y ninguna de acuerdo con las otras. Vienen del sótano. Reconozco la de la abuela gritándole al tío Émile. No logro entender lo que dice, pero hay Mainou por aquí y Mainou por allá. No me hace la menor gracia.

Vuelvo a toda velocidad a por mi teléfono de cordel, voy tan rápido que tropiezo con las paredes.

—Yo también pensaba que la fantasía de Sylvia lo reconfortaría, le sería de algún consuelo. Pero hay que rendirse a la evidencia, me equivocaba. Todos nos equivocábamos —dice la abuela.

—Entonces ¿qué? —la corta el tío Émile—. ¿Mañana en el desayuno le decimos que a partir de ahora tendrá que esperar tranquilamente el fin de la guerra en el sótano?

—Ya le explicaré yo que le permitimos subir al desván para ayudarle a hacer el duelo, para que tuviera en qué pensar, porque es la verdad. Nunca debisteis haberle dicho dónde estaba enterrada la caja.

—¡Mamá tiene razón —dice la tía Louise—, no tendríais que haberlo hecho! Y el niño tiene que respetar el código y comportarse…

—¿Comportarse? ¿Con nueve años, después de perder a su madre y encerrado todo el día?

—No tendrías que haberle hablado de Sylvia. ¡Yo estaba en contra! —dice la tía Louise.

—Tú estás en contra de todo… Te recuerdo que también estabas en contra de esconder a Sylvia en casa. Es un niño, peor aún, es un huérfano. No podemos tenerlo encerrado en una jaula. Somos nosotros los que debemos inventarnos los trucos que hagan falta para que piense en algo más que en la muerte de su madre, en esta guerra que no termina y en su padre que quizá nunca vuelva. Su máquina de sueños tiene que seguir funcionando. Tiene que ser capaz de explorar de nuevo. Que lea, que escriba, que dibuje, e incluso que haga estupideces.

—¡Estamos en guerra, Émile! ¿Te das cuenta de lo que podría pasar

si algún malintencionado lo viera? —dice la abuela.

—Podrían matarnos a todos. ¡A todos! —añade la tía Louise.

Mis pensamientos son un espejo roto. Me veo a mí mismo torcido. En cuanto toco una pieza del puzle, me pongo a llorar. Me veo como un idiota con mi cuaderno de escribirte, con mi amor imposible, con mi cigüeña y con ese cofrecito. Pero mira que es agradable ser un poco tonto… Es etéreo, mamá. Tomo en mis brazos a tu fantasma sin llorar. Me siento vibrante. Me siento vivo, tan intensamente vivo que casi te siento.

—Es un buen muchacho… Hay que saber tratarlo, eso es todo —dice el tío Émile—. Yo podría ir a buscar el cofrecito y darle una sorpresa, así entendería algunas cosas, y al menos no volvería a sentirse tentado de ir a buscarlo al bosque…

—¡Ni pensarlo! —dicen la abuela y tía Louise al unísono.

Otro largo silencio. Oigo sus respiraciones a través del teléfono de cordel, la respiración exagerada de la tía Louise.

—¡Venga, todo el mundo a la cama! Una buena noche de sueño fuera del sótano nos hará bien a todos —dice la abuela.

Yo subo las escaleras corriendo. Con el enfado, tu habitación parece demasiado pequeña. No soporto la idea de encerrarme. Creo que voy a romper algo. Si al menos pudiera ir al establo, Chtol y Maï me calmarían con su calma.

No.

Necesito el cielo, el frío y la bici del tío Émile. Luego los brazos de Sylvia, templados como un baño.

Me gustaría respirar tus brazos. Voy al armario a oler el detergente

de tu ropa. El perfume casi ha desaparecido. Esa especie de lavanda tan limpia de otros tiempos. El polvo me hace estornudar. Aun así, se nota un poquito. A menos que se trate de un recuerdo.

También pienso en Sylvia. Tengo antojos de desván. Esa sala de espera del cielo. Donde uno puede morir si un avión decapita la casa, o acaso soñar y acercarse a todo ese lío de estrellas.

Un pensamiento me atraviesa la mente, rojo y hermoso. Es un beso. Sylvia. Ahora que me he entrenado viendo al tío Émile con su Rosalie, tendría que ser capaz de arreglármelas. Sentir sus pechos de caldera contra mi pecho y darle un beso de un buen rato. Como en las fotos de boda, cuando parece que la eternidad no dura tanto, pero por un instante crees en algo imposible.

Ese es mi antídoto, un puto beso.

Aunque solo sea de pensamiento, ya me siento más ligero.

La frohmühle, 11 de diciembre de 1944

Hace un mes que todos me ponen mala cara, cada cual a su manera. Tía Louise, porque está realmente enfadada. La abuela, porque quiere dejarme claro que no debo volver a hacer ninguna tontería. En cuanto al tío Émile, él solo me pone mala cara delante de la abuela. La única que no me juzga es Marlene Dietrich.

A veces la acaricio un buen rato. Como si en su plumaje buscara ideas para mi carta de amor a Sylvia. Nunca reemplazará las que te dirijo a ti, pero a ella también me gustaría escribirle alguna.

«Tengo ganas de pasarte la mano por el pelo, que parece más ligero que las plumas de Marlene Dietrich». Rompo borrador tras borrador. Y a este cuaderno cada vez le van quedando menos páginas.

Esta tarde, el alemán de las manos pequeñas se ha pasado dos horas en la cocina. Se ha marchado sin caramelos ni ninguna otra cosa de la tienda. He tratado de escuchar la conversación desde lo alto de las escaleras, pero susurraban, y ni siquiera con el teléfono de cordel contra la pared he pillado gran cosa. Hablaban en francés; el nazi tenía una voz casi suave.

—¡Cómo que ese puto nazi tenía la voz suave! —he pensado, y lo he pensado tan fuerte que lo he dicho.

En cuanto se ha marchado, la abuela ha cerrado la tienda y ha encendido Radio l'Ombre. Ha llamado al tío Émile y a la tía Louise. La voz dice que el general Patton y sus tropas han atravesado la línea

Maginot. Esa cosa subterránea donde puede que se esconda papá. ¿Quiere eso decir que volverá antes de lo previsto? ¿Que podrá enviarme una carta?

«¡Acaban de liberar Estrasburgo!».

—¡No están más que a sesenta kilómetros! —exclama el tío Émile.

«A pesar del terrible contraataque alemán que tuvo lugar el 6 de diciembre, el ejército estadounidense avanza por el País de Bitche. Ayer se libró una batalla en torno a la ciudadela de Bitche».[4]

—¡Ya los tenemos! —vuelve a alegrarse el tío Émile.

—Hay que mantener la calma a pesar de las buenas noticias —dice la abuela—. Hicimos bien en no entrar demasiado en pánico cuando se nos vino encima la catástrofe, no cometamos ahora el error de precipitarnos.

Al otro lado de mi teléfono de cordel, yo sí que me precipito un poco.

Me voy con las gallinas para disimular mi alegría haciendo algo un poco normal. Me gusta observar a Marlene Dietrich caminando entre la caca, parece una chica de ciudad que llega al campo con los zapatos equivocados.

El tío Émile viene y me cuenta lo que se supone que yo no he oído. Yo me hago el sorprendido y, aunque no me sale muy bien, el tío Émile no se da cuenta de nada. Me dejo llevar por la alegría que le causa compartir lo que él llama una «esperanza sólida». Quiero hacerle una pregunta sobre papá, pero prefiero dejarlo con su entusiasmo. Es hermoso su entusiasmo. Hace que quieras bailar con las gallinas y todo. El tío Émile me pasa los dedos por el pelo. Sigue molestándome, pero lo quiero demasiado para decírselo.

—¡Te estoy vigilando! —me advierte, haciendo un poco de papá que se aleja por el prado.

Le da un silbido a Hector, que pasea su desenfado de lobo todo contento. Me siento un momento en la paja. Me dejo llevar por esta nueva esperanza. Alegrarse por algo que no depende de ti me sigue

resultando extraño. Observo a las gallinas meneándose exactamente como debían de hacerlo cuando tú aún no estabas muerta. Parecen relojes que ponen tan implacablemente como suena el carillón.

Pienso en la magia de los huevos. Esa cosa que producen con sus culos y que puede convertirse tanto en tortilla como en pollito. Huele a caca de gallina y a polvo, la tía Louise y la abuela se gritan la una a la otra en dialecto, pero yo sigo con mi alegría de las gallinas. Lo he comentado con Marlene Dietrich y la tía Louise ha ido a decirle a la abuela que me estaba volviendo «loquito», como decía papá.

Si eso nos trae un poquito de diversión, no me importa estar loquito. Tengo la «polaridad del blues, que a veces se invierte», como diría el tío Émile. Ganas de reír y de hacer el tonto. Mientras pienso en cosas divertidas, el adulto en el que me estoy convirtiendo a marchas forzadas ralentiza su evolución. Mi mente hace una pausa. Recreo.

Vuelvo a tu habitación. Aquí puedo hacer reír a mi mente sin preocupar a nadie. Oigo pasos en el desván. Escucho con el teléfono de cordel, y oigo más pasos. Como si ahí arriba bailaran en silencio.

Cambiándole la paja al nido de Marlene Dietrich, me encuentro un paquetito. Es como si lo hubiera puesto ella, pero cuidadosamente envuelto en papel de periódico.

Lo desempaqueto: es una botellita de perfume. Un frasco con forma de rombo. Un olor a pastel y a sol. Tu perfume, y el suyo.

Me lo pongo en el cuello. En el pelo. Huelo a mi gallinita tan fuerte que de un momento a otro podría poner una tortilla.

Y, de repente, mi deseo de tonterías se dispara. Rocío el cuerpo de Marlene Dietrich. Sigue oliendo un poco a garbanzos, pero el aliento le está mejorando claramente. Me quedo mirando al techo y me decido: me bebo el frasco de un trago. Como un hombre. Brindo con el pico de la cigüeña borracha. Tengo hormigas de algodón en las

piernas. Me trepan hasta el cerebro. Me queman la garganta y la lengua. Soy todo un incendio. Doy los gritos más silenciosos de la historia de los gritos. Recuerdo el pimiento picante de aquella paella en Montpellier; al lado de esto, era una broma. Me asalta el recuerdo de tus brazos. Casi siento la presión de tus dedos cuando me levantabas. La playa, cuando era muy pequeñito. La sombrilla y el sombrero obligatorio en mi cabeza en forma de aspirina. La arena pegada a la piel y el aroma de la crema solar. El perfume me proyecta al interior de mis recuerdos. Te veo, me veo aquella vez en que me perdí, justo antes de la guerra. Corría como un loco detrás de mi balón hasta que, al darme la vuelta, había perdido de vista nuestra sombrilla. Esperé unos minutos que me parecieron horas en el puesto de socorro. Gritaron mi nombre por los altavoces como si hubiera ganado una etapa del Tour de Francia. Luego viniste tú a buscarme; yo pensaba que me ibas a regañar. Pero no, me cogiste entre tus brazos. Y así, con la cabeza contra tu hombro, viajé hasta la sombrilla. Nunca me he sentido más seguro que ese día. Es la primera vez que regreso a ese recuerdo, y me da unas fuerzas renovadas.

Me pongo a Marlene Dietrich en el hombro para parecer un poco pirata, pero esta tonta se me sube a la cabeza y se las arregla para volar hasta su nido. He heredado la primera cigüeña casera de la historia de las cigüeñas.

El fuego no se calma. Y cuanta más agua bebo, más borracho me siento.

Empujo la puerta. La ascensión de la escalera de la muerte me resulta más complicada de lo normal. Adiós a los acolchados pasos de gato en calcetines; hago más ruido que un bombardeo. Trato de repetir el comienzo de mi «declaración de impuestos del amor», como dice el tío Émile. Es decir, como dice Sylvia por el tío Émile en un poema para Rosalie. Me siento poema, me gustaría ser un poema. Una carta viva. La cabeza me gira en un sentido y el corazón en el otro.

Llego a la puerta del desván, jadeante como Chtol y Maï juntos. Está

entreabierta. Ni siquiera necesito el código. Sylvia me espera. Cuando muevo la cabeza un poco demasiado, la visión se me desdobla. Tengo los ojos hundidos en dos caleidoscopios mal ajustados. Mis piernas son unos acordeones viejos. En los pulmones, todo un campo de flores por vomitar. Estoy de pie. E incluso estando de pie todo se inclina.

—Sylvia… como le hizo usted decir al tío Émile para Rosalie, vengo a hacerle mi «declaración de impuestos del amor». Yo sobre el amor no sé nada, ni sobre impuestos, ni sobre nada aparte de un poco sobre gallinas, pero me gustaría hacer mi declaración.

Ninguna respuesta. A no ser por el eco de mi puta voz ablandada por el alcohol. Como cuando pones un disco en la velocidad que no toca.

—¿No quiere que le haga mi… declaración?

No mucho más que silencio.

Ahora, pasos en la escalera. Y el desván que gira y se desdobla a mi alrededor. La puerta se abre.

—Sylvia… —digo yo con mi voz de tonto.

Ninguna respuesta. Ninguna melena rubia. Ningunos pasitos, ni risas de ratón.

La frohmühle, 12 de diciembre de 1944

El tío Émile me ha llevado a la cama. He vomitado mi campo de flores. La mezcla de olores con los garbanzos de Marlene Dietrich me ha hecho revomitar.

Tengo una barra de hierro helada dentro de la cabeza, abejorros que me zumban en los oídos como si estuvieran buscando algo imposible de encontrar. Así que se enfadan.

Bajo a desayunar. El olor de la leche caliente hace que me entren ganas de subir a acostarme otra vez. La tía Louise me sonríe y me pasa sus dedos salchicha por la mejilla. No lo hace por obligación ni nada. La abuela corta una manzana con tanta firmeza que es como si tuviera algo en su contra.

El tío Émile me explica que Sylvia ha tenido que irse de casa porque alguien la había denunciado. La abuela continúa contándome la historia del alemán de los caramelos, que la ha avisado y le ha salvado la vida. Hans, el nazi de las manos pequeñitas. También me dice que ahora estará más segura, que es mejor para todo el mundo.

El tío Émile dice que Sylvia ha dejado una carta para mí, además de su botella de perfume, y que leerla sería mejor idea que comérsela…

Tengo ganas de llorar, es un pequeño cambio con relación al vómito. No puedo hacer nada para que la barbilla deje de temblarme.

La tía Louise dice que debería dar gracias a Dios. Al parecer, si no me han atrapado ha sido gracias a él.

Yo no digo nada porque soy educado y no estoy tan borracho como ayer, pero no acabo de ver la diferencia entre quedarme aquí sin

Sylvia y que me atrapen.

—Precisamente porque no te han atrapado —dice la abuela mientras la toma con otra manzana.

Tengo que dejar de pensar tan alto. Tengo que dejar de pensar.

—Me tranquiliza saber que Sylvia ha conseguido dejar la frohmühle —dice la tía Louise.

—Louise tiene razón, todos deberíamos alegrarnos —dice la abuela.

El tío Émile no pestañea; es lo que hace cuando está sobrecalentado.

Me conozco de memoria estos silencios tensos. Siento que la tía Louise va a ponerse a llorar y a hablar de Jesús.

—Y ahora ¿dónde está?

—En otro escondite, más seguro. Un barco siempre en movimiento, con una bodega secreta —dice el tío Émile.

Yo intento imaginar ese barco con ella dentro. Pienso en el barco pesquero que me regaló papá después de mi apendicitis. Siempre soñé que era muy grande y que el capitán era yo.

—¿Vendrás a vernos en vacaciones? —dice la abuela para cambiar de tema—. Podrás ir al bosque, estar con los animales e incluso salir de noche en bici si te acompaña el tío Émile —añade.

—¿Tú crees que volverá Sylvia… en vacaciones? —le pregunto yo.

Se hace un nuevo silencio. Me parece menos tenso. Poco a poco, con la idea de esas vacaciones sin guerra, mi mente empieza a recalentarse. Papá habrá vuelto. La hierba habrá crecido tanto que casi ni veremos el agujero de obús del prado. Y en el interior de ese pensamiento me acurruco.

—Si tu Sylvia ha tenido que marcharse ha sido por culpa tuya. Casi nos matan a todos por culpa tuya. ¡Cuando saliste con la bicicleta te vio alguien! —dice la tía Louise.

Le pregunto a la abuela si me vio alguien. Ella me responde que no.

Le vuelvo a preguntar a la abuela si me vio alguien. Tía Louise responde que sí, y que la abuela ha llegado a un acuerdo con el alemán pequeñito.

—Solo lo digo para que seas consciente de la realidad, ¿sabes? —añade la tía Louise con ese tono meloso que pone a veces.

Lo peor es que creo que dice la verdad.

—No le hagas caso, Mainou, tú no tienes nada que ver con eso —dice el tío Émile.

Siento que está mintiendo para protegerme. Le tiemblan las manos.

Mientras estoy en la mesa con ellos, tengo la impresión de estar escondido en las escaleras con el teléfono de cordel. Se comportan igual que cuando no estoy.

La tía Louise se santigua y se pone a llorar.

El regreso del silencio. Ese silencio tan profundo que le deja todo el sitio al sonido del péndulo. Volvemos a ponernos a comer, se oye el tintineo de los cubiertos y el agua descendiendo por las gargantas.

Yo hago como que me como los huevos revueltos. Tengo una resaca que debe de haber acompañado a una ola gigante. No necesito mentir diciendo que no me encuentro muy bien y que me gustaría ir a tu habitación a acostarme. La abuela da su permiso con un gesto de la cabeza. No me hago de rogar.

Me encuentro a Marlene Dietrich dormida de pie en su habitación de cartón. El tío Émile dice que es una «sonámbula inmóvil». Todas las cigüeñas duermen así. Cuando esté muerta, la disecaremos y podré seguir acariciando su plumaje mientras pienso en la melena del hada del desván. Desde que vivo aquí, he progresado en imaginación. Sé jugar al fútbol en mi cabeza, montar en bici junto al mar, nadar más lejos que los barcos y besar a una chica de tu edad. Todas las noches hablo con una muerta y con una cigüeña adormilada.

Alguien llama a tu puerta. Me vuelvo y veo que me han pasado un sobre blanco por debajo de la puerta. Reconozco los pasos del tío

Émile alejándose por la escalera. Me tomo mi tiempo para abrir el sobre poquito a poquito. A pesar de que tú ya no estás, sigue imitando tu letra. Me meto la carta en el bolsillo y me voy al desván.

No puedo evitar quitarme los zapatos y caminar de puntillas. Abro la puerta, la luz del día ha saqueado el cascarón. Sin Sylvia y sin la noche, el desván es como el sótano, pero en pequeño. Quedan los efluvios de su perfume. De vuestro perfume. Me siento en su cama, luego me acuesto y me tapo con la sábana. Desdoblo la carta con el corazón en un puño.

Mi pequeño Mainou:

Me ha tocado irme del desván para que no viniera la milicia a registrar la frohmühle. No podía poner en peligro la vida de toda la familia. Espero que no te importe que no te haya avisado. Cuando termine la guerra, te prometo que volveremos a vernos.

Guarda el frasco de perfume, era de tu madre.

Me detengo un momento porque siento que me estás mirando. Sí, mamá, he pillado la primera borrachera de mi vida bebiéndome tu perfume. Y no queda ni gota.

Hemos contado con la ayuda de un alemán. Ya sabes, el pequeñín que compra caramelos. Hans se sirve de su uniforme y de su rango para salvar gente. Judíos, resistentes, opositores al régimen nazi. Es un tipo extraordinario. Arriesga su vida todos los días. Sabe que estamos aquí desde el principio.

¡Recuerda que los alemanes están perdiendo la guerra! No te escribo esto solo para animarte, es lo que está pasando de verdad. Estamos ganando, es solo cuestión de tiempo. Nuestra misión, y la tuya en adelante en la frohmühle, es aguantar. Después de la guerra te espera toda una vida maravillosa. Una familia, hijos, viajes en un mundo libre.

A tu mamá no la va a reemplazar nunca nadie. Perder a una madre es como que te corten un brazo. Ya nunca te volverá a crecer. Pero hallarás las fuerzas para fabricarte una prótesis.

Un alquimista emocional, eso es lo que tienes que ser. No te queda más remedio que volver a aprender a ser feliz.

SYLVIA

Al doblar la carta, descubro que en el reverso hay un poema garabateado.

El ultrapresente

Canto a la ampliación del presente, ese regalo.
Canto a la alegría lúdica de la apertura de ese presente.
Canto a la alegría de morder la fruta cogida en el árbol.
Morder el cielo con o sin extra de crema-chantilly-las-nubes.
Negarse a vivir en el pasado sin borrar su memoria, esa es la regla del juego para ultravivir.
Cosechar su duelo y sus fracasos para destilar a partir de ellos el antídoto a nuestros traumas.
Es hora de acelerar la desaceleración.
Tomarse el tiempo del retroceso divertido.
Mirar.
Mejor aún, ¡ver!
Canto al ultrapresente aquí y ahora. Para siempre.
Trabajo en la elaboración de la eterna primavera:
el lugar y el tiempo en que todo se hace,
el lugar y el tiempo en que todo está en movimiento.

Lo he releído tres veces. Luego lo he recitado de memoria en mi cabeza sin moverme de la cama y me he quedado dormido.

La abuela me despierta cacareando por toda la casa que la comida está lista. Vuelvo a bajar a tu habitación, Marlene Dietrich me recibe a golpes de tac-tac-tac. Devuelvo suavemente la carta a su sobre y la guardo en el cajón de tu secreter. Acaricio a la cigüeña y le paso los dedos por entre las plumas.

—¡A la meeesa! —vuelve a cantar la abuela con su voz de pinzón ronco.

Es una locura lo triste que resulta la alegría simulada de la abuela. Creo que prefiero la auténtica tristeza.

Voy a fingir que como para que me dejen pensar en Sylvia tranquilamente. Ahora que se ha ido, pensar en ti vuelve a resultar más doloroso.

¿Y papá? ¿Tendrá tiempo para pensar en los recuerdos? Si vuelve, ¿habrá cambiado tanto como estoy cambiando yo? ¿Lo reconoceré? ¿Seguirá haciendo las mismas bromas que antes del 3 de junio? ¿Mirará al vacío mientras me hace el nudo de la corbata antes de llevarme al colegio?

¿Crees que me reconocerá? ¿Le gustará mi nuevo yo? ¿Podremos vivir juntos con tu fantasma? ¿Habrá que abrir las ventanas de tu habitación para que él pueda volar? ¿Dejarlas abiertas el tiempo que haga falta para que pueda volver?

Me gustaría tener una charla con el tío Émile sobre este asunto.

La frohmühle, 15 de diciembre de 1944

Estamos en el sótano y todo el mundo susurra. Nadie se grita con la excusa de Jesús ni nada. La abuela cada vez habla más del final de la guerra. Sin embargo, todavía la tenemos aquí. Fuerte, y no tan lejos. La sirena tarda en hacerse oír.

El tío Émile me propone que, si no me apetece volver a Montpellier, él podría adoptarme. Dice que me hará una habitación de verdad para mí solo en el desván, «con la luna como lamparita de noche».

—¡Te regalaré mi vieja bici!

—Y tú, ¿cómo te las arreglarás?

—¡Tú me la prestarás!

La abuela insiste en que no hay que relajarse.

—Alemania está perdiendo, pero cuidado con el animal herido. Los nazis todavía pueden causar mucho daño. Destruirán todo lo que puedan hasta el final.

La frohmühle, 21 de diciembre de 1944

Los alemanes han vuelto a servirse de nuestros huevos y nuestras gallinas. Uno de ellos hasta le ha ordenado a la abuela que le cocinara una tortilla, y se la ha comido con los pies encima de la mesa. Sus botas de cuero bien enceradas, ¡encima de la mesa!

El corazón me palpitaba muy fuerte en la escalera. Le habría saltado a la cara, mamá, no tienes ni idea de cuánto lo he odiado. Nunca me habría creído capaz de odiar tanto a alguien. Sus botas encima de la mesa y esa forma de comerse los huevos de una gallina a la que yo conocía me han convertido en alguien que yo no conocía.

He tratado de comunicarme con Marlene Dietrich por telepatía: «Vuela, amiga mía, vuela y defeca encima de su ridículo quepis». Creo que imaginarme la escena me ha ayudado a no entrar en la cocina para saltarle encima.

El tío Émile ha debido de notar que estaba allí mirando. Ha subido las escaleras y se ha puesto delante de mí. Se ha llevado un dedo a los labios mirándome a los ojos y me ha cogido en brazos. En esos momentos, puedo identificarme fácilmente con un saco de cemento. No ha dicho una palabra hasta llegar al desván.

—¡No te muevas de aquí hasta que venga a buscarte!—me ha susurrado.

Yo le digo que sí con la cabeza y me siento en la silla de Sylvia, delante de la máquina de escribir. Clavados en la pared hay un

montón de mensajes: esbozos de poemas, bosquejos de barcos y muchas cosas tachadas. Los rozo con la yema de los dedos sin leerlos realmente. En su escritorio hay un montón de pajaritas de papel. No puedo evitar ponerme a jugar con una de ellas. En el primer lado, un corazón; en el segundo, una estrella; en el tercero, la luna; en el cuarto, «Émile» en letras mayúsculas.

Doblo la pajarita y vuelvo a dejarla en su sitio. Consigo no desplegarla. Decido contar hasta cien. Si llego a cien y no viene nadie, la abro.

Uno, dos, tres… cuento lentamente, pero el tiempo pasa muy rápido… veinticuatro, veinticinco, veintiséis… aún sin el menor ruido en la escalera… cincuenta y siete, cincuenta y ocho… estoy harto de contar. Despliego las alas del pájaro. Es como abrir un regalo. Pero un regalo que no está dirigido a mí.

Oigo pasos en la escalera. Ya no tengo tiempo de doblarlo todo. Ya puestos, me pongo a leer; mi mirada se desliza a toda velocidad sobre el papel.

Querido Émile:

He dejado una docena de poemas para Rosalie en la caja que hay cerca del roble. He aprovechado mi última noche para prepararte una pequeña reserva. Espero que tengas bastantes hasta el final de la guerra. ¡Si se te acaban, intenta escribir tú alguno! Eres perfectamente capaz. No olvides que a quien ella quiere es a ti; de lo contrario los poemas que yo te regalo no tendrían ningún efecto. No son más que un trampolín para darte confianza. ¡Vas a casarte con Rosalie, estoy convencida!

Y si te sientes capaz de decirle la verdad, también podría ser hermoso. No creo que Rosalie vaya a quererte menos por ese motivo, al contrario.

Más fácil de decir que de hacer. Más fácil decírselo a otro que aplicárselo a una misma, diría yo.

Toda la belleza de lo que viví con Élise descansaba sobre ese principio. Cada una hacía la vida de la otra. Fue así como conseguimos tener una perspectiva extraordinaria la una de la otra. Cuando la confianza es total, es un sistema maravilloso.

Pero mírame, tratando de animarte a ti, y yo he sido incapaz de contarle la verdad a Mainou.

Cuídate, cuida de él, de tu querida Rosalie, de Catherine y, sí, también de la inenarrable Louise.

Besos,

SYLVIA

La plancho con la palma de la mano y la coloco bien a la vista sobre la máquina de escribir.

—¡Se han ido! —me dice el tío Émile al entrar.

Yo estoy en medio de una crisis de angina de preguntas, pero no puedo permitirme imponérselas. O al menos tendré que usar algún atajo. Tengo muchas ganas de conocer «la verdad», pero quiero tanto al tío Émile que intentar engañarlo me avergüenza. ¡Ya he leído su carta!

—Le escribo a mamá que está muerta, hablo con una cigüeña y me he aprendido la carta de Sylvia de memoria, siento que me estoy convirtiendo en la tía Louise.

Él se acerca, me toma el pulso y hace como que se pone a pensar. Siento que hace el tonto para desdramatizar, pero aunque lo sepa funciona un poco.

—Jovencito, le aseguro que no ha contraído usted la *luisitus dogmaticus*. Está usted perfectamente inmunizado contra ese virus catolicista. Sin embargo, me temo que está un poco enfermito de amor por Sylvia. Un pequeño enamoramiento. Se le pasará. O no. Es una enfermedad bonita.

Sonrío tanto que por poco me río. Eso provoca un efecto dominó con la sonrisa del tío Émile, y él me toma en sus enormes brazos. Y dura mucho tiempo. Es raro porque normalmente usa sus brazos para levantarme como un saco de patatas y llevarme al sótano. Ahora es un abrazo de verdad. Algo que en nuestra familia no hacemos demasiado. No es que nos queramos menos que los demás, pero todo eso de los «Te quiero», los besos y ese tipo de cosas nos avergüenzan un poco.

Son una cabaña muy cómoda sus brazos. Lloro un poquito, pero tampoco mucho. Una lágrima o dos, nada más. Una pequeña mancha en su jersey a la altura del hombro. Se secará rápido, no notará nada.

La frohmühle, 25 de diciembre de 1944

Nieva, el ruido de las bombas se envuelve en algodón. La nieve se burla en las narices de la guerra. Espolvorea de blanco la línea de demarcación, zona libre y zona ocupada, gorro blanco y blanco gorro.

A través de la ventana, el paisaje parece un pastel. Es increíble cuánto me gusta la nieve. La palabra, el sonido de la palabra y la forma en que los copos de nieve caen de la canaleta invisible del cielo.

Me acuerdo de la primera vez que vi nevar en Montpellier. Tú me habías llevado a ver cómo caían los copos de nieve en el mar. Yo te pregunté si era posible que se formaran olas de nieve. Eso te hizo sonreír un buen rato. Yo me imaginaba un mar de nieve y un barco que la navegaría sin emitir el menor sonido. Me habría gustado vivir en ese barco con toda la familia.

La abuela me ha dicho que al País de Bitche lo llamaban la Pequeña Siberia. Mirando por la ventana, me imagino en una granja en medio de Rusia.

Marlene Dietrich ya está hecha una cigüeña prácticamente adulta, mide casi un metro de altura. Tiene ataques de melancolía del cielo, y eso que no lo conoce. Revolotea por tu habitación, tropieza contra el techo y la ventana. Entonces me la pongo sobre las rodillas y paso la mano por entre su cabellera de plumas pensando en Sylvia. Es algo que solo me reconforta a mí.

Uno de estos días, la abuela entrará a ventilar y ella se largará para

siempre. Irá a apestar las nubes y se olvidará para siempre de su padre proveedor de garbanzos podridos.

La familia de la frohmühle al completo celebra las Navidades en el sótano. Rosalie está invitada a la comida. Parece que me están preparando para la vida de después de la guerra, por si papá no vuelve. El perfume de la canela me trae recuerdos del año pasado. Pero, para sentir que de verdad estoy retrocediendo en el tiempo, me falta la flor de azahar de los pestiños de azúcar.

La tía Louise pone guirnaldas alrededor de las toperas y me regala su Biblia, y eso que han quemado todas las de la región. Me siento tan conmovido como avergonzado. Para ella este libro es importantísimo, y a mí leerlo me causa tanto placer como leer la guía telefónica de un país en el que no conozco a nadie.

El tío Émile le ha puesto un lacito de tela a su bici.

—Es un regalo con efecto retardado… Podrás usarla cuando nos hayan liberado. Mientras tanto, te la robaré de vez en cuando.

Rosalie me regala una botella de granadina. El tío Émile me dice que es la última de su reserva. Él querría que yo la quisiera, y eso ya me hace quererla un poco. Ha venido con su licor *schnaps*, que huele a gasolina de ciruela.

—Papá Noel no puede entrar en el sótano, ¿lo sabías? —dice la abuela con sus huevos de gallina pintados a mano como si fueran bolas para el abeto.

Ha cortado una rama de pino y la ha plantado en una topera. Todo el mundo decora con los medios que tenemos a bordo.

Mamá, yo ya no me creo la historia esa del tipo de la bata roja que consigue entregar regalos en mil millones de chimeneas la misma noche, pero veo que la abuela se esfuerza por salvar unos gramos de magia, así que hago como que sí me lo creo. Estoy entrenado en hacer como que me creo lo que no me creo porque ya lo hice la Navidad

pasada con papá y contigo. Creo que funcionó.

El tío Émile cuenta chistes sobre comernos a Marlene Dietrich como pavo navideño. A veces imitamos tan bien la alegría que hasta podemos llegar a sentirnos alegres.

El tío Émile propone un partido de fútbol con una piña de pino grande, como si fuera un pequeño balón. En el sótano no hay mucho espacio para regatear, pero nos inventamos una portería entre dos madrigueras y nos ponemos a chutar penaltis.

También me han tocado tres bombones Lombart. Yo he propuesto que los podíamos compartir, pero todo el mundo se niega. Intento no pensar demasiado en el año pasado, ni en el próximo. Le doy un mordisquito a cada uno, tratando de concentrarme en el placer que me proporciona ese sabor.

El tío Émile aprovecha un aparte entre la abuela y la tía Louise para susurrarme:

—Mañana, los alemanes tendrán una sorpresita de Navidad.

—¿Cuál? —le susurro yo también.

—En la entrada del pueblo, he puesto la bandera francesa en el lugar de la bandera nazi.

Abre discretamente su bolsa, veo un trozo de tela roja en el que imagino una cruz gamada, luego la cierra rápidamente. Su mirada es como la de un amigo que tenía yo en la Pompignane, que robaba caramelos. Esa chispa en sus ojos será el mejor regalo de esta extraña Navidad.

La frohmühle, 28 de diciembre de 1944

Esta mañana, mientras le daba de comer a Marlene Dietrich, han vuelto los alemanes. Los he visto llegar desde la ventana de mi habitación. No me ha dado tiempo a bajar al sótano, así que me he metido en tu armario a charlar con tus viejos vestidos. Me he esforzado en no pensar que igual me andaban buscando. He hablado contigo tal como te escribo. Como si también tú estuvieras en ese armario. Te he hablado de tu maldita casa y mi barriga ha hecho un ruido. Ha resonado contra la madera.

Luego, al cabo de un largo ahoramismo, la puerta de tu habitación se ha abierto lentamente. He oído pasos acercándose y un chasquido de dedos seguido de un chasquido de pico de Marlene Dietrich.

—¡Sal de ahí, Mainou! —dice la voz del tío Émile—. Están con la abuela en el gallinero, creo que piensan que escondemos a unas gallinas de confesión judía.

Yo hago como que me río para agradecer su esfuerzo por hacer bromas, pero no tengo el corazón para esas cosas. Me siento una gallina de confesión judía. Y eso que no soy más que un niño que no cree en nada aparte de en las historias de barcos de pesca en miniatura.

Pasamos por el granero y salimos exactamente igual a cuando salí al bosque en busca de la caja. El ruido de mis pasos en la nieve y el olor del viento helado me dan antojos de trineo. Bastaría con subir a la meseta del Légeret y dejarse caer. Concentrarse en la pendiente y no pensar en ninguna otra cosa.

—Si el invierno que viene vuelves de vacaciones, te construiré un trineo de madera —me susurra el tío Émile.

Ya está, toca sesión de tiovivo de pajaritos. Van a hacer volar un montón de ideas bonitas alrededor de mi cabeza para que me aleje un poco de la realidad. Lo que hiciste tú para llevarme al dentista y la prima en el carro de heno, lo que hace la abuela cuando pretende que está contenta, y hasta la tía Louise alguna que otra vez.

—¿Te acuerdas de Gaston?

—¿El primito del maletero del coche?

—¡Sí! Él tiene uno, así que podréis hacer carreras. ¡Lo que pasa es que a ti puede remolcarte Marlene Dietrich! ¡El primer trineo con propulsión alada! Serás un pionero, mi pequeño Mainou —dice el tío Émile, dándome unas palmaditas en la espalda con tanto cariño que por poco me caigo de morros sobre la nieve.

La idea de hacerme demasiado mayor para las historias del tío Émile me pone casi triste. Siento toda su ternura, pero no me lo llego a creer. Como la tía Louise con su Buen Dios. A veces creo que sería tranquilizador.

Los pocos coches que se aventuran en la nieve lo hacen muy lentamente. El tío Émile vigila, yo me escondo detrás del tronco de un árbol. Escucho charlar a los pájaros.

—¡Vamos! —dice por fin.

Yo me apresuro y casi derrapo sobre el hielo. El tío Émile me coge al vuelo y me abre la salida de emergencia de la tienda. Sonríe y me felicita. En el bigote se le derrite un copo de nieve.

Entro en el almacén. Huele a semillas y a polvo. Estoy cansado. Creo que estoy físicamente cansado de esconderme.

Con Sylvia se había vuelto a encender una especie de lucecita, ahora tengo la sensación de volver a la casilla de salida. Con lo que está durando el ahoramismo desde que estoy aquí, me da a mí que nada va a terminar nunca.

El tío Émile recibe a los clientes y les atiende. Cuando viene a buscar algo al almacén, me premia con un guiño. Cuanto más lo veo esforzándose por tranquilizarme, más solo me siento. No dejo que se dé cuenta, le sonrío y todo eso.

Reconozco la voz de Rosalie saludando al tío Émile y fingiendo que ha venido a comprar algo. El tío Émile vuelve a aparecer en el almacén.

—Mainou… ¿Puedo hacerte una pregunta? —susurra.

—Sí, tío.

—Ya no me quedan poemas de Sylvia… Hace una semana le regalé el último. Ayer Rosalie me pidió amablemente uno, y no he podido dormir en toda la noche. Intento componerlo yo mismo, pero no me sale, suena falso. ¿Qué hago, me invento una excusa para dejar pasar el tiempo hasta escribir uno que me guste, o… le confieso mi impostura aun a riesgo de perderlo todo?

—Deberías decírselo.

—¿Estás seguro?

—No. Pero de todos modos, no tienes otra salida.

—Con los esbozos que dejó Sylvia en el desván aún podría montar alguna cosilla…

—Dile exactamente lo que me dijiste la primera vez que me hablaste de ella.

—¿Qué te dije?

—Me dijiste que soñabas con ella desde que eras niño.

—Eso ya lo sabe.

—Dile que lo sientes, pero que querías que te amara a toda costa, y que por eso le pediste a Sylvia un poco de ayuda con los poemas. Dile también que has intentado escribir alguno, pero que no te parece que estén a su altura.

—No están a la altura ni de la tía Louise.

—Eso no se lo digas.

—¿Y si quiere leerlos?

—Ganas un poco de tiempo para hacerlo lo mejor que puedas.

—¿Estás seguro?

—No. Yo de amor no sé nada.

—Oh, sí, a mí me parece que ya sabes mucho —dice la voz de Rosalie a través de la pared.

El tío Émile está más blanco que un fantasma. Yo tengo la sensación de ser su tío, y de repente me siento musculoso. Temo por él, pero me siento musculoso.

Rosalie entra en el almacén. Se agacha para darme un beso.

—Sé desde el principio que los poemas los escribía Sylvia.

Yo no me atrevo a mirar al tío Émile, no me atrevo a mirar a Rosalie, ni siquiera me atrevo a mirar las semillas.

—Lo que me ha gustado es que te tomaras todas esas molestias para complacerme. Que no los redactaras tú mismo no es tan importante. Las intenciones eran las tuyas, fuiste tú quien los pasaste a limpio con tu letra, quien venía de noche a traérmelos, eso es casi más bonito. Fuiste tú, y a ti es a quien amo.

El silencio que viene a continuación es el silencio más hermoso de la historia de los silencios. De lejos. Todavía no me atrevo a mirar a nadie pero siento cómo me atraviesa la alegría inmóvil del tío Émile. Nunca he estado tan contento por alguien.

La frohmühle, 31 de diciembre de 1944

Por mi cumpleaños y Año Nuevo, nos pasamos el día escuchando la radio. La batalla de la ciudadela tiene lugar a unos pocos kilómetros de aquí. Es un poco como seguir un partido de fútbol, pero con muertos en lugar de goles.

Nunca había visto a la abuela en semejante estado. Desde que llegué, era toda moderación, pero ahora la estoy redescubriendo. Arrebatada por una especie de alegría salvaje cada vez que el aparato escupe buenas noticias.

El tío Émile ya no sale de los brazos de su Rosalie. Qué bonitos están. Con solo mirarlo, la caravana de melancolía de cada día se desvanece en el aire. Mi tío, a la mínima, me recompensa con sus mejores guiños. Rosalie simula que no lo ve, y me hace lo mismo.

La frohmühle, 1 de enero de 1945, primera hora de la noche

El tema este de las fechas es raro. En realidad no cambia nada de nada, pero es como si no doliera tanto. Una mezcla de alegría y tristeza que me estalla en toda la cara. Es mi primer cumpleaños sin ti y me siento invadido por un montón de buenos recuerdos. Todavía no estoy listo para dejarlos entrar.

He empezado a preferir los recuerdos que me invento. Algunos de ellos ocurren en el futuro. Me imagino que mi corazón es una máquina del tiempo. Me he pasado tanto tiempo encerrado en el sótano y en tu habitación que he aprendido a escaparme a través de la mente. De tanto escribirte, he construido todo un mundo donde puedo encontrarme contigo.

No te preocupes que no me he convertido en un chiflado de esos que creen en lo que no puede verse. Es una forma de magia más artesanal, como hacer crecer cosas en el jardín. El jardín soy yo. El agua es el tío Émile. Sylvia era el fertilizante. Echo mano del olor de tu ropa, o más bien del recuerdo del olor de tu ropa, porque tu perfume se ha evaporado del todo. Respiro del frasco que Sylvia se dejó, antes de que acabe de evaporarse del todo. También escojo algunos recuerdos reales y luego los amplío, les añado una continuación. Esculpo. Cuando consigo un recuerdo completamente nuevo, tengo la impresión de viajar en el tiempo.

Los recuerdos verdaderos, incluso los buenos, son imanes de la melancolía. En cambio, mis pequeñas creaciones me hacen levemente feliz. Son artificiales, solubles en el aire, pero suelo rociarme la mente

con ellos. Riego este corazón reseco, le engraso los engranajes.

La frohmühle, 16 de enero de 1945

La radio cuenta que el ejército alemán contraataca con bombas de fósforo. Yo no sé qué es eso, pero, por la cara que pone el tío Émile, prefiero no preguntar.

La cuestión es que cada vez hablan más de la posguerra, y yo no sé qué pensar. Me da a mí que empiezo a preferir el mundo que he creado para nosotros. Me está costando tanto hacerle la competencia a la realidad que prefiero visitarla lo menos posible.

Me voy bebiendo la granadina a sorbitos pequeños, pero sin añadirle agua. Ayer conseguí recrear la sensación exacta de tu mano en la mía. La temperatura correcta, la presión de tus dedos flexibles entre los míos.

Luego Marlene Dietrich volvió a darse de morros contra la ventana y regresé a la realidad.

Tomé a la cigüeña en mis brazos y la acaricié durante un buen rato. Abrí la ventana y la puse en el alféizar. El frío me mordisqueaba las orejas, el viento sonaba en el horizonte como una tetera. La luna creciente se mantenía en equilibrio entre las estrellas. Las copas de los árboles se sumergían en las nubes azules.

Marlene Dietrich voló sin hacer ruido. Hacia el cielo, como si se supiera el camino de memoria. Yo aplaudí como un idiota, allí solo, en medio de la noche. El sonido de sus alas en el viento me dio ganas de seguirla. Cuando uno la mira, volar parece tan fácil… Es tan bonito

cuando es tan sencillo… Marlene Dietrich se convirtió en una versión de juguete de Marlene Dietrich, luego en la sombra de un juguete, y al final se transformó en recuerdo.

Mi corazón se ha vuelto pesado, pero ahora es capaz de volar. El olor de los garbanzos que sigue desprendiendo su nido me ha hecho sonreír un buen rato.

La frohmühle, 3 de febrero de 1945

Con mi teléfono de cordel, escucho al tío Émile escuchando la radio en la tienda. Suelta gritos de alegría como papá en los partidos de fútbol. El contraataque de los alemanes ha fracasado. Muchos de los pueblos de los alrededores han sido liberados. El tío Émile abraza a la abuela, hasta a la tía Louise le toca algún abrazo apasionado. A mí me entran ganas de bailar. Así que bailo. Me habría gustado compartir este momento con Marlene Dietrich. Miro su nido vacío. Entonces me digo que ella ya está bailando, que a su especie este asunto de la guerra no le afecta. Que tendría que haberla liberado hace mucho.

Bailo. Por fin creo. De tanto como creo, entiendo un poquitín a la tía Louise. Tengo ganas de creer. Me preparo para revivir. Soy la flecha de un arco que ya no me atrevía a usar. Ya está. Estoy de regreso. Vuelvo en mí.

¡Papá, ven a por mí! Nos marchamos. No volvamos a Montpellier, patinemos sobre lagos helados durante mucho tiempo. Venga, papá, vuelve, estamos vivos. ¡Empecemos la vida de nuevo!

La frohmühle, 20 de marzo de 1945

Estaba escribiéndote cuando la abuela ha entrado en tu habitación. Por lo general, quien viene a buscarme es el tío Émile. Si viene la abuela es que es algo grave. ¿Qué habré hecho ahora? Aparte de escribirte cosas e imaginar la vida de después, no creo haber hecho nada malo. A menos que haya vuelto a escribir en voz alta y la tía Louise se haya ofendido por algo. La abuela me ha pedido que vaya con ella.

En la cocina, todo el mundo va vestido de domingo. Efectivamente es domingo, pero nunca los había visto con esa ropa. El tío Émile abre la puerta y me dice que salga. Su bici oxidada está cubierta de lazos y serpentinas.

—Ahora es tuya. Y no solo es tuya, sino que puedes ir con ella a donde quieras. Ya no estamos en zona ocupada. Somos libres.

Me cuesta trabajo hacerme cargo. Lo he soñado tantas veces que tengo la impresión de que no es verdad. Es casi tan extraño como si anoche hubieras venido tú a darme las buenas noches. Habrías llegado con tu camisón y tu perfume de Sylvia y me habrías dado un beso en la frente.

Hace tanto que no oigo más que «¡Guerra! ¡Prudencia! ¡Alemanes! ¡Atención!»… A pesar de que en los últimos meses la radio estaba llena de esperanza, no estoy seguro de cómo manejar esta alegría nueva.

El tío Émile me abraza con sus fuertes brazos, casi no puedo respirar. La abuela tiene los ojos húmedos, y la tía Louise sonríe;

parece una joven novia. Es como un soplo de menta. Me refresca y me pica en los ojos. Alegre recaída de la angina de preguntas.

La frohmühle, 21 de marzo de 1945

No me atrevo a subir a la bici del tío Émile. Él se burla de mí, recordándome que aquella noche bajo las bombas lo hacía muy bien, pero que ahora que es mía me da como miedo.

Hace buen tiempo. Aún no es primavera de verdad pero el invierno empieza a agrietarse. El olor de la hierba cortada se me agarra a la garganta.

—Te presto tu bicicleta, Émile, y vamos juntos a dar una vuelta, ¿vale?

—¡Vale! Pero primero le he prometido a Louise que iríamos a misa.

El tío Émile da una calada de la pipa mirándome a los ojos, luego la apaga. Le pone la mano a la tía Louise en el hombro. Los dos se quedan quietos y sonrientes como en una foto. Siento que esa imagen se me va a quedar grabada.

—¡Corre! Disfruta un rato tú solo.

—¿De verdad vas a ir a la iglesia?

—Yo solo la acompaño…

Todos nos reímos. Es una risa que ya suena muy diferente a la de ayer, cuando aún estábamos en la zona ocupada. Acabamos de entrar en un mundo nuevo.

Me subo a la bicicleta. Estoy tan poco acostumbrado a la libertad que todo me parece raro. Empiezo lentamente, como si estuviera probando un plato demasiado caro para mí. Demasiado grande y demasiado bueno. El chasquido de la cadena me retrotrae al buen mal recuerdo de mi fuga. Desde entonces, la nieve se ha derretido y ya no

llevo abrigo. El viento todavía transporta en su interior un poquito de invierno, es algo que se nota a la sombra, pero tan pronto como el sol se cuela entre los árboles todo se convierte en caricias. Me pongo de pie sobre los pedales y avanzo sin pedalear, tranquilamente erguido. Luego vuelvo a hacer la bailarina, inclinándome en las curvas.

Me siento tan bien en la bici del tío Émile que es como si fuera él. Incluso suelto el manillar. ¡Cuánto tiempo llevo soñando con bajar esta cuesta de delante de la frohmühle!

El sol me brilla en los ojos, podría pedalear todo recto el tiempo de un ahoramismo tan largo que llegaría hasta Montpellier. Pedalear a tope es como viajar a bordo de una máquina del tiempo. La emoción va en ascenso. Los músculos de mi imaginación se elevan sobre Lorena y justo debajo está el Midi. ¡Ya voy, mamá! Empiezo a oler la lavanda, el viento cambia el color del cielo. ¡Ya voy, papá! Estoy tan contento que no me queda tiempo ni para tener hambre. O a lo mejor es que me estoy reservando el estómago para cuando me hagas un buen puré de patatas. No debería haber pensado en puré ni en patatas, ahora resulta que me han entrado unas ganas terribles de comerme uno. Casi me siento en Montpellier. Acelerando, el sonido del viento sube. ¡Ahí están los dos árboles! Ya voy, mamá. Es un enorme roble siamés que se ve desde la carretera. Avistarlo significa que Montpellier aparecerá en menos de un cuarto de hora. Cruzo el puente Juvenal. Está exactamente como antes de todo este lío de la guerra. Al principio duele en los muslos, pero luego ya es de bajada hasta la villa Yvette. El río Lez fluye. Lo dejo fluir hasta el mar. Yo me dejo fluir hasta el mío. Bajo de la bici, me tiemblan las piernas. Empujo la puerta, reconozco su crujido. Voy a entrar en mi habitación por la ventana y me deslizaré en mi cama. Voy a hacer como que duermo. Tú vendrás a despertarme. Estás cansada porque en unos días darás a luz. Oigo tus pasos en el pasillo. Los reconocería entre un millón. Tienen un ritmo

de reloj tranquilo, que se atrasa un poco.

Mis pantorrillas entumecidas me devuelven a la realidad. Montpellier se evapora y la Lorena de altas hierbas reaparece ante mí. Ahora hay que remontar la cuesta para volver a la frohmühle.

Tengo tiempo y no me atrevo a usarlo. Tengo que volver a acostumbrarme a la libertad.

La cuesta es dura, la ataco en bailarina. Mis pantorrillas están rígidas, adormecidas por estos meses de encierro. ¡Menuda felicidad que me duelan las pantorrillas! No pensar más que en cosas de viento y respirar a plena luz del día. El perfume de las coníferas, el sol en los ojos.

Sin aliento, alcanzo la meseta del Légeret. Delante de mí cruzan tres enormes tanques americanos. Gente que saluda, que aplaude, que canta. Estoy tan acostumbrado a mi cuaderno, a mi cigüeña y a mis fantasmas que casi me asusta tanta alegría. Hay niños de mi edad por todas partes. No puedo creer que hayan estado aquí desde el principio del ahoramismo.

No me atrevo a hablar con ellos. Contemplo el espectáculo. El sueño de todos los que han vivido en sus sótanos durante meses. Cantar, reír. La vida explota tan fuerte que parece que nunca vaya a volver a ser de noche. Las flores de la primavera empiezan a asomar. Los vestidos de las chicas también. Cascadas de margaritas y prímulas en la hierba y en las zanjas, por todas partes.

Un soldado se ha dormido entre las flores con la boca abierta y las manos en el pecho. Otro y otro más al otro lado de la cuneta. Uno de ellos lleva un uniforme alemán, los otros dos son franceses. Algunas partes de sus ropas manchadas de rojo.

Pienso en papá. El regreso de la noche. No me atrevía a pensar en él. Tenía que ocuparme de ti y de los garbanzos de Marlene Dietrich. No saber lo que le estaba pasando era normal, pero ahora ya no es

para nada normal.

Ahora tengo derecho a esperarlo de nuevo.

Vuelve la angina de preguntas.

La frohmühle, 16 de abril de 1945

Se me está acabando el cuaderno. Así que escribo más pequeño. Cuando papá venga a buscarme, si es que al final vuelve, me gustaría empezar un cuaderno nuevo. Mientras tanto, por fin voy a poder abrir la caja.

—Recuerdo que mi madre hablaba de un roble que plantó su padre el día que nació ella, ¿podrías enseñármelo, tío? —digo como si nada durante el desayuno.

El tío Émile sonríe y me da una de esas palmadas en la espalda que me provocan tos.

—Me sé de uno que quiere recuperar su caja… —me responde susurrando.

Yo asiento con la cabeza, sin atreverme a aguantarle la mirada.

—¿Estás seguro de querer desenterrar el pasado?

Esta vez lo miro a los ojos y le doy un «Sí» perfectamente claro.

El tío Émile me revuelve el pelo, es algo que odio. Pero cuando me lo hace él no pasa nada. Él sonríe tristemente, es una de sus especialidades.

—Vale. Te llevaré.

—¿Cuándo?

—Esta noche, pero no se lo digas a nadie, ¿de acuerdo?

—¿Qué son esos rezos en secreto otra vez? —pregunta la abuela.

Con la palabra «rezos», la tía Louise levanta una ceja. Luego, con la palabra «secreto», vuelve a bajarla de golpe.

—Le explicaba a Mainou que estamos ganando la guerra, pero que

aún no está hecho. Ganamos cuatro a dos, pero estamos en el tiempo añadido —dice el tío Émile mirándome de reojo—. Hay que andarse con ojo hasta el final.

Mato el tiempo caminando libremente por el bosque y por todas partes. Hago exactamente todo lo que estaba prohibido. Camino por la tienda de comestibles, voy en bici sin manos y de bajada, y cuando me encuentro con alguien digo hola varias veces, de tan contento que estoy de decir hola. Ayer pinché la rueda delantera al pisar un erizo. Parecía un ratón disfrazado de erizo. Le hablé suavemente y me respondió con pequeños gritos y gruñidos. Me senté junto a él contra un árbol. Traté de acariciar su adorable cabeza en miniatura. Él seguía enfadado y hecho una bola con su pinta de cojín de alfileres redondo. La bici estaba pinchada y el erizo en plena forma, pero no se le pasaba el enfado. Eso me gustó. Lo adopté inmediatamente. Se había montado un nido de hojas secas y hierbajos detrás de un roble, así que lo coloqué en la cesta del manillar. Él seguía con mala cara, y eso me gustó. He decidido llamarlo Jean Gabin.

En el borde de la carretera que sube hasta la meseta del Légeret, veo a unos soldados alemanes provistos de hachas ensañándose con los árboles. Les hacen grandes cortes triangulares que apuntan a la carretera. Ahora les ponen un cordón rojo. Debe de haber unos cincuenta robles enormes alineados a lo largo de la carretera, y el cordón va desde el primero de abajo hasta el último en lo alto.

Según el tío Émile, la idea es prender una mecha para hacer estallar todas las cargas depositadas en las muescas, de modo que los árboles caigan atravesados en la carretera y retrasen la llegada de los nuestros. Entre «los nuestros» debería de estar papá. Al menos, podría estar. Es el nuevo tema que nadie se atreve a tocar. El tío Émile hasta

ha dejado de proponer adoptarme.

Pero sucede que su sistema de encendido no funciona, y los tanques americanos empiezan a bajar tranquilamente. Aterrorizados, los alemanes huyen. ¡Qué espectáculo tan extraordinario!

Y yo estoy en primera fila. Nada de sótano, ni de desván, incluso nada de ventana. Dejo que la bici del tío Émile avance libremente y levanto los brazos como si hubiera ganado una etapa del Tour de Francia.

La frohmühle, esa misma noche

Espero en tu cama acariciando con la yema de los dedos la pequeñísima cabeza de Jean Gabin. Imaginarme el pelo de Sylvia es ahora más difícil que con el plumaje de Marlene Dietrich, pero suaviza temporalmente la angina de preguntas. Le he traído un caracol y él ha salido de su caparazón de erizo. Miro esos ojitos tiernos que parecen no entender nada y me siento casi bien.

El tío Émile llama a mi puerta. Se enciende la pipa, hace como si arrancara una motocicleta imitando el ruido del motor y me subo en el portaequipajes de la bici. Ahora que no corremos peligro, jugamos a darnos miedo. Sabemos que tal vez sean nuestros últimos ratos juntos, aunque le he prometido que en vacaciones voy a volver. Jugaremos a la guerra y nos esconderemos en el sótano. Si Sylvia regresara al desván, podría ser maravilloso.

Ayer, el tío Émile me dio la sorpresa de traer a Gaston, aquel primo lejano al que conocí en el bosque al bajar del carro de heno. Montando en bici, nos hemos contado nuestras guerras mientras el tío Émile nos trataba de «viejos combatientes». Era la primera vez que hablábamos fuera del maletero de un coche. En recuerdo de nuestro primer encuentro, hemos jugado a imitar el ruido de un motor. Todo estaba tan intacto… Ha sido como si él viniera de otro mundo y, al mismo tiempo, de hace dos semanas. «En el sótano, el tiempo pasa al ralentí y a cámara rápida», dijo una vez el tío Émile. Es una de las primeras frases que he anotado en el cuaderno.

Pero esta noche vamos rumbo al bosque y a tu roble favorito. Bajo

nuestros pies crujen las espinas, el canto de los búhos se siente tan cerca que uno de ellos podría estar posado sobre nuestros hombros. Respiro cada segundo del paseo. Me veo hace solo unos meses, con los pies mojados y el ruido de los aviones silbando sobre mi cabeza.

El tío Émile se detiene y me señala un pequeño roble de nada. Lo reconozco: después de nuestra visita a Rosalie, estuvimos charlando junto a ese árbol. Él se arrodilla y barre el suelo con su mano. Debajo del follaje aparece una tapa.

—¡Ahora te toca a ti! —me dice.

No me cuesta dar con la caja. En mi memoria era mucho más pesada. La sacudo como un extraño regalo. Es como si fuera Navidad en el bosque o Pascua de noche, a la caza de huevos rectangulares.

El tío Émile me da una llavecita. La meto en la cerradura y la abro poquito a poquito. Parece el desván en miniatura: algunos libros, cartas, trocitos de papel con notas tachadas, dibujos. Tu letra, la suya.

—Al moverla hacía glong-glong, y era mucho más pesada —le he dicho.

—Porque dentro iba la máquina de escribir de tu mamá. Es el regalo de tu padre para Sylvia. Quería que ella pudiera seguir usándola para componer poemas.

El tío Émile coge la caja con sus grandes manos y la aprieta contra su pecho.

—¡Mira eso! —dice, con la mirada casi tan chispeante como cuando habla de Rosalie.

Acciona un pestillo en el fondo de la caja que abre un cajón secreto.

—Ábrelo… —me dice.

El corazón me late tan fuerte que mi cerebro ya no sabe cómo seguir. Todo parece complicado. Finalmente lo consigo y reconozco mi pequeño barco pesquero azul y dorado.

—¡La proa, la quilla y la borda! —digo con orgullo señalando cada parte del barco.

—Ábrelo también… el pesquero, ¡busca en su bodega!

Yo desencajo la parte de arriba del barco y descubro un montón de cartas náuticas en miniatura y planos de construcción de… barcos.

—Tu madre y tu padre tenían un plan para convertir un viejo barco pesquero en una casa flotante para esconder a gente de la Resistencia.

Se me vienen encima un montón de recuerdos de los últimos meses: el día en que mi padre me regaló el barco pesquero, la caja en el carro de heno, la historia del ladrón del bombardeo, el descubrimiento del desván. Tengo ante los ojos el antídoto perfecto contra la angina de preguntas.

—Tomó tu juguete como referencia, con la esperanza de que un día lo vieras a tamaño real.

—¿Y entonces…?

—Sí… existe. A estas horas Sylvia debe de estar allí. Allí hay toda una red de resistentes. Dentro también había documentos falsos. Esa es la razón por la que no podía caer en manos de los alemanes.

—¿Y a mí? ¿Por qué ocultármelo a mí cuando ya estaba en la frohmühle?

—La abuela prefería que no descubrieras la correspondencia entre tu madre y Sylvia hasta pasada la guerra. Pensaba que leer a tu madre te pondría aún más triste. Confieso que una de sus cartas nos conmovió especialmente. Pero todo esto te pertenece a ti. Se suponía que tenía que esperar hasta el final de la guerra para enseñártelo, pero creo que ya has esperado bastante.

Nos quedamos un rato bajo las estrellas, escuchando cómo el viento hace el tonto entre las ramas. Es casi como el sonido del mar en los días de viento del Midi, cuando se oyen las olas desde lejos. Luego el tío Émile se ha estirado lentamente. Yo he cogido la caja bajo el brazo. Hemos vuelto sin decir palabra. Bastante ruido hacían ya nuestros pensamientos.

—¡Buenas no-noches! —me dice dulcemente el tío Émile al

acompañarme a la habitación.

Yo cojo el pequeñísimo cuerpo de Jean Gabin y lo meto en la caja. Me quito los zapatos con cuidado, y eso que no tengo ningún motivo para quitármelos con cuidado. Ni siquiera para quitármelos de ninguna forma si es que quiero ir al desván.

Me siento delante de la máquina de escribir. Saco el erizo y lo pongo en el suelo. Mientras lo veo trotar, mantengo los latidos de mi corazón a un ritmo aceptable. Saco un cuaderno de la caja. En la portada has escrito: «Sylvia para Élise para Eugène». Yo saboreo cada palabra. Saboreo las sílabas, la puntuación y hasta los blancos entre las frases. Rozar el papel me hace sentir como si acariciara la sábana de tu fantasma. En el interior de este cuaderno late tu corazón. Siento que eres tú quien escribe, aunque sea ella.

Mi mente se deja entretener, casi como si leyera la correspondencia entre dos personajes de novela. Vuestras historias de tráfico de huevos de cigüeña, vuestras citas secretas en el desván, vuestras historias con el perfume… hasta las cartas que escribió ella para que tú sedujeras a papá y luego siguieras seduciéndolo tú, como el tío Émile con Rosalie, porque «el amor hay que cuidarlo como un huerto. Y la poesía es el mejor fertilizante». ¿Lo sabía también él? ¿Acaso no lo supo nunca? No estoy seguro de si algún día me atreveré a preguntárselo.

Siento que vives bajo la pluma de Sylvia. Siento una magia un poco loca. Como si se las hubiera arreglado para salvar algo de ti y lo llevara puesto. De repente, ya no estás completamente muerta.

Hay otras cartas metidas en sus sobres, no sé si abrirlas. No te dio tiempo a pasarlas a limpio, sus fechas se acercan al 3 de junio de 1944. Jean Gabin hace ruiditos raspando el suelo. Al final las abro.

De nuevo esa escritura que podría ser la tuya. Pero estas cartas no forman parte de vuestro tráfico de poesía. Sylvia se dirige directamente a ti.

Pregunta por mí, dice que después de la guerra le gustaría conocerme. A pesar de la guerra, hay mucho humor, y yo, solo en el desván con mi erizo dando vueltas por aquí, me dejo llevar por la risa. Ya casi se ha hecho de día. Me pican los ojos pero no tengo ganas de dormir. Debo digerir toda esta alegría demasiado fuerte para mí. Me entran ganas de llorar, luego de reír, luego las dos cosas al mismo tiempo. Lloviendo con buen tiempo.

Queda un último sobre, con «Mainou» escrito en mayúsculas. Exactamente la misma letra que en la etiqueta de la caja de cartón con los adornos navideños.

El gallo crooner tarado berrea, señalándome que en nada se pondrán en marcha las cosas de cada mañana. El gallo sigue a lo suyo y Jean Gabin hace el tonto tropezando con todo.

Abro. Reconozco el papel de la carta. Reconozco tu letra.

Villa Yvette, 3 de junio de 1944

Mi pequeño Mainou:

Qué mal me siento por haberte hecho llorar, mi pequeñín. Qué mal me siento por dejarte en la vida sin mamá. Qué mal me siento por no poder hacer nada más que sentirme tan mal. Pero pienso en ti, tan bonito con esos ojillos tuyos aún más verdes por las lágrimas. Entonces casi me vuelve la sonrisa.

Todavía tengo la esperanza de que nunca tengas que leer esta carta, o que sea dentro de mucho tiempo, después de la guerra, cuando Mireille y tú seáis lo suficientemente mayores para comprender que vuestra madre estuvo a punto de irse. Quisiera volver ya. Yo que siempre he estado dispuesta a dar mi última gota de sangre por ti. Ahora te escribo con ella, mientras se me escapa de las venas. Siento que me abandonan las fuerzas. Siento que me deslizo y estoy terriblemente asustada por Mireille. Hasta tengo miedo por el grandullón de tu padre.

Si no vuelvo, me gustaría que te llevaras una pizca del amor que siento por ti. Es tan grande que debería de quedar un poco hasta cuando desaparezca. Las estrellas muertas siguen brillando. Me gustaría continuar brillando para ti, y así un fuego pequeño y templado te mantendría calentito.

TU MAMÁ

Me tiemblan las manos, el papel hace más ruido que el erizo. No lloro ni hago nada. El resto de mi cuerpo está casi en calma. Excepto el corazón. Si sigue golpeando así, acabará por romperme una costilla.

—¡A la meeesa! —silba la abuela.

Tengo la impresión de que, desde que han liberado el País de Bitche, su voz es más aguda.

Bajo por las escaleras dando saltitos, como el alegre pinzón que se supone que soy. No es que esté triste ni nada de eso, solo es que tengo el corazón y el cerebro desbordados. Las conexiones entre el uno y el otro echan humo. Voy a tener que dejar de pensar por un momento para recuperar la lucidez.

El desayuno transcurre como un desayuno de antes de la apertura de la caja. Todo el mundo está de buen humor. Ahora que ya no hay nada prohibido, la radio está encendida todo el día. Con la ventana abierta hasta se escucha desde fuera.

Espero a que todo el mundo se levante de la mesa, me meto a Jean Gabin en el bolsillo del abrigo y corro directo hacia los árboles. Necesito correr un buen rato. Así que corro un buen rato. No estoy acostumbrado, y enseguida me quedo sin aliento. Al final, camino un buen rato. Lejos, por el bosque de las luciérnagas. Tan lejos, tan lejos que al mediodía casi me olvido de volver.

La frohmühle, 30 de abril de 1944

Paso mucho tiempo montando en bicicleta. Me pongo a Jean Gabin en el bolsillo y vamos de paseo.

—Estando en movimiento es más fácil separar las emociones —dice el tío Émile.

Así que camino, corro, pedaleo, trepo a los árboles, hasta juego al fútbol en el agujero del obús lleno de barro. Hago navegar mi barco pesquero en los charcos, mientras sueño que un día navegaré en la versión a tamaño real. Con solo pensarlo, mi energía se multiplica.

En el gallinero, dejo volar la mente entre ideas divertidas para descongestionar. Por ejemplo, gallinas que pondrían huevos de chocolate. Para celebrar la Pascua todos los días.

—¡Una fiesta católica! —dice la tía Louise detrás de mí—. ¿Ves?, cada cual en la Biblia encuentra lo que quiere.

Me digo que debería solucionar este problema de pensar en voz alta que tengo desde que paso tanto tiempo a solas y hablando contigo.

—Con los huevos de la gallina chocolatera podríamos hacer tortillas, y de hecho sabrían a pastel esponjoso.

La tía Louise casi se ríe. En todo caso, ha esbozado una sonrisa que hasta ha hecho ruido. Una cosa animal, como cuando ronca, pero más dulce.

Sigue igual de endiosificada que de costumbre, pero la Liberación la ha cambiado en algo.

Se pasa casi tanto tiempo en misa como yo en el bosque.

Esta mañana he visto a unas cigüeñas volando y he pensado que tal vez Marlene Dietrich iba con ellas. Me habría gustado que bajara un poco del cielo para charlar un rato. Con la mano entre sus plumas, pensando en el cabello de Sylvia y mientras respiraba su olor a garbanzos podridos, le habría contado la vida de después.

La frohmühle, 8 de mayo de 1945

Se acabó. La guerra. Todas esas tonterías. Caso cerrado. El partido está ganado. Volvemos a la casilla de salida de la frohmühle. Si papá vuelve.

Ver todas esas sonrisas en las caras de la familia hace que quiera ponerme a llorar. Me asaltan los recuerdos de las noches en el sótano, y ahora, con toda esta alegría ahí en medio, ya no sé qué hacer con ellos.

Como si tuviera el corazón atrofiado y hubiese perdido la costumbre de dejar abiertas las válvulas de la felicidad.

¿Recuperaré algún día la dulce calma? La de cuando tú estabas aquí. No lo sé. Sigo insomne. Por la noche, el más mínimo ruido me despierta, y en el duermevela sigo temiendo que empiece a sonar la sirena. Y eso que muchas veces no es más que el erizo paseando bajo tu cama.

El tío Émile ha montado una hamaca entre dos árboles delante de la casa. Por la tarde, cuando ha terminado de trabajar, se tumba allí a leer. Fuma su pipa, hace algunas nubes y luego viene a buscarme.

—¡Súbete tú! Verás qué cómoda es para leer.

Está orgulloso de esa hamaca. Así que la pruebo, y en verdad es genial. Me siento como en los brazos de alguien, bien acurrucado en un capullo suspendido.

—Si quieres, más adelante puedes vivir conmigo en casa de Rosalie.

Espero de todo corazón que tu padre vuelva. Pero, si no es así, ya sabes que aquí me tienes.

Cuando habla del tema se pone tímido. Un poco como cuando habla de los poemas que no le escribió a Rosalie.

Desde que llegué, ha estado haciendo todo tipo de trabajos para mí: de hermano mayor, de buen amigo, de tío divertido, de papá sustituto y de maestro de escuela que falta a la escuela. Todo eso sin dejar de hacer su trabajo en la granja y de discutir con su «más o menos buena hermanita».

—¿Podría usted servirme un erizo?

La Frohmühle, 14 de mayo de 1945

Esta mañana ha llegado mi padre. Parecía el papá del tren, pero con una sonrisa que hubieran recompuesto. Me ha bajado de la hamaca y me ha llevado en volandas como hacía cuando era más pequeño, tirándome al aire y recogiéndome; a ti te daba horror. Él decía que era para mejorar mi equilibrio. Si él supiera que eso me permitió largarme una noche de bombardeo con la bici del tío Émile y sin manos, seguro que ya no le haría tanta gracia.

Otra vez esa alegría medio agrietada que me viene a veces. Porque él, cuando intenta que algo no se le note, aún se le nota más. Está agrietado por todas partes. Cuando tú te fuiste, me prometí que nunca iba a volver a llorar. Y aguanté… hasta que olí su agua de colonia. Ahí se rompió la presa.

Juega al papá forzudo, porque lo es. Me abraza. Yo respiro su colonia. Las palabras no salen. Ni las mías ni las suyas.

Creo que necesitamos tiempo. Otra vez el tiempo.

Ha estado aquí todo el día vestido como un soldado. La abuela y él han hablado mucho. Yo le he presentado a Jean Gabin y se han entendido más o menos. Ha preguntado por Sylvia y se me ha acelerado el corazón como cuando me pillaban en la escuela en flagrante delito de ensoñación.

La abuela le ha dicho que se había vuelto a su barco, el viejo pesquero transformado en barcaza donde ya se había escondido con gente de la Resistencia al principio de la guerra.

Pasa un ángel. Tal vez eres tú. Tu fantasma planeando. Hay que

decir que muy discreto no es, de tan fuerte como se escucha.

—Un día te llevaré, se lo prometí a tu mamá —me ha dicho papá—. Iremos este verano.

Su mano enorme me agarra del hombro y me recuerda las derrotas jugando al fútbol antes de la guerra. Eso me recuerda lo mucho que te vamos a echar de menos.

Nos sentamos alrededor de la mesa demasiado grande de la cocina y el tío Émile lo cuenta casi todo, hasta mi borrachera de perfume, el vómito y todo eso. No hace falta decir hasta qué punto me he tomatizado, casi me muero de vergüenza. Luego le pide a papá que nos cuente cómo le ha ido a él este año. Se ha escapado de un campo de prisioneros dos veces, y en su segunda fuga le metieron una bala en el antebrazo. Nos muestra su espeluznante cicatriz.

Es difícil hacerme a la idea de que se trata de mi verdadero papá, el mismo que meneó la cabeza con despecho cuando Montpellier derrotó a Nîmes al fútbol, el mismo que cerró mi maleta llena de fantasmas, el mismo que te llamaba «mi Lisette», el mismo. Pero con un antebrazo desfigurado.

Su voz me recuerda tanto al que fue antes que me viene a chispazos el recuerdo de la tuya. Tengo la impresión de que a él le sucede lo mismo, pero no me atrevo a decírselo. He trabajado duro para alejarme de él, y ahora me intimida un poco.

Los adioses son extraños y terribles. Como si mi corazón y mi cerebro estuvieran conectados al revés.

—Fin de la guerra + papá = alegría.

—Dejar al tío Émile, a la abuela y hasta a la tía Louise = palpitaciones de insomnio en pleno día.

Los buenos y los malos recuerdos se gritan los unos a los otros como

hinchas de fútbol. Mi corazón es un estadio y el partido es tan espectacular como indeciso. La bondad en la mirada de la abuela, Sylvia y sus dos bolsas de agua caliente contra mi espalda en el desván, el nacimiento de Marlene Dietrich y el viaje prohibido al bosque con el tío Émile para desenterrar el gran secreto hacen que el equipo de los buenos recuerdos gane en los penaltis.

He recuperado mi caja y vuelvo a meter dentro tu máquina de escribir y el barco pesquero, y luego también a Jean Gabin. Me despido del desván, luego de tu habitación, de tu cama, y me meto por última vez en el armario para hablar con tu ropa vieja. Siento que marchándome de la frohmühle estoy abandonando tu fantasma.

El tío Baptiste viene a recogernos con su coche. Esta vez no hace falta meterse en el maletero. Gaston me saluda desde su asiento. Me habría gustado volver a ver a la prima Jeanne.

El tío Émile me promete que irá a saludarla de mi parte. Me abraza un poco demasiado fuerte.

Luego le toca abrazarme a la tía Louise, exactamente como si me quisiera. Me llora encima y todo. Puedo sentir sus lágrimas corriendo por mi cuello. No estoy seguro de que vaya a echarla mucho de menos, pero, aun así, es algo raro.

Llega el turno de la abuela, que no hace más que repetir que de todos modos volveré para las vacaciones, que solo falta un mes para el verano. Le dice a la tía Louise que a qué vienen tantos lloros si va a volver a verme muy pronto.

De repente soy yo quien se echa a llorar. He aguantado un año o casi sin llorar delante de nadie, y ahora que todo es alegre tengo una piña de pino en la garganta. Me pican los ojos y las orejas.

Me subo al coche con mi caja bajo el brazo y la dejo entre Gaston y yo. Papá sube delante. Yo los miro a los tres plantados delante de la frohmühle. Parecen pastorcillos del belén delante del pesebre.

El coche arranca, yo me doy la vuelta en mi asiento para seguir viéndolos a través del parabrisas trasero. Muevo las dos manos, luego los brazos para que me vean el mayor tiempo posible. Se van volviendo pequeñitos, luego minúsculos, pero a lo lejos siguen moviendo los brazos. El coche remonta la meseta del Légeret. Cuando llegamos a la curva, desaparecen y la casa también.

Gaston me observa. Yo intento hacerme el duro, supercontento de volver a casa. Un poco contento sí estoy, porque papá está aquí y la guerra ha terminado. Pero ni soy duro ni estoy seguro de querer volver sin ti a villa Yvette. Sobre todo por lo que me ha dicho papá a mí solo antes de que llegara el coche del tío Baptiste.

—¿Sabes qué?, vamos a volver a nuestra casa en Montpellier, y allí vas a tener una «tía» que se ocupará de ti. Claro que no tendrá nada que ver con tu pobre mamá, pero, ya verás, será muy agradable contigo.

Camino por el andén con una mano en la mano de papá y la otra moviéndose en el aire para despedirme de Baptiste y Gaston. ¡Todo este aire y el cielo al alcance de la mano! Ya no tengo por qué tener miedo de nada y todo me da miedo. Tengo algodón en las piernas. Camino entre las nubes.

A papá lo he visto desaparecer en el andén de la estación como en un extraño truco de magia. Me lo he imaginado tantas veces viniendo a sacarme del sótano o del desván… Si al final aparecía, sería un truco de magia de verdad.

Lo que está pasando hoy no es exactamente eso. A pesar de la intensa felicidad de volver a encontrarlo, algo en mi interior me dice que, si el truco de magia funciona de verdad, es que todo ha terminado. Yo ya no soy el niño del año pasado. No es que haya crecido tanto, pero algo ha cambiado. Ahora que sé que la angina de preguntas tardará un ahoramismo muy largo en curarse por completo,

me siento un poco mejor.

Cada vez escribo con la letra más pequeñita, lo cual supone una prueba inapelable que llama a las puertas de mi cerebro: salvo como recuerdo, nunca volveré a verte. Mientras el tren arranca y sale lentamente de la estación de Bitche, me doy cuenta definitivamente de que lo de la mamá se ha terminado.

Jean Gabin hace el tonto en la caja, solo faltaría que se asfixiase. Me siento atravesado por tantas emociones contradictorias que se me bloquea el cerebro. Me meto las manos en los bolsillos y me pincho con las púas del erizo. Me gustaría que este tren nos llevara al barco pesquero de tamaño real. Con la proa, la quilla y la borda. Me gustaría navegar con Sylvia, papá y tu fantasma. Yo me encargaría del timón y todo eso. Viajaríamos muy lejos y mucho tiempo. Tan lejos que el agua acabaría por congelarse. Entonces bajaríamos a patinar. Todo el mundo patinaría bien; el tío Émile, la abuela y hasta la tía Louise tendrían un aire como de pájaros un tanto graciosos. Cerraríamos los ojos y no chocaríamos nunca con nada.

Siento el brazo de papá enrollándose alrededor de mis hombros.

—Estoy muy orgulloso de ti, Mainou. Y tu pobre madre también lo estaría.

Epílogo

Fuimos a visitar a la familia en Lorena con bastante regularidad: ya habían vendido la frohmühle, y en el agujero de obús habían crecido flores. Visitamos los búnkeres de la línea Maginot y, armados con bastones, nos dedicamos a dar largos paseos por el bosque.

Allí vi cigüeñas en sus nidos-chimenea. A punto estuve varias veces de pisar un erizo, y hasta me encontré con el tío Émile. Mientras me hablaba al ralentí por el camino, justo enfrente de la casa de Rosalie, me regaló unos caramelos de regaliz. Al final se casó con ella.

Mi padre mantuvo su promesa. Hasta que murió la abuela, pasamos allí las vacaciones de verano. Iba dispersando las pistas de su historia. Los lugares y los encuentros iban despertando fantasmas y recuerdos. Un nido de cigüeña por aquí, el barco pesquero por allá, o Hans, el alemán de los caramelos, que unos años más tarde, aprovechando unas vacaciones por el sur de Francia, regresó a tomarse una granadina con su esposa y su hijo. Preguntó al tío Émile si había sido él quien el 24 de diciembre de 1944 había cambiado la bandera nazi por la francesa. Sí, había sido él, confesó el tío, y luego le ofreció una granadina.

La primera vez que le pedí a mi padre que me contara detalladamente la historia de su infancia, yo estaba en el hospital recibiendo un trasplante de médula ósea. El orden de las cosas se invertía. Yo me convertía en su padre, y él volvía a ser el pequeño Mainou.

Hablábamos de fútbol sin darnos cuenta de que hablábamos de

poesía. Hablábamos con estilo, todavía lo hacemos. El Mundial de 2014 nos proporcionó un tema de apoyo. Cuando la realidad volvía a asomar su cabeza en forma de transfusión o de alguna otra cura, yo le pedía que me contara su infancia. Él estaba sentado frente a mí, con la cara que probablemente tendré yo dentro de treinta y cinco años.

El tiempo de su relato, el de mi enfermedad, se detenía. Así que no podía estar muerto. Algo se estaba reequilibrando, incluso en una habitación estéril de hospital. El mismo tipo de reequilibrio que debió de representar para él toda la familia cuando estaba encerrado en el sótano, entre los topos y los ronquidos de hipopótamo de su tía Louise.

Mainou perdió a su madre muy joven, y luego a su esposa demasiado joven, y en aquel momento temía perder también a la copia de carbón de sí mismo, su hijo. Yo lo miraba mirándome con todas sus dulces fuerzas para disimular su inquietud detrás de su mascarilla quirúrgica, y entonces me dije: «Eres un soldado de porcelana, papá. Eres un sensible que no tiene miedo al combate y te quiero».

Unos meses más tarde, salvé la vida gracias a sangre alemana. Gracias a las células madre almacenadas en nitrógeno líquido a menos ciento noventa grados de dos mujeres, que dieron a luz en Düsseldorf en 1999 y 2005.

Genéticamente, soy igual que mi padre, una versión en miniatura del Mainou de este libro: los ojos verdes, los nervios a flor de piel, todo. Y eso es lo que me salvó. Porque encontrar los dos cordones umbilicales compatibles cerca del lugar de nacimiento de mi padre significa que, de alguna forma, esos niños y yo somos primos. Una ramificación franco-alemana. Un salto por encima de las fronteras, más allá del tiempo de los malentendidos, a través de la gran historia y también de la pequeña.

Élise, mi abuela, nació en territorio alemán justo antes de la Primera Guerra Mundial. Por las venas de la familia corre desde hace un siglo sangre más o menos alemana. La misma edad que tiene la máquina de escribir que ha pasado por tres generaciones. Una bonita pedorreta para «los que han nacido en alguna parte», como cantaba Brassens para burlarse de los identitarismos de todas partes.

El 26 de mayo de 2019 conocí a las madres que me habían dado a luz. Me habían encontrado a través de un código confidencial escrito en un libro.[5]

Atravesé media Europa en bicicleta eléctrica para conocerlas. La realidad iba más allá de la ciencia ficción, más allá de mi imaginación. La frontera entre lo posible y lo imposible se desdibujaba. En el momento en que mi mirada se cruzó con las de las madres y con la de mi gemela de sangre, sentí que estaba arreglando algo. El fantasma de Sylvia, mi madre desaparecida sonriendo a mis espaldas, como cada vez que me ocurría algo hermoso. Eso es lo que me imaginaba. Eso es lo que me pasaba por el corazón. Me latía a la velocidad de un swing de los años cuarenta.

Pensé en mi padre y en mi gran hermana pequeña. Pensé en su madre y en la frohmühle. Lo pensé tan fuerte que vivían todos en mí, los muertos y los vivos, alojados en la misma galera.

Montéléger (Drôme), 15 de junio de 2021

El barómetro indica «buen tiempo», y yo me dispongo a meter secretamente este libro en la famosa caja que, sobre todo, no había que abrir. Sombras y fantasmas vienen a cenar con nosotros. Desde que murió mi madre, estamos acostumbrados.

Voy a contarle a mi padre la historia de su historia, la muñeca rusa y musa de la realidad y de la magia del tal vez. Vamos a volver atrás en el tiempo y probablemente a cambiar algunos elementos, a buscar en la caja, a encontrar un pequeño barco pesquero azul y dorado (con la proa, la quilla y la borda), fotografías de fantasmas en blanco y negro, cartas, historias, poemas, películas, un disco de Marlene Dietrich, un doble fondo y, en ese doble fondo, de pronto, cierto olor a garbanzos.

Pero, antes de eso, vamos a ver en la tele un buen Francia-Alemania.

Agradecimientos

Gracias a mi maravilloso papá y a mi familia, a mis familias.

Gracias a Daria Nelson por apoyarme día a día en la escritura de este libro tan importante para mí.

Gracias a Olivia de Dieuleveult y a Anne Michel por su confianza y su magnífico trabajo con el texto.

Con la conmovedora historia de Mainou, Mathias Malzieu ha conquistado de nuevo a los lectores franceses, firmando una novela aclamada unánimemente por la crítica de su país.

«Con pudor y emoción, Malzieu se pone en la piel de su propio padre, su soldado de porcelana, en esta novela divertida y tierna, sensible y melancólica, que suena siempre a verdad».

Livres Hebdo

Francia, verano de 1944. Con nueve años, Mainou acaba de perder a su madre mientras daba a luz a su hermana pequeña. El compungido padre se ve obligado entonces a enviar a Mainou a Lorena, con su abuela, al otro lado de la línea de demarcación, escondido en un carro

de heno. Allí, en la granja familiar, tratará de retener los últimos suspiros de su infancia mientras la realidad lo empuja a evadirse: el miedo, la pena, la guerra. Junto a esa familia que aún no conocía, y a los misteriosos sucesos que los rodean, el niño se confía a la imaginación para atravesar el duelo y sobrevivir a los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial.

Con *El soldado de porcelana*, Mathias Malzieu le ha escrito una carta de amor a su padre que es a la vez un homenaje universal, una novela que narra los acontecimientos de su vida con la honestidad exacta para situarnos a la altura de los años cruciales, cuando todo está por definir.

La crítica ha dicho:

«Como suele ocurrir con Mathias Malzieu, los fantasmas no llevan sábanas blancas: son solamente recuerdos que aguardan para perseguirnos [...]. Una historia íntima y conmovedora».
Le Figaro

«Mathias Malzieu no escribe bien, escribe en estado de gracia; es como si fuera un niño crecido que ha hecho un pacto ateo con las estrellas. Sabe ver el polvo de los sueños que se esparce por el mundo y que revela, de manera casi fotográfica, la poesía de cada momento».
Le Journal du Dimange

«Una novela cariñosa e irresistible sobre la infancia de su padre. [...] Mathias Malzieu tiene el don de transformar las cosas serias en burbujas de poesía».
Elle

«Una historia que sabe proporcionarnos una alegría en cada página

con sus expresiones revoltosas que parecen hilvanadas en el aire. ¡Y qué retrato lúdico de la infancia!».
Le Parisien

«El mundo de la infancia se evoca en estas páginas con una modestia abrumadora.[...] Páginas límpidas, inteligentes y sutiles».
Le Provence

«Mathias Malzieu [es] un mago de la narración. [...] Su arte consiste en contar una historia tierna poniéndose en la piel de un niño. Entre la delicadez y la poesía, nos convertimos en ese niño con un gran corazón. Encontramos aquí la esencia de *Mecánica del corazón* que tanto nos enamoró en su momento».
Le Soir

«La novela más íntima de Mathias Malzieu, que combina el humor y la poesía para rememorar la infancia de su padre».
Tandem

«Una hermosa novela».
Midi Libre

«Sensible y precisa [...]. Mathias Malzieu, el travieso, ha encontrado el tono adecuado mezclando un humor desenfadado con imágenes oníricas».
La Libre Belgique **(Bélgica)**

«La guerra vista desde el punto de vista de un niño, descrita con una escritura poética: esta novela es de una belleza deslumbrante».
Ciné Télé Revue **(Bélgica)**

«Una verdadera oda a la perseverancia y al amor».

***La Côte* (Suiza)**

«Un homenaje conmovedor. [...] Es un placer descubrir a Mathias Malzieu en este nuevo registro».
Metro (Bélgica)

Mathias Malzieu es una figura central del rock francés junto a su grupo Dionysos, para el que compone y canta todas sus canciones. Tras escribir el libro de relatos *38 mini westerns* (2003) y la novela *La alargada sombra del amor* (2005), obtuvo un incontestable éxito con su siguiente novela, *La mecánica del corazón* (2007), publicada en 20 países y adaptada al cine en una producción de Luc Besson. Es autor también de las novelas *Metamorfosis en el cielo* (2011) y *El beso más pequeño* (2013), así como del libro autobiográfico *Diario de un vampiro en pijama* (2016), que obtuvo los galardones Prix Essai France Télévisions y Grand Prix des Lectrices de Elle.

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Título original: *Le guerrier de porcelaine*

Primera edición: marzo de 2023

© 2022, Mathias Malzieu
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Robert Juan-Cantavella, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: © Mathias Malzieu

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a
CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18897-92-4

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

Facebook: penguinebooks
Facebook: ReservoirBooks
Twitter: @ReservoirBooks
Instagram: @reservoirbooks
Youtube: Penguinlibros
Spotify: PenguinLibros

Notas

[1] Granja pequeña en la lengua local. (Todas las notas son del autor).

[2] «¡Gallinas! ¡Gallinas! ¡Venga, venga!», en dialecto lorenés.

[3] La cuñada de Élise.

[4] Batalla decisiva en la liberación del País de Bitche.

[5] *Diario de un vampiro en pijama*, Reservoir Books, 2016.

Índice

El soldado de porcelana

Prólogo

El soldado de porcelana

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Mathias Malzieu

Créditos

Notas